

Esta es la primera traducción del original inglés de este libro desconocido y agotado

Edición del Libro del Mes
de Revista Conservadora del
Pensamiento Centroamericano

NARRACION
de los
VIAJES Y EXCURSIONES
en la
COSTA ORIENTAL Y EN EL INTERIOR
DE CENTROAMERICA

Describiendo
una gira por el Río San Juan
y el cruce del Lago de Nicaragua
a la Ciudad de León;
y señalando las ventajas
de un trato comercial directo
con los nativos.

Por
ORLANDO W. ROBERTS
Traficante residente por muchos años.

Con Notas y Observaciones de
Edward Irving

*

EDIMBURGO

Impreso por Constable & Co. Edimburgo;
y Hurst, Chance & Co. Londres.

1827

P R E F A C I O

Orlando W. Roberts, cuya Narración de Viajes y Aventuras se presenta ahora al público, se lanzó al mar en una edad temprana de su vida. De joven, al servicio de la Marina Mercante Americana, visitó muchas partes de la India, China y el Hemisferio del Sur. Después estuvo empleado, en la misma parte del mundo, en el escuadrón bajo el mando de Sir Edward Pellew, ahora Lord Exmouth, y posteriormente, tuvo la buena suerte de traer a Inglaterra el primer barco Americano capturado en el Mar del Sur, eludiendo con habilidad, en esa ocasión, la persecución de la fragata Americana "Essex" en el Pacífico, y burlando, después de una larga caza en el Canal Inglés, al azote de los mercantes Ingleses, el corsario True Yankey. Ultimamente estuvo al mando de varios barcos mercantes y posee muchos documentos que dan testimonio de su buena conducta y habilidad como navegante. Las razones que lo indujeron a visitar las Indias Occidentales y a permanecer por varios años entre los indígenas en la Costa Oriental de Centro América, en su capacidad de traficante, aparecen en el curso de esta narración.

De regreso a su país natal, Roberts fue buscado por varios eminentes personas de rango que se proponían, en aquel período de especulaciones, llevar a cabo ciertas operaciones en Centro América y en el Istmo de Darien, para que les diera informaciones respecto al estado actual de aquella costa y las disposiciones de las tribus libres indígenas. El encontró, con gran sorpresa, que una extremada ignorancia sobre esos temas no solo era prevalectante, sino que la topografía y terrenos de gran parte de la región, especialmente de sitios importantes de la Costa de los Mosquitos, la costa del Istmo de Darien y los del interior, eran escasamente conocidos.

Estas circunstancias le animaron para preparar el material de la presente narración, la que, aunque en algunos puntos deficiente, contribuirá a la gran masa de información valiosa últimamente difundida respecto al estado actual del Nuevo Mundo. En otros aspectos, no dejará de encontrarse divertida.

Por su educación y visitas pasadas a diversas partes del mundo, Roberts no sólo se ha desprendido de muchos prejuicios y sentimientos que habrían descalificado a algunos Europeos para asociarse con los indígenas y ajustarse a sus modos de vida, sino también que ha adquirido esos hábitos de observación y ese talento de investigación que lo califican para dar un informe cierto de sus progresos hacia un estado de civilización.

Al contemplar el creciente número o el estado actual de los Caribes y los descendientes de aquellos esclavos Británicos que se quedaron en la Mosquitia cuando la abandonaron los Ingleses, podemos sacar conclusiones muy opuestas de aquellos que patrocinan la permanencia de la esclavitud, que aseguran que bajo el actual sistema de las Indias Occidentales la mayoría de los esclavos son más felices y mejor proveídos de medios de subsistencia de lo que serían si fueran gradualmente manumitidos y puestos en un estado de libertad, dependiendo sólo de sus propios esfuerzos, pues parece que aquellos

primeramente mencionados, los Caribes, no solo crecen en número sino que están, por su propia industria, ampliamente proveídos de todo lo necesario, y muchos hasta con lujos.

Es, quizás, innecesario describir, con detalle, el rápido progreso de aquellos descubrimientos que Colón tuvo la gloria de comenzar, pero no puede considerarse impropio, o ajeno al tema de la siguiente narración hacer notar brevemente aquellos que se relacionan a los antiguos habitantes de la Costa Oriental de Centro América, y los primeros intentos hechos por él mismo y sus sucesores para subyugar aquellas tribus indígenas cuyos descendientes han sido recientemente visitados y descritos por el autor.

Habiendo Colón en el año 1492 alcanzado algunas de las Lucayas, o Islas Bahamas, prosiguió hacia Cuba, donde los nativos le dieron tal información que lo indujo dirigir su curso hacia Haití (Hispaniola o Santo Domingo) a cuya isla llegó el 6 de Diciembre.

Podemos aquí, aunque sea someramente, contemplar el delicioso cuadro presentado por el primer informe de Colón sobre la apariencia, el feliz estado y buena conducta de los inofensivos nativos, pudiéramos detenernos con placer en su generosa y humanitaria conducta hacia aquel jefe y su pandilla de aventureros cuando debido al naufragio de su principal embarcación se vieron envueltos en desgracias y dificultades. (*) Mas es doloroso verse obligado a volver la vista hacia la oscura escena que siguió, y contemplar el triste cambio que la llegada de estos licenciosos y rapaces extranjeros, fue destinada a crear entre un millón de gentes inocentes, pues en un corto lapso de quince años fueron reducidos a un desgraciado remanente consistente en apenas sesenta mil miserables y descorazonados esclavos, y aun estos, se fueron continuamente gastando por las miserias y trabajos, de modo que en pocos años, encontraron su único refugio en una tumba prematura!

En su segundo viaje, en 1493, Colón descubrió, las que ahora se llaman Islas de Sotavento, habitadas por una raza muy diferente de hombres, quienes fieramente se defendieron e hicieron atrevidos ataques contra sus invasores.

El tercer viaje tuvo lugar en el año de 1498, descubrió entonces la isla llamada ahora Trinidad y el

(*) "Tan pronto como los isleños oyeron del desastre, se apiñaron en la costa con su Príncipe Guacanahari a la cabeza. En vez de tomar ventaja de la calamidad en que veían a los Españoles para intentar algo en su detrimento, lamentaban su desgracia con lágrimas de sincera condolencia; no satisfechos con esta inútil expresión de simpatía, pusieron a la mar un buen número de canoas, y bajo la dirección de los Españoles, ayudaron a salvar todo lo que se podía del naufragio, y por el trabajo unido de tantas manos, casi todo lo de valor fue acarreado a la costa. Tan pronto como los bienes eran colocados en tierra, Guacanahari en persona se hizo cargo de ellos. Por su orden todo fue puesto en un sitio y se colocaron guardas armados que mantenían alejada a la multitud para impedir que no solo se sustrajeran sino que inspeccionaran muy de cerca lo que pertenecía a sus huéspedes. A la mañana siguiente este Príncipe visitó a Colón, quien ahora estaba a bordo de la Negra, y se empeñó en consolarlo de su pérdida ofreciéndole todo lo que poseía para repararla". Historia de América, de Robertson.

continente de Sur América, más después de proseguir por alguna distancia por la costa se dirigió hacia Santo Domingo, y no fue sino hasta su último viaje desgraciado, en el año 1502, viaje en el que se empeñó en descubrir algún estrecho que llevara al entonces no descubierto Mar del Sur, que primero exploró la Costa Oriental, cuya descripción y la de sus habitantes es el tema principal de la siguiente narración.

En Guanaja, isla del Golfo de Honduras, sostuvo Colón la primera entrevista con los nativos de tierra firme. Prosiguió al Cabo de Gracias a Dios examinando la costa hacia el sur desde este sitio hasta Porto Bello. Intentó establecer una pequeña colonia en el Río Belén, pero allí tuvo que enfrentarse no solo ante una raza más guerrera que la de Haití, sino también ante la insubordinación de sus insolentes y rapaces seguidores, y fue así que se privó del honor de formar la primera colonia europea en el Continente Americano.

Cerca de diez años después, el Rey de España habiendo concedido la costa entre el Golfo de Darien y en Cabo de Vela a Alonso de Ojeda y desde allí al Cabo de Gracias a Dios a Diego de Nicuesa, ambos de estos jefes hicieron los preparativos para colonizar y asegurar sus nuevas posesiones, el primero apoyado por una fuerza de trescientos y el segundo por una de setecientos ochenta hombres. No pudiendo hacer comprender a los nativos con qué derecho o título un sacerdote extraño podría disponer de su país para un rey de quien nada sabían, no sólo rehusaron escuchar a los Españoles o permitir que se asentaran en sus tierras, sino que, siendo atacados se defendieron con tan denodado valor que, a pesar de los valientes y constantes esfuerzos y repetidos refuerzos, los Españoles, con la pérdida de la mitad de sus gentes, se vieron obligados a abandonar la empresa. Cortés, Pizarro y Balboa, jefes después tan celebrados, estuvieron entre el número de voluntarios, mas el primero, destinado para mayores y más altas empresas, se vio obligado por enfermedad a permanecer en Santo Domingo. La forma en que, de acuerdo con Herrera, se observaba para tomar posesión del país es muy importante para ser omitida en el presente trabajo.

Después de un lapso de más de tres centurias y la extripación o conquista de cerca de la totalidad de los antiguos pobladores, no sólo es sumamente interesante desde un punto de vista fisiológico, sino tema de entusiasmo para toda mentalidad liberal, señalar el resultado de esa firme y exitosa resistencia, y podemos rastrear con satisfacción en los dignos hombres de San Elás, la tribu de los Valientes, y otros Indios libres de la actualidad, los mismos sentimientos y deseos de independencia que animaron a sus corajudos antepasados. Mas al norte encontramos en Clementi, un ejemplar del antiguo Cacique, y en sus montañeses, una muestra de las más suaves y pacíficas de las tribus antiguas. También podemos rastrear, aunque bajo grandes cambios un remanente de los fieros habitantes de las Islas de Sotavento, en los resueltos Kharibeas (*)

(*) Caraibé, en su lenguaje original, se dice que significa "gente guerrera".

libres de la Bahía de Honduras y de la Costa Mosquita, muy suavizada, sin embargo, por su trato con Europeos y por su ligera mezcla con negros.

Balboa, por su exitosa expedición a través del Istmo de Darién en el año 1512, atrajo a un gran número de aventureros a esa parte del Continente, entonces bajo el mando de Pedrarias, quien, por falta de voluntad o de habilidad para restringirlos de las más crueles y tiránicas exacciones, los nativos que habitaban el territorio hacia el Lago de Nicaragua fueron casi totalmente exterminados, y el traslado, poco después, de los Españoles de Santa María en el Golfo de Darién a Panamá en el Pacífico, completó la subyugación de la mayor parte de las tribus vecinas, y abrió el camino, no sólo para los futuros conquistadores del Perú, sino también para el descubrimiento de las provincias de Nicaragua por (Gil González) Dávila en 1522, y la subsiguiente fundación de las ciudades de Cartago, León, Nicaragua y Granada. Cortés, habiendo mientras tanto conquistado a México, envió a De Olid y otros en 1523, a lo que ahora se denomina provincia de Honduras, y durante el mismo año comisionó a Pedro Alvarado con fuerzas considerables a tomar posesión de Guatemala, así que los Indios de los Estados Centrales fueron asaltados a la vez por el Norte y el Sur.

Alvarado, valiente, político e indefatigable soldado, después de someter a los nativos de Pegnantepec (Tehuantepec ?) y de completar la conquista de Soconusco y Ponala (Tonala ?), llegó al territorio del Quiché, y después de desesperados combates con los nativos —los Cachiueles— fundó la ciudad de Guatemala en el año 1524. Seguir la descripción de la brava defensa hecha por muchas de estas tribus y rastrear el progreso de las armas Españolas nos llevaría a muchos detalles que aunque de gran interés son ajenos al tema de la presente narración. Debemos, por lo tanto, considerarnos satisfechos con observar que mientras los Españoles se acercaban a la Costa de los Mosquitos y al país montañoso entre aquella costa y el Pacífico, la determinada resistencia de los nativos y su aversión por el yugo Español parecían que iban en aumento. En la provincia de Honduras, cuya casi totalidad está aun dominada por los aborígenes, los Caciques Copán Calal en 1530 y Lempira en 1536, parecen haberse defendido con un valor y una conducta que hubieran hecho honor a más civilizados guerreros, y aunque fueron al fin vencidos, muchos de sus súbditos, así como aquellos otros que algún tiempo antes habían sido arrojados de San Salvador por Este y otros sanguinarios y avarientos jefes Españoles, buscaron refugio en las montañas y en los laberintos de la costa, heredando a la posteridad ese odio por el nombre Español, que tan cuidadosamente guardan hasta nuestros días. Por esa época, parece que los Españoles abandonaron la idea de empujar sus conquistas por esos lados, pero, en el año 1608, de acuerdo con el historiador Vásquez, se hicieron intentos por "misioneros" para convertir y traer a los Indios de la costa norte y oriental al reconocimiento del yugo Español. Estos misioneros buscaron las tribus que vivían en las montañas de la parte superior del río Bluefields, y fueron al principio bondadosamente recibidos, pero después, ape-

nas si escaparon con vida a Guatemala. Una segunda expedición, en 1612, escoltada por 25 soldados, fue sacrificada en esos mismos sitios por aquellos ingobernables neófitos.

En el año 1623 otros misioneros visitaron el país más hacia el norte y, al principio, parecían tener esperanzas de éxito, pero al fin, también cayeron sacrificados por su celo. Estos parecen haber sido los últimos serios intentos de los Españoles en ese sector en la subyugación de los indígenas, cuyos primeros tratos con los Ingleses y otros Europeos, especialmente bucaneros, continuamente en

guerra con los Españoles, les ayudaron a mantener su independencia. El trato amistoso continuó subsistiendo durante el período que los Ingleses tenían establecimientos en la costa, y les fortaleció en su buena opinión, y les enseñó a confiar en nosotros para esa protección que se espera que el Gobierno Inglés les extienda de inmediato, en caso de que una futura emergencia haga necesaria nuestra intervención para su mantenimiento.

Edward Irving

Londres, Abril 1827.

Capítulo I

Falta de información con respecto a la Costa Oriental y al Interior. — Imperfecta historia de Juarros. — Influencia ineficiente de la Iglesia Romana en la civilización de los Indios. — Situación anterior comparada con la actual. — Progreso de la última revolución. — Oportunidades de información gozadas por el autor.

Aún cuando últimamente ha aparecido mucha información valiosa respecto a la América del Sur, ningún viajero Europeo, desde la Revolución hispanoamericana, ha dado informe alguno sobre la región situada entre México y Colombia que forma el "Territorio Indio" y las "Provincias Unidas de Centro América", ni sobre las numerosas tribus indígenas en esa parte del mundo que continúan detestando el nombre de España y que no admiten que nación alguna se establezca entre ellos. Esto, en cierta medida, debe atribuirse al voluntario silencio de los traficantes europeos de las Indias Occidentales, los que están muy poco inclinados a dar informaciones que sin duda alguna provocarían competidores de su lucrativo negocio, y en parte por la falta de acceso de la Costa al Interior. Puede también deberse en parte a resabios de la antigua aversión Española por los extranjeros, al comparativamente reciente período en el que las Provincias Centrales se aventuraron a declarar su independencia y a las dificultades incidentales a la formación de su primer gobierno; más, sea de esto lo que fuere, estamos todavía obligados a buscar información respecto a esta parte de América en los Bucaneros de los siglos pasados.

Ha aparecido una "Historia Estadística y Comercial de Guatemala" por don Domingo Inarrás, * oriundo de Nueva Guatemala, (traducida por el Teniente Bailey, de la Marina Real, e impresa por Hearne, de Londres, 1823), mas aunque dicho trabajo contiene mucha información valiosa es en su mayor parte una compilación de informes antiguos, y por lo tanto de una naturaleza que no satisface al público inglés; o lo que en nuestro país se considera un punto importante, el guiar a sus hombres de negocios en la extensión de sus relaciones comerciales. Además, Juarros no parece saber nada del Lago de Nicaragua o el río San Juan, o tener algún conocimiento del territorio indígena y los establecimientos en la Costa Oriental, aun cuando estos ocupan más de la mitad de la América Central.

Ha sido considerado por muchos, especialmen-

(*) Juarros.

te por aquellos adictos a la Iglesia Romana, que los esfuerzos de la clerecía Católica por humanizar a los Indios de Centro América, han sido eminentemente felices; y que trayéndolos bajo el palio de la Iglesia ha mejorado su condición, ha ensanchado sus poderes mentales y físicos, y, por lo tanto, ha contribuido a su bienestar y felicidad terrenas. Mas cuando desapasionadamente llegamos a considerar y examinar su situación actual, en comparación a lo que fue informado aún por los mismos Españoles lo que había sido al tiempo de la Conquista, hay mucha razón para temer que nos sintamos obligados a hacer una pausa antes de adoptar tal posición. Cuando comparamos el estado de la gran mayoría de los aborígenes actuales con el de los descendientes de aquellas tribus bravías que buscaron refugio en la costa, o que defendieron allí sus posesiones, viene a ser motivo de duda, si estos últimos, bajo la dirección de los desordenados Bucaneros y licenciosos traficantes, no han hecho mayores progresos en la escala de la humanidad, o bien, en todo caso, han conservado más de su antigua fuerza moral y física, que los descendientes de sus menos resueltos hermanos de los Estados Centrales, que han gozado de la dirección de la clerecía Católica Romana. Al considerar este asunto, sin embargo, no es solamente a la influencia peculiar que los dogmas de esa Iglesia ejercen sobre las mentes de las clases inferiores manteniéndolas en sujeción esclavista a la declarada infalibilidad de sus doctrinas, que debemos buscar una explicación de esta circunstancia, pues bien puede considerarse como prueba, si es que es necesario, cuán más capaces de trabajo mental son los hombres en estado de libertad que aquellos que se mantienen en estado de esclavitud.

De acuerdo con los historiadores de la Conquista de Guatemala, este país, cuando fue primero invadido por los Españoles, bajo Don Pedro Alvarado, estaba floreciente y populoso, a un grado que, comparado con el actual número reducido y la desgraciada condición de los aborígenes, lleva a la mente a reflexionar con horror y asombro, sobre las masacres, crueldades y privaciones, con las que sus intrépidos, más prejuiciados y despiadados conquistado-

res, redujeron a los nativos a su actual situación, pues en vez de una inculta y medio poblada región, que contiene actualmente dos o tres ciudades pobres, pueblos y villas habitadas por unos cuantos miles de religiosos Españoles y criollos descendientes de aventureros Españoles, y con grupos de Indios desnudos y degradados desparramados sobre la faz del país, viviendo en la inmundicia y ociosidad, bajo el amparo de chozas, destartaladas, o viajando en manadas, cargados como bestias, por una parte, y un comparativamente pequeño número de tribus libres e independientes, retazos de antiguos reinos, hablando diferentes idiomas, esparcidos por las costas y las montañas, por otra, leemos que al tiempo de la primera invasión no menos de "treinta diferentes naciones" de Indios se congregaban en Centro América en ciudades ricas, en un estado de prosperidad y civilización, sus reyes y caciques poseyendo suntuosas casas y palacios, con grandes riquezas y todo el aparato de gobiernos regulares. (*)

De acuerdo con Torquemada y el historiador Fuentes, una de estas ciudades antiguas, Utaflán, capital del Reino de Quiché, era, al principio del siglo XVI, tan grande que tenía una población probablemente igual en número a toda la población indígena actual de Centro América, pues, para enfrentarse a los Españoles, sólo ella proveyó setentidos mil guerreros, y en prueba de su progreso civilizado, una de sus instituciones era un seminario, en el cual, bajo setenta u ochenta tutores, cinco o seis mil jóvenes eran albergados y educados por cuenta del rey.

La actual ciudad de Santa Cruz del Quiché se dice que fue fundada en o cerca del sitio donde se levantaba Utaflán, pero tan completa ha sido la destrucción de todo lo que había de antigua grandeza en esta parte del mundo, que el sitio de muchas antiguas ciudades, muy cerca en extensión de la mencionada, no puede rastrearse ahora, ni señalarse con algún grado de certeza.

(*) Se asegura que los Indios Centro Americanos de la actualidad todavía usan veintiseis de los idiomas antiguos, a saber: Quiché, Kachiquel, Zutugil, Mame, Pocomame, Pipil o Nahuatl, Pupuluca, Sinca, Mexicana, Chorti, Alaquilac, Cachi, Poconchi, Ixil, Zotzil, Tzendal, Chapanec, Zoque, Coxob, Chaniabal, Chol, Uzpanteca, Lenca, Aquacateca, Maya y Quechi.

El vestido que los Indios nobles llevaban era de algodón blanco teñido o manchado de diferentes colores el uso del cual era prohibido a los de otros rangos. Este vestido consistía en una camisa y calzones blancos, decorados con ribetes; sobre estos llevaban otro par de calzones que les llegaban a las rodillas, con ornamentos bordados. Las piernas iban desnudas, los pies protegidos de sandalias sujetas sobre el empeine y el talón con fajas de cuero; las mangas de la camisa iban recogidas sobre el codo con unas bandas azules o rojas; el cabello lo llevaban largo y trenzado por detrás de la cabeza con un cordón del mismo color de la banda de las mangas y terminando en una borla, lo que era distinción peculiar de los grandes capitanes; la cintura iba ceñida de una pieza de tela de varios colores, atada por delante con un nudo; sobre los hombros llevaban un manto blanco ornamentado con figuras de pájaros y fieras, y otros ornamentos de cordones y ribetes. Las orejas y el labio inferior los tenían perforados para llevar pendientes de oro y plata en forma de estrellas. Las insignias de dignidad o mando las llevaban en las manos. — Juarros, págs. 193 y 198.

Por motivo de la paralización de los negocios navieros prevaeciente durante el año 1815, visité el Mundo Occidental, habiendo residido por más de siete años entre las tribus libres esparcidas a lo largo de la Costa Oriental y durante ese período trafiqué en todos los establecimientos entre el Golfo de Darién y la Bahía de Honduras, y en el curso de ese tiempo, tuve una buena oportunidad de observar y llegar a estar bien familiarizado con los modos y costumbres de esas gentes y el de comparar su actual estado de civilización con el de sus hermanos subyugados en las provincias Hispanoamericanas. Cuán lejos los últimos cambios políticos en esa parte del mundo, podrán beneficiar a ambas o a cualquiera de estas clases de aborígenes, parece sumamente dudoso, especialmente mientras los nuevos estados continúen, bajo la influencia de una Iglesia, cuyos intereses están mejor guardados, manteniendo a la gran masa del pueblo en un estado de ignorancia; pero que ellos puedan al fin levantarse del actual estado de abyecta degradación, es deseado con ardor por todos los amantes de la humanidad.

Es necesario observar que síntomas de descontento aparecieron en Venezuela, y que el fundamento de la Revolución Hispanoamericana apareció allí desde el año 1797. La expedición del infortunado Miranda tuvo lugar en 1806 y una guerra sanguinaria estalló en 1816, mientras que al mismo tiempo, México llegó a ser el escenario de feroces luchas; sin embargo, la sección sur del Reino de Guatemala permaneció comparativamente tranquilo, hasta muy entrado ese período, pues, como se notará en el curso de esta narración, que aun en el año de 1822, cuando yo atravesé el Lago de Nicaragua en camino hacia la ciudad de León, las autoridades españolas, a pesar de la declaración de Independencia y de los varios movimientos revolucionarios en la ciudad de Guatemala el año de 1820, estaban todavía en imperturbada posesión del gobierno de esa parte de la América Central, a pesar de que era evidente que la masa del pueblo era adversa a la permanencia del yugo Español, el que desde entonces se han unido para destruir.

Tanios autores sobre el tema de América y las Indias Occidentales han dado detalladas descripciones científicas de las variadas plantas, aves y animales que se hallan en esa parte de mundo, que aunque yo hubiese estado en capacidad de meterme en los detalles del tema, no hubiera sino cansado la paciencia del lector, sin darle gusto al amante de la naturaleza. Por lo tanto, llamaré la atención sobre tales plantas, animales y peces que sean de importancia, ya sea comercial o de otra naturaleza.

Al hablar de las residencias de los nativos, usaré en el curso de esta narración de acuerdo con la costumbre prevaeciente en la Costa Oriental y en las Indias Occidentales, los términos "establecimiento y plantación", aunque, quizá, no sean los apropiados para las de los nativos; y al mismo tiempo escribiré los nombres propios, tan fielmente como sea posible, de acuerdo con la pronunciación corriente.

Capítulo II

Viaje a la Bahía de Mandingo. — Los nativos. — Comercio, etc. — Sarsadec. — La Compañía del Darién de Nueva Caledonia y Escocia. — Los indios San Blás. — Sus modos y costumbres. — Su enemistad con los Españoles. — Mujeres. — Los Sukias. — Ríos. — Bosques. — Caza. — Peces, etc. — Tortugas. — Conchas de tortuga, etc.,

Al llegar a Kingston, Jamaica, a principios del año 1816, obtuve al poco tiempo el mando de un bergantín de cerca de 160 toneladas de capacidad, con una variada carga de no muy gran valor pero adecuada para el tráfico con los indígenas.

Salimos de Puerto Real, Jamaica, en el mes de Julio y al cuarto día vimos las tierras altas tras la Bahía de Mandingo, entre Portobelo y el Golfo de Darién. A la mañana siguiente anclamos al lado de sotavento en uno de los numerosos cayos que hay a la entrada y al poco rato vimos una canoa con dos indios que venía cautelosamente rodeando la punta. Al ver nuestra enseña Británica, se acercaron y nos llamaron. Mi asistente, que entendía su idioma, les contestó explicándoles que éramos traficantes ingleses que veníamos de Jamaica. Al conocer el objeto de nuestro viaje nos aconsejaron que procediéramos primero al río Gran Playón, como a un sitio más cómodo para descargar y conseguir carga con rapidez. Se retiraron enseguida para regresar por la tarde acompañados de varias canoas y "dories" (una especie de bote largo hecho del tronco de un árbol), trayendo plátanos, bananos, cocos, yuca, cerdos, aves y tortugas, en cambio de los cuales les dimos anzuelos, espejos, sal y otros artículos que, excepto para ellos, eran de poco valor. Nuestra tripulación, mientras tanto, se puso a pescar y pronto cogieron buena cantidad de guapotes, rojos y plateados, y otra gran variedad de peces, de modo que tuvimos abundante provisión y excelente.

Habiéndose los Indios percatado de nuestra presencia en la costa, al siguiente día nos pusimos en camino por el pasaje interior entre unas islas pequeñas y la tierra firme. Este paso está lleno de rocas y corales, más el agua es tan clara que se pueden fácilmente ver y evitar durante el día, manteniendo un hombre de vigía en la proa para dar aviso de su presencia. De noche, sin embargo, este paso interior, entre la Bahía de Mandingo y Carret, es totalmente impracticable.

Entre estos dos puntos están las bocas de muchos ríos caudalosos, las fuentes de los cuales son totalmente desconocidas aun para los Españoles, estando situadas en el corazón de una región ocupada por tribus de Indios hostiles, que siempre han mantenido su independencia. Algunos de estos ríos se dice que comienzan a corta distancia del Océano Pacífico, pero ningún estudio auténtico de ellos se ha hecho aún.

Al atardecer anclamos cerca del río Diablo, y de acuerdo con la costumbre, disparamos un cañonazo como señal para los Indios, cuyos principales establecimientos están situados en las riberas de los ríos, a una considerable distancia del mar. La detonación, aun de una pieza de a seis, se oye por un gran trecho en esta región, más sólo el sutil oído de un Indio puede distinguir entre sus retumbos en las montañas y el más frecuente sonido de los distantes truenos. Al oír esta señal, se despachan inme-

diatamente las canoas para cerciorarse del objeto de la visita. Algunas veces llegan en la misma noche, pero lo más corriente es que se aparezcan por la mañana.

Un buen número de Indios llegaron al bergantín a la mañana siguiente y expresaron mucha satisfacción al ver una embarcación del tamaño del "Clara" en visita a sus costas con propósitos de comercio. Proseguimos, por su recomendación, hacia Needle Kay, como el lugar más apropiado para cargar "fustoc" (palo amarillo que sirve para tintes) que sería la más voluminosa aunque la menos valiosa parte de la carga. Fuimos poco después visitados por los jefes y por el Sukia, sacerdote o mago, de las grandes y pequeñas tribus de los Indios Playones, quienes nos prometieron toda su ayuda. Por su recomendación empleamos a unos cuantos Indios quienes con mucha diligencia nos erigieron una casa en la ribera y en la que teníamos más amplitud para exhibir nuestras mercancías de las que teníamos a bordo. En dos o tres días desembarcamos y arreglamos nuestros enseres, limpiamos un sitio para recibir el fustoc que los Indios se habían ido a recoger a sus diversos establecimientos, y todo auguraba un éxito favorable a nuestro viaje. Muy pronto comenzaron a llegar los Indios en "dories" y canoas de todas partes de la costa con el fustoc; algunos de ellos traían desde quinientas libras hasta tres, cuatro y cinco toneladas, más ninguno de ellos excedió esta última cantidad. En cambio les dimos, loneta para velas, driles y paños listados y otros artículos manufacturados, machetes y una variedad de juguetes y chucherías propias de este negocio, por cuyos artículos, en cambio, recibimos un precio enorme. Cerdos, aves y abundante variedad de provisiones y de frutas traían de los varios ríos, los que nos vendían a precios ridículos. Los cerdos, conviene decir aquí, los dejamos libres durante el día para que buscaran su alimento, más en la noche, ya fuese por instinto o por miedo a las fieras salvajes, invariablemente regresaban y se apiñaban en un montón cerca de la casa.

Deseosos de adquirir tanta concha de tortuga y cacao como fuera posible, preparamos dos botes grandes, llamados bongos por los Españoles, para una excursión a lo largo de la costa, pusimos algo de la mercadería a bordo y procuramos la ayuda de un Indio traficante que parcialmente entendía el Inglés. Estando ansioso de familiarizarme con la costa tan lejos como fuese posible, me puse al frente de la expedición. La primera noche dormimos en un pequeño establecimiento en la riberas del río Banana, donde intercambiamos algunos artículos de poco valor por conchas de tortuga. De ahí proseguimos al río Mosquito donde hay un establecimiento considerable de Indios, más allí no pudimos hacer negocio, pues quisieron conservar todas las conchas de tortugas que tenían, que era de la mejor calidad, para los traficantes permanentes empleados por She-

pherd y Humphries, de Jamaica, que tenían personas establecidas en ese sitio desde hacía algunos años.

Los Indios de este lugar, son particularmente inclinados a los Ingleses y hace algún tiempo que han adoptado la bandera Británica. Del mes de Abril a Octubre, que es la temporada de pesca, se iza esa bandera todas las mañanas en la casa del jefe o cabecilla.

Desde Banana procedimos, a lo largo de la costa, hacia el Golfo de Darién, a Sarsadee, otro establecimiento grande de Indios, donde compramos varios centenares de libras de carey y de cacao. Los indígenas aquí cosechan gran abundancia de plátanos, bananos, maíz y yuca, y otros productos de este prolífero clima; abundante carey verde se coge cerca del establecimiento, las embarcaciones, en cabotaje con San Blás, encuentran aquí un puerto excelente y una mayor variedad de refrescos de los que podrían consumir.

Luego visitamos Nueva Caledonia, el sitio del establecimiento que se intentó formar por la famosa Compañía Escocesa de Darién, en los años 1698 y 1699. Las ruinas del fuerte y de las casas son todavía visibles, el puerto es excelente y parece que no existe falta de provisiones en la región, en los ríos y en el mar. Si este magnífico proyecto hubiera sido debidamente secundado, y no desjuiciadamente opuesto, por la nación Inglesa y los súbditos holandeses del Rey Guillermo, el resultado hubiera sido actualmente, a pesar de la oposición de España, glorioso para Inglaterra y hubiera también eclipsado en esplendor los otros grandes proyectos del Banco de Inglaterra y la Compañía de las Indias Orientales, que se realizaron por ese tiempo; y cuyos directores estuvieron grandemente comprometidos con su iniciador, el mal considerado Patterson, por muchas de cuyas ideas de las que se han originado el actual poder y prosperidad de aquellas grandes organizaciones nacionales.

Como los detalles del proyecto favorito de este extraordinario, aunque desgraciado individuo, están ahora casi olvidados, no está fuera de lugar en esta narración hacer una breve descripción del mismo, tomado principalmente de los escritos de un autor que tuvo acceso a los papeles de la Compañía, "algunos de los cuales se conservan en la Biblioteca de Abogados en Edimburgo, y otros en la Tesorería, además de los papeles de familia de muchos que fueron personajes de importancia en los asuntos de la Compañía". (*)

Patterson, el hijo de un finquero de Dumfriesshire, en Escocia, fue educado para el ministerio eclesiástico, y por primera vez visitó el mundo Occidental bajo el pretexto de convertir a los indígenas; tenía relaciones de amistad con Wafer y Dampier, más obtuvo la mayor parte de su información de los antiguos Bucaneros. En Acca, entre Portobelo y Cartagena, hacia el Golfo de Darién, encontró un puerto natural, capaz de albergar una gran flota y con

(*) Dalrymple, Memorias de su tiempo. El lector también encontrará muchos detalles interesantes con respecto a esta desgraciada expedición de un trabajo últimamente editado por el Reverendo Doctor M'Crie, titulado "Memorias de Mr. William Veitch y George Brysson, escritas por ellos mismos, etc., Edimburgo, 1825", en 8vo., pp. 222-251.

un promontorio que dominaba la entrada. Al principio Patterson ofreció sus planes a los mercaderes de Londres, quienes lo desanimaron; luego a otros en el Continente Europeo, que también lo trataron injustamente. El Elector de Brandeburgo le escuchó pero no hizo nada. Por fin el sanguíneo y enérgico Fletcher de Salton, lo sacó adelante y lo presentó al Marqués de Tweeddale. El Señor de Stair y el señor Johnston, los dos Secretarios de Estado de Escocia, también lo patrocinaron, y por medio de los amigos así obtenidos, un estatuto del Parlamento fue aprobado en el año 1695, por el que se consiguió una Concesión de la Corona para la creación de una Compañía de comercio para el Africa y el Nuevo Mundo, en la que se le autorizaba "a crear Colonias y construir fuertes con el consentimiento de los habitantes, en sitios no posesionados por cualquiera de las naciones Europeas".

Se abrió una suscripción, y cuatrocientas mil libras, una suma enorme para ese tiempo, fue suscrita inmediatamente. El proyecto de Patterson, que había sido recibido con timidez, "en privado por muchas personas, llenó a estas de esperanza cuando les llegó en las alas de la fama". (Dalrymple, Memorias). Dos o tres personas respetables fueron nombrados para recibir las suscripciones en Inglaterra y en el Continente. Los Ingleses suscribieron 300,000 libras y los Holandeses y Hamburgueses 200,000 más. Patterson habría de recibir como remuneración el dos por ciento de las acciones y el tres por ciento de las ganancias, mas cuando vió la enormidad de la suscripción, con el generoso espíritu que pertenece al genio, exoneró a la Compañía de sus reclamos.

Mientras tanto, los celos del negocio, "que le han hecho más daño al comercio de Inglaterra que todas las otras causas juntas", crearon alarma en Inglaterra; y el Parlamento, sin ninguna consideración, pidió al Rey, el 13 de Diciembre de 1695, que declarara el proyecto como detrimental a la Compañía de las Indias Orientales.

Los escoceses, sin embargo, perseveraron y valientemente defendieron sus derechos. Construyeron seis embarcaciones en Holanda, de 36 a 60 cañones cada uno, y el 26 de Julio de 1698, mil doscientos hombres zarparon de Leith en cinco barcos fornidos, y aunque estos hombres podrían haberse abierto paso por la fuerza del extremo norte de México al extremo sur de Chile, no usaron de ella con los nativos, sino que, en todas sus transacciones, actuaron justa y honorablemente en todos los aspectos, y su primer acto, que se llevó a cabo por indicación de Patterson, fue "proclamar la libertad de comercio y de religión a todas las naciones!"

Los colonos, en su primera carta al Consejo de Directores, informaron que "En cuanto al país, lo encontramos muy saludable, pues aunque llegamos en la temporada de lluvias, de la que apenas nos pudimos guarecer durante varias semanas, y se enfermaron muchos, sin embargo, se han recuperado y están en tan buen estado de salud, como apenas podría esperarse estando tanto hombres juntos. Una gran variedad de papeles de la Compañía en la Biblioteca de Abogados, prueban que la tierra era buena, el clima saludable y el paso entre un mar y el otro no era difícil.

Los colonos se mantuvieron por ocho meses, esperando en vano aquella ayuda de Escocia, que las dificultades puestas al paso de las operaciones de la Compañía le impedían les llegara, y escaseando las provisiones, aunque los indígenas, pescando y cazando para ellos, les daban ese alivio temporal que los Ingleses les negaban, casi todos ellos abandonaron el establecimiento.

Mientras tanto, la activa enemistad de los Españoles, y otros enemigos de la Compañía, provocó a los Escoceses a enviar un refuerzo de mil trescientos hombres, mas esta expedición fue apresuradamente preparada y mal aprovisionada. Llegaron a distintas épocas, con la salud quebrantada, y desanimados por la situación en que encontraron el establecimiento, para agregar a sus desgracias, se dijo, que ciertos amargados y prejuiciados predicadores agostaron el ánimo de las gentes y provocaron divisiones y descontentos entre ellos, mientras la más activa e inveterada enemistad y oposición a la Compañía continuaba su labor en Inglaterra.

El último grupo de escoceses que se juntó al segundo grupo de colonos después de tres meses de su llegada, fue el Capitán Campbell de Finab al mando de una compañía de hombres de su propio estado con la que había peleado en Flandes. Este bravo caballero marchó a Fubucantee al segundo día de su llegada y con doscientos hombres, atacó y derrotó, con gran carnicería, una fuerza española de 1,600 hombres, que se habían reunido para destruir la Colonia. Al quinto día volvió al fuerte con muy pequeña pérdida, pero encontró a once embarcaciones españolas bloqueando el puerto, sus tropas desembarcadas y cortadas todas las esperanzas de ayuda o provisiones. Soportó el sitio por seis semanas, hasta que el enemigo, con sus aproches, cortaron los fosos, y la guarnición, después de fundir sus vasijas de peltre para hacer balas, fueron forzados a capitular en forma honrosa. Muchas desgracias les acacieron al regreso a sus hogares, y mientras los Españoles les mostraron generosas consideraciones, los Ingleses los trataron con la más inveterada enemistad y malicia.

Todo el grupo se dispersó completamente y sólo la embarcación del Capitán Campbell y otra pequeña, con cerca de treinta hombres del total, regresaron a Escocia, donde encontraron a Patterson trabajando por el restablecimiento de los asuntos de la Compañía. El Capitán Campbell sobrevivió muchos años en Escocia, abandonado y lastimero, pero infundiendo respeto.

Inglaterra, por la imprudencia de causar la ruina de aquel establecimiento, perdió la oportunidad de asegurarse mayor poder comercial que la que podría presentarsele a nación cualquiera. Hay momentos cuando los proyectos más visionarios pueden tener éxito, y si España e Inglaterra se hubieran unido en aquel tiempo en abrir un paso a través del Istmo de Darién, la situación de la primera podría ser en la actualidad muy diferente, y los esfuerzos de las inadecuadas y mal informadas compañías que han surgido recientemente, en varios sectores, con el propósito de llevar a cabo un canal de unión entre los dos océanos hubieran sido innecesarios. Los esfuerzos que ahora difícilmente podrían prosperar serían, al menos que sean entusiastamente segunda-

dos y vigorosamente patrocinados, aquellos de las principales naciones de Europa y América.

Habiendo posteriormente hecho varios viajes a San Blás en el Clara tuve buena oportunidad de informarme sobre los usos y costumbres de los nativos del Istmo, que parecen ser de raza distinta de los Valientes y otros Indios del río Beling, Chrico Mo-la, Chiriqui y otros sitios al norte. Son mucho más bajos de estatura, pocos de ellos exceden los cinco pies dos pulgadas de alto, mas tienen el pecho fuerte, hombros anchos y son excepcionalmente activos, sus frentes son angostas y achatadas, ojos pequeños y generalmente de color negro o café oscuro; los huesos de las mejillas anchos y llenos, y los labios no muy gruesos. El cabello de la cabeza, grueso y negro, lo llevan atado por detrás suelto o en una trenza, dejándose lo crecer bastante largo, mas cuidadosamente se lo depilan en todas las otras partes del cuerpo. El color de la piel es de un amarillo oscuro, peculiar a los habitantes de esta región de América. Existen algunos casos de "albinos" entre ellos, y en uno de mis viajes al Golfo de Darién, ví, en el Río Coco, un niño de cinco años o "estaciones", completamente blanco, sin ningún defecto aparente de la vista como la que los "albinos" suelen sufrir.

Los indígenas de San Blás son una raza de hombres recios y activos, extremadamente celosos de su independencia, la que hasta ahora han mantenido con vigor, y lo que no es muy común entre los otros indígenas de Sur América, son muy apegados y cuidadosos de sus mujeres. Algunas de estas acompañaron a sus caciques a bordo. Iban envueltas en telas azules o a rayas de algodón de su propia manufactura que les cubrían desde los pechos hasta un poco más abajo de las pantorrillas. Llevaban una profusión de pequeñas chaquiras de cristal alrededor del empeine, formando una banda de dos o tres pulgadas de grueso, y llevaban bandas o brazales similares alrededor de las muñecas. Sus orejas estaban perforadas, así como el cartílago de la nariz, en la que llevaban anillos de oro o plata; los zarcillos o pendientes eran suplidos principalmente por los traficantes de Jamaica, mientras que las joyas de la nariz eran de su propia hechura, consistiendo en un grueso anillo de oro en la forma de un triángulo obtuso de cerca de tres cuartos de pulgada de circunferencia. Al cuello llevaban una inmensa cantidad de semillitas de colores vivos y collares de rojo coral. Algunos de los que llevaban las mujeres de los caciques, bien podrían pesar varias libras. El cabello que es largo y negro, lo llevaban peinado no sin elegancia, y atado en la cima de la cabeza con una especie de punzón, hecho de carey o madera fina. Su color es mucho más claro y brillante que el de los hombres. Sobre la cabeza se echaban una pieza de tela azul o sahemore que les cubría completamente las espaldas, los pechos y un lado de la cara. En conjunto, el comportamiento de estas mujeres era extremadamente modesto, tímido y agradable.

Sus maridos son exageradamente celosos de los extranjeros y se dice que esa es la razón por la que rehusan que se establezcan en su territorio. Sus tratos comerciales son siempre llevados a cabo en uno de los numerosos cayos o islas de la costa, seleccionado para tal objeto. Quizás esta costumbre se de-

ba, en cierta medida, a la necesidad en que se encuentran, de guardarse con gran vigilancia contra sus vecinos Españoles, por los que muestran una enemistad inveterada. Ningún barco español que haya caído en su poder ha podido salvar su tripulación, pues cualquiera de ellos que sufra la desgracia de naufragar cerca de sus costas, sufre, bajo cualquier circunstancia, la masacre de la tripulación, como fatal consecuencia.

Durante uno de mis posteriores viajes a este sector, una excelente goleta Española con quilla de cobre, de cerca de 120 toneladas, cargada de vino, arroz, maíz, azúcar, ladrillos, y tasajo, encalló durante la noche en un escollo recoso, un poco al nordeste del gran río Playón. La tripulación, conociendo la inevitable consecuencia de ser descubiertos en la mañana, cogieron sus botes durante la noche y llegaron a Portobelo. La embarcación siendo fuerte y bien construida, dió contra el arrecife sin sufrir grandes daños. Los indios, inmediatamente que descubrieron el accidente, la abordaron y la saquearon, cortando los mástiles y el bauprés, con el propósito de inutilizarla y aprovechar la herrería. Se lamentaban de que la tripulación hubiese escapado. El casco del barco fue después llevado a Needle Kay (Cayo de la Aguja) donde yo lo usé para armar una goleta bajo mi mando.

Es de lamentarse que esta parte del Istmo sea tan poco conocida. Se me ha asegurado por muchos indios infelices, dignos de confianza, que uno de los ríos en los que están asentados, tiene su origen en una especie de laguna o lago, apenas a ocho millas de distancia del Pacífico. Los bosques de San Blás, producen algunas muy valiosas maderas, entre las que pueden ser enumeradas, el fustoc, cedro, palo hacha, ébano, brasil, palo de lanza, y gran variedad de maderas finas, bien adaptadas para el uso de carpinteros de banco, pero hasta ahora poco conocidas. El interior abunda en caza de variada descripción, entre la que están el tapir o vaca de monte, el waree, pecarí, antílope, armadillo, y otros, además de una gran variedad de aves. Ningún río o costa del mundo puede producir una mayor variedad de peces tan excelentes, o de mejores tortugas, y su cantidad parece inextinguible. Los cocoteros nunca son cortados ni destruidos por los Indios de San Blás, y son tan abundantes en todos los cayos, que la fruta es considerada de poco valor excepto por razón del aceite, que los nativos, extraen y usan para el cabello, para sus lámparas y para otros menesteres. Cualquier cantidad de esta fruta puede conseguirse a muy poco costo.

Los habitantes de esta parte de la costa, son muy cuidadosos en preservar la tortuga pico de halcón. Nunca destruyen sus huevos y tienen un método singular, aunque cruel, de desprender la concha sin matar al animal, como lo hacen las otras tribus. Recogen una cantidad de yerba seca u hojas con la que cubren el lomo de la criatura y luego le dan fuego. El calor hace que la concha se desprenda en las junturas. Con un cuchillo largo las piezas se van gradualmente levantando de la espalda, teniendo mucho cuidado de no dañarlas con mucho fuego, ni de forzarlas sino hasta que el calor las haya dejado listas para su separación.

La tortuga misma es sostenida por un indio du-

rante esta operación, y luego se la deja escapar, pero gran número de ellas, reducidas a un estado de impotencia, son víctimas de los numerosos tiburones que pululan en la costa. Ha habido casos, sin embargo, de que la tortuga es cogida de nuevo después de haber sufrido el proceso, y la concha que subsecuentemente se ha formado, en vez de estar dividida en trece piezas, —número corriente—, sólo tiene una que la cubre toda.

Los traficantes, que no son jueces de fustoc, son a veces engañados vendiéndoseles una clase de madera espúria sin finte, y ellos mismos deterioran la calidad de la legítima madera, sumergiéndola en agua salada para aumentar su peso. Estas prácticas, junto con la circunstancia de que una gran cantidad de madera inferior es cortada en sitios bajos y suamposos ha depreciado el carácter de la que se recoge aquí, pero yo estoy completamente satisfecho de que el fustoc de las tierras altas del Istmo es tan valioso como el de Cuba, Jamaica o cualquier otro lugar.

Los nativos son excelentes cazadores y pescadores. Uno de sus métodos de pescar es verdaderamente singular. Siendo clara el agua de las costas, ellos pueden ver a los peces descansando o nadando cerca de la superficie o en sitios poco profundos, y matan un número considerable de ellos siguiéndolos en las canoas y tirándolos con flechas.

Las mujeres y los niños plantan y cultivan maíz, yuca, plátanos y otras provisiones, siendo tarea de los hombres el corte de madera, prepararla para la venta y otros usos y limpiar las tierras para sus plantíos. No son muy adictos a licores espirituosos como algunos de los otros indios de la costa, y usan su propia chicha, licor hecho de maíz, yuca y plátanos con preferencia al ron. Por lo general tienen una sola mujer, aunque hay algunos entre ellos que por inclinación y habilidad para mantenerlas llegan a tener cuatro o cinco. Sus casas están construidas a corta distancia una de otra. Cada esposa tiene, por lo general, su casa o choza separada y viven en términos amistosos con sus vecinos. El marido corrientemente hace su residencia con la mayor de las mujeres, la que tiene obligación de dar el ejemplo a las demás y mantener un amistoso trato con la familia, llamándoles la atención a su bienestar y conveniencia. Algunas veces, aunque no muy a menudo, se mantienen todas en una casa, excepto durante el período avanzado de preñez, de parto, o de amamentar a los hijos, en cuya época invariablemente viven solas. Al momento llegado, la mujer, como es costumbre en las tribus indígenas, se retira a una choza construida en el bosque, a una distancia del resto de la familia. Allí permanece asistida por una pariente de edad, quien queda recluida con ella. El período laborioso es corto, comparado al que generalmente se experimenta en la vida civilizada, y previamente a su regreso al trato corriente con la familia, una especie de purificación pública de sí mismas y de la cría tiene lugar.

Las personas de mayor posición, después de los jefes principales, son los Sukia, que son a la vez médicos y sacerdotes. Estas personas están sueltas a tener comunicación con un agente invisible, o gran espíritu, y están dotados, por su medio,

de predecir los acontecimientos. Han adquirido conocimientos de las virtudes medicinales de algunas plantas y están capacitados, por lo tanto, para curar heridas y también algunos de los desórdenes incidentes al clima. En consecuencia son tenidos en gran estima y veneración por los indígenas más ignorantes. Previamente a ser tenidos como Sukias profesionales, se recluyen, algunas veces por meses, en los bosques sin tener comunicación alguna con nadie, y es allí que tienen contacto con el espíritu del que se ha hecho mención. Ellos son profundamente astutos y comparativamente inteligentes, y una vez que han adquirido dominio en casa, su fama se extiende a las tribus vecinas.

He oído a menudo, y no tengo la menor duda del hecho, que se ha sabido que bailan, en estado de completa desnudez, en medio de una gran pirandencia, no teniendo las llamas ningún efecto sobre sus cuerpos, y esto lo hacen hasta que se extingue el fuego. Resisten los efectos de las llamas por medio de un poderoso antídoto, extraído de sustancias vegetales, la preparación del cual es conocida sólo de los Sukias superiores.

Todos sus conocimientos, sin embargo, han sido insuficientes para luchar contra las enfermedades introducidas por los Europeos, siendo muchos los nativos que han muerto por la viruela, el sarampión y otros males para los que no conocen cura y por los que su número ha sido reducido grandemente. A la primera aparición de sarampión o viruela, que han probado ser tan destructivos de estos pobres Indios como la plaga ha sido para los habitantes de otras partes del mundo, abandonan sus establecimientos y se van a algunos de los numerosos cayos de la costa en busca de aires puros. En uno de los cayos los infectados son cuidadosamente recluidos y se evita el trato con ellos hasta que están libres del mal. La muerte, sin embargo, generalmente pone fin a sus sufrimientos.

Los Mosquitos, repetidamente, han intentado dominar a los indios de San Blás, y mucha sangre ha sido derramada en consecuencia. La última expedición contra éstos tuvo lugar hace cerca de veinte años. Consistió en unos trescientos hombres, los que casi todos fueron aniquilados en los diversos encuentros que tuvieron lugar en las posiciones desventajosas a las que fueron atraídas. Muy pocos de

los invasores regresaron a sus tierras, y por lo tanto, no es muy seguro que intentos similares vuelvan a llevarse a cabo desde la Costa de Mosquitos.

Cuál será la política de los nuevos gobiernos de la América del Sur hacia la conciliación de estas y otras tribus independientes, está por verse, pero a juzgar por algunos de los recientes decretos de Colombia, mucho es de temer que la importancia de estas tribus no ha sido justamente apreciada. Por las restricciones impuestas a su comercio y otras actividades, ellas pueden continuar considerando a los Colombianos no mejores que los Españoles; y si es así, las consecuencias no pueden ser sino dañinas para ambas partes. Sus territorios son naturalmente tan fuertes, y los puertos y lagunas tan intrincados que los contrabandistas, corsarios o piratas, si están en buenos términos con los Indios, siempre podrán encontrar refugio; y el comercio con Cartagena, Portobelo, etc., puede, en consecuencia, en cualquier momento, encontrarse con interrupciones y daños.

Esta parte del Istmo de Darién presenta un precioso campo para las investigaciones del viajero industrial y científico; y, sin duda, muchos muy importantes descubrimientos, botánicos, mineralógicos y otros, están por realizarse por aquellos que tengan la inclinación y habilidad para explorarla.

Volviendo a nuestras operaciones comerciales: habiendo salido de Nueva Caledonia proseguimos a Caret, donde dispusimos de lo último de nuestra mercadería a cambio de cacao, con lo que completamos la carga de los dos bongos, y regresamos con facilidad a la embarcación en Cayo de la Aguja.

Durante nuestra ausencia, el traficante había mantenido el más amistoso trato con los nativos y había recogido cerca de cien toneladas de fustoc, además de otros más valiosos productos, lo suficiente para la carga de regreso, con la que llegamos con seguridad a Jamaica, después de una ausencia de cerca de nueve semanas.

En mis subsiguientes viajes a la costa siempre encontré a los Indios ansiosos y deseosos de contribuir al éxito de los barcos que comandaba. Por lo general, se apegan a aquellos que los visitan con frecuencia. Cada viaje subsiguiente mejora su amistad y su deseo por desarrollar los intereses comerciales de su región, tanto como su ignorancia e inesperienza les permita juzgar.

Capítulo III

Viaje a la laguna de Chiriquí. — Portobelo. — Costa Mosquitia. — Chrico Mola. — Residencia allí. — Zarzaparrilla. — Excursiones al interior. — Historia de un buscador de oro. — Partida de caza. — Vista del Atlántico y Pacífico. — Visita de una corbeta de guerra. — Carácter y costumbres de los Valientes. El árbol de soupa. — Serpientes. — Bucaneros. — Los Indios Chilibés, Tiribés y Blanco.

En el año 1817, mis viajes a San Blás fueron interrumpidos por una severa indisposición que me redujo a un estado de gran debilidad. Una vez convaleciente, acepté la oferta de un amigo para acompañarlo en un viaje de comercio a la Ensenada de Mandingo y a diferentes partes de la Costa de los Mosquitos. Su objetivo era desembarcar mercaderías a sus agentes en distintos lugares y traer de ellos tales cantidades de fustoc, conchas de tortugas, zar-

zaparrilla, cacao, etc. como las que recogieran, después de vender el resto de sus artículos a los Españoles en Coclec, Río de Oro, Matina, y en el Río San Juan de Nicaragua, por especies y oro.

De acuerdo proseguimos a la costa de San Blás y transamos negocio en Nueva Caledonia, el río Mosquito, Sarsadee y la Ensenada de Mandingo, recibiendo allí considerables cantidades de conchas, cacao y otros productos valiosos. Volviendo de la

costa de San Blas, pasamos por Portobelo y continuamos hacia la Laguna de Chiriquí, la que, aunque tan lejos al sur, es considerada como parte de la Costa Mosquitia bajo la jurisdicción del Rey Mosco, quien a pesar de que los Españoles la consideran parte de su Provincia de Veragua, anualmente envía a su almirante a recoger el tributo de los nativos. Veragua se junta a Costa Rica a unas pocas millas al occidente de Bocas del Toro, o la Bahía del Almirante. Costa Rica se extiende a Punta del Gordo, la que está a una corta distancia al norte del Río San Juan, y puede ser considerada la frontera de las reales —y nominales— posesiones Españolas en esa parte de la costa.

En Punta del Gordo, puede decirse que comienza la Costa de los Mosquitos propiamente dicha, y aquí nos encontramos con la pequeña tribu independiente de Indios llamados Ramas. De aquí a Cabo de Gracias a Dios, donde el Rey Mosco, principalmente reside, la costa se extiende de norte a sur por una distancia de cerca de doscientas veinte millas. De Cabo de Gracias a Dios la costa se extiende hacia el oeste y noroeste al río Patuca y la distancia es de unas cien millas. De aquí al pequeño Río Romano rumbo al oeste una distancia de noventa millas, formando así una línea de costa de cerca de cuatrocientas diez millas de largo, en la cual los Españoles nunca han podido establecer ninguna efectiva colonia.

A nuestra llegada a la Laguna de Chiriquí, gustosamente consentí a la propuesta, hecha por mi amigo, de subir el Río Chirico Mola (o quizás más propiamente, Chrickam Aula) por cerca de veinticinco millas al establecimiento principal de los Indios Valiente, sitio que se dice extremadamente saludable para allí quedarme para recuperar mi salud, familiarizarme con los usos y costumbres de esa tribu y abrir el comercio con los indios del interior del país.

Habiendo seleccionado y alquilado tres grandes canoas entre las que se habían reunido alrededor del barco, las cargamos con mercadería valorada en cerca de frescintas libras, y a mediodía salimos para el establecimiento de los Valientes, donde mi amigo había ya formado una conexión con uno de los traficantes nativos.

Encontré que el río tiene dos bocas, formadas por una pequeña isla a la entrada. La una, al oeste es la más ancha, teniendo sólo dos pies de agua en la barra, la otra tiene tres. Después de estas entradas, tiene una profundidad considerable hasta el primer raudal, una distancia de cerca de doce millas.

En este raudal el terreno se eleva a ambos lados y hasta llegar al establecimiento el río está tan lleno de cascadas, rocas y raudales que sería imposible para personas no acostumbradas a tales sitios el ascenderlo aun en las canoas más livianas. Los indios al subirlo se ven forzados, frecuentemente, a poner a un lado los remos y usar varas largas, y en algunos sitios aun a pasar sus canoas, por sobre los raudales, a fuerza de brazos, lo que la fuerza de la corriente hace una tarea no muy fácil, las rocas lisas y las piedras redondas hacen difícil encontrar donde poner con firmeza los pies. Entre los raudales, sin embargo hay muchas extensiones tranquilas

y profundas del río, algunas de ellas cerca de una milla de longitud, y las riberas están cubiertas por una variedad de majestuosos árboles y arbustos de los más vivos colores, nada de lo que he visto desde entonces es más atractivo y bello. Después de pasar muchas cascadas y raudales llegamos al primer establecimiento de los Valiente. Las casas están situadas a pequeña distancia del río, y están rodeadas de grandes plantaciones de plátanos, bananos, yuca y cacao.

Arriba del primer establecimiento, la tierra continúa ascendiendo gradualmente, y a una distancia de cerca de treinta millas, asume una apariencia montañosa.

En la tarde del día siguiente en el que dejamos el barco, llegamos a la casa del traficante nativo, situada en la ribera moderadamente alta y cerca del río. Mi nuevo amigo, Whykee Tarra, el traficante a que aludo, estando informado de mi intención de permanecer con sus paisanos, me recibió muy cordialmente e hizo los preparativos para obedecer las órdenes que había traído para él, a saber: proseguir al barco con los artículos que hubiese recogido y ayudar a obtener conchas de tortugas en la costa.

Después de darme posesión de su casa e instruir a su esposa, que entendía un poco de Inglés, para que pusiera toda su atención en mi bienestar doméstico y para ayudarme como intérprete en mis tratos con los nativos, partió para la laguna, llevando consigo una considerable cantidad de cerdos, gallinas, huevos y plátanos para el uso de la tripulación.

Estando así instalado en mi nuevo albergue, y estando el cacique del lugar informado de mis intenciones, un mensajero fue enviado, por su indicación, a dar la noticia a los Indios que viven en el interior, de que un comerciante Inglés había venido a vivir con ellos. A su regreso me informó que en dos o tres días muchos de estos indios me visitarían, trayendo zarzaparrilla y otros productos que ellos tenían que ofrecer en venta.

En efecto, pronto comencé a recibir visitas de distintas familias, algunas veces de diez a veinte personas en cada grupo, cada una de ellas trayendo de cincuenta a ochenta libras de zarzaparrilla * en grandes sacos hechos de zacate de seda con una tira larga del mismo material atada en la boca. Estos, cuando llenos, parecen canastas, de las cuales la tira forma la agarradera, y los llevan suspendidos a las espaldas de los indios con la agarradora puesta sobre la frente. Las mujeres y los niños venían cargados en la misma forma en proporción a sus fuerzas.

Me trajeron gran abundancia de aves y algunos buenos cerdos y también muchas, extremadamente nítidas, bolsas de diversos tamaños hechas de zacate de seda y teñidas en varios colores brillantes. Algunas de las hebras de las bolsas eran tan delicadas como encajes.

Escarlata, azul, amarillo y púrpura eran los más predominantes colores y cuando recientemente teñidos aparecían muy frescos y brillantes, pero no soportan la lluvia o el clima, lo que demuestra que aunque los Indios poseen muy valiosos tintes, no

(*) Smilax Sarsaparilla, Linn.

tienen el secreto de hacerlos durables. También me trajeron un número de cuerdos pequeñas, de veinte a treinta brazas de largo, hechas de fibras mezcladas de algodón y zacate de seda. Ellos tienen la costumbre de intercambiarlas con los Indios pescadores de la costa, quienes las usan para amarrar tortugas, etc. Yo les dí a cambio de esos artículos, anzuelos, chaquiras, espejitos holandeses, cuchillos y otros objetos de poco valor.

Los Indios de la costa se creen con derecho de asumir aires de superioridad sobre estos "montañeses", por razón de los tratos con los traficantes que sostienen aquellos. Por lo que a mi respecta, yo he encontrado a estos nativos del interior, inofensivos y honrados en sus tratos y satisfechos con lo que se les diera a cambio de los artículos que traían. En verdad, que muchas de estas cosas que traían me eran perfectamente inútiles, pero me puse la regla de nunca rehusar nada que me ofrecieran, o hacer que se regresaran a sus casas completamente desalentados en sus esperanzas. En tal caso unas cuantas chaquiras, un espejo, un poco de tabaco, y unas cuantas pipas, o alguna otra cosa trivial, las satisfacía y agradaba.

Muchas de estas gentes, que entonces y posteriormente, me visitaban según me dijeron, y tenía toda razón para creer, venían de las tierras bajas fronterizas al Océano Pacífico, habiendo cruzado las montañas a unas treinta millas arriba de este establecimiento. Estas montañas son de una elevación considerable, cubiertas de bosques hasta en las cimas y formando una frontera natural entre los Valientes y esos Indios que ocasionalmente trafican con los Españoles.

Siendo la zarzaparrilla uno de los principales artículos de comercio con estas gentes, y siendo sus virtudes medicinales cada día más populares en Europa, puedo aquí indicar que la clase que se obtiene en las Savannahs es más estimada que aquella que se extrae de las montañas, siendo más gruesa y conteniendo mayor cantidad de substancia medicinal. La de las montañas es tan fibrosa que es raro ver un tallo del grosor del cañón de una pipa de tabaco, y la mayor parte se le arruina al secarse de una manera artificial, descuidada y apresurada en vez de en una forma regular y gradual de exposición al sol. Por este método frecuentemente se quema y se vuelve tan negra y descolorida que es casi inútil, al recibir la menor humedad se vuelve mohosa y se pierden sus cualidades esenciales, quedando, por lo tanto totalmente inútil.

Después de residir por un tiempo en Chrico Mola, los Indios del lado sur de las montañas me traían con frecuencia monedas españolas y piezas de plata para la compra de pailas de hierro, machetes, vajillas de barro y tela. Muchos de estos Indios eran mal vistos por los Valientes por razón de su familiaridad con los españoles. Sus discusiones sobre el tema terminaban a menudo en derramamiento de sangre, y los Valientes muy rara vez se acercaban a territorio español.

Desde el principio de mi llegada a Chrico Mola fui adquiriendo fuerza corporal, y seguí el ejemplo de los habitantes, chicos y viejos, bañándome a diario en el río, que es aquí tan límpido como el cristal, y agradablemente frío. Los lagartos no suben

más allá del primer raudal, así es que no hay peligro de ser molestado por ellos, y a estas frecuentes abluciones atribuyo, en gran parte la rápida recuperación de una salud perfecta.

En menos de seis semanas después de mi llegada yo había conseguido más allá de cinco mil libras de zarzaparrilla, y pensando que una regular cantidad de este valioso artículo se podría conseguir aquí para suplir el mercado de Jamaica, una vez que los Indios fueran animados a recogerlo, llegué a la determinación de permanecer en Chrico Mola por lo menos hasta la próxima temporada. Al regreso de la embarcación que me había traído aquí, bajé a la Laguna y comuniqué mis ideas sobre el tema a su dueño, quien, previendo las ventajas que se derivarían de que un europeo permaneciera como residente entre los Valientes, inmediatamente consintió a mi propuesta. Habiéndole entregado el producto que había recogido, recibí un mayor contingente de artículos que yo consideraba necesario para el consumo de los nativos hasta que él efectuara su regreso.

No fue sin ciertas dudas de mi propia prudencia que me encontré junto con la mercadería completamente a la merced de mis nuevos amigos. Sin embargo, yo había adquirido considerable confianza con los caciques, quienes, en una de sus Conferencias o Concejos, tomaron la resolución de darme toda protección y todas las facilidades en su poder para comerciar, y para mayor prueba de su buena voluntad, el cacique principal me ofreció una esposa India y toda clase de facilidades de acomodo.

Como había recobrado las fuerzas, y tenía mucho tiempo en mis manos, y habiendo sido siempre inclinado a la caza y la pesca, fui gradualmente extendiendo mis expediciones al interior. Con la ayuda de una pequeña brújula de bolsillo, poco temía perderme, y habiéndome familiarizado con las vedas indígenas, a menudo penetraba muchas millas en los bosques, llegando a soledades a las que aparentemente, ningún ser humano me había precedido.

Había oído con frecuencia que se podía encontrar oro en abundancia en la región alrededor de Chrico Mola y que los Indios estaban bien familiarizados con los sitios donde había sido descubierto. Su celo de los extranjeros y su temor de excitar la codicia de los españoles, les inducían, sin embargo, a guardar sigilosamente sus conocimientos y el siguiente hecho que tuvo lugar hace algunos pocos años es ilustrativo de este sentimiento de su parte.

Un mulato de Jamaica, llamado Wadderburn, quien por un tiempo había sido residente de Chrico Mola tenía la costumbre de comerciar en sitios donde se encontraba con españoles. Se familiarizó en una de sus excursiones con un criollo español, el que, habiéndose disgustado con sus patrones, propietarios de una mina de oro cerca de veinte millas arriba del Río de Oro y cerca de treinta de Punta Valiente, convino en acompañar al comerciante y tomar residencia de Chrico Mola. Poco después de su llegada descubrió indicios de oro en la vecindad del río, y ausentándose por varias horas cada día, atrajo la atención del mulato, a quien le confesó que había descubierto oro y que con la ayuda de una barra vieja había cavado y recogido varias onzas.

Ya fuese que no supiera del celo de los nativos, ya que no tuviera la debida precaución, él no pudo eludir la observación de aquellos. Uno de ellos pidió un Concejo de caciques, quienes al siguiente día llamaron al mulato y le exigieron que les entregara al español para sacarlo de su territorio. Se le aseguró que no le ocurriría ningún daño y que se le proveería de una canoa y de todo lo necesario para que pudiera llegar a Portobelo, o a algún otro sitio seguro. De acuerdo con el arreglo partió acompañado de algunos nativos, quienes se encargarían de verlo salir. Los nativos volvieron dos días después pero el español nunca fue visto de nuevo por los traficantes. No dudo que lo mataron para evitar el riesgo de molestias de parte de los Europeos en lo referente a minas de oro en su país.

A pesar de este caso, a menudo en mis andanzas de cacería, me detenía a buscar oro, especialmente cuando el paso estaba obstruido por zanjones y cauces secos que bajan de las montañas, pero por entonces no estaba familiarizado con las indicaciones del precioso metal, y nunca consideré seguro, o prudente, el permanecer estacionario por un período de tiempo en estos lugares solitarios tan remotos de la habitación de los hombres.

Al regreso de una de mis excursiones el cacique del establecimiento, llamado por los traficantes Jasper Hall, me dijo que algunas de las mujeres habían descubierto las huellas de un extraordinario animal que las había llenado de terror; y que ninguno de los cazadores podía dar, por la descripción, qué era; las mujeres insistían que sólo podían ser: huellas del Demonio.

El cuento excitó mi curiosidad, y no dudando que podría llegar a ser un animal, probablemente desconocido en Europa, le persuadí a formar una partida de caza e ir en su búsqueda. Jasper, otros tres hombres y yo, bien proveídos para permanecer una noche o dos en los bosques, si fuese necesario, salimos al romper el alba, bien armados, y llevamos a tres de las mujeres como guías.

Después de caminar por cuatro horas por rumbos desconocidos, llegamos a una cañada profunda por la que ascendimos por cerca de una milla a un lugar donde las huellas eran visibles. Al llegar al sitio Jasper prorrumpió en carcajadas y me gritó: "Eh, Roberto, huella diablo aquí!" y al investigar encontré que las tales huellas eran las señales de mis zapatones de zuela claveada que había dejado allí en una de mis excursiones. Habíamos llegado a la cañada por distinto rumbo del que yo había llegado a ella y me divertí al darme cuenta que había llegado tan lejos sólo para encontrarme con mis propias huellas.

No me detendría en tan nimia ocurrencia si no fuera que además de ser indicativa de la mentalidad indígena, fue motivo de una excursión que tenía muchos deseos de realizar. Nos encontramos con diversas piezas de caza, mas no había disparado un sólo tiro, por temor de espantar al extraño animal en cuya búsqueda íbamos. Las mujeres habían traído plátanos y casabe, y ahora nos propusimos pasar un par de días en los bosques y empeñarnos en cazar algo para llevar a casa. Los indios erigieron unas rudas chozas en el lugar y se dejó que las mujeres les pusieran techo de hojas de plátanos salvajes.

Proseguimos el ascenso de la cañada por un buen rato y por fin oímos el ruido del pecari o zahino y poco después descubrimos una manada de cerca de cien animales. Matamos cerca de veinte y la detonación de nuestras armas de fuego atrajo a las mujeres a ayudarnos, y todos nos dedicamos a cortar la glándula en el lomo del animal y dividirlo en pedazos con el propósito de asarlos en barbacoa. Esta operación se lleva a cabo construyendo un marco de madera con ramas de árboles y cubierta de hojas sobre las que se coloca la carne, se prende fuego por debajo y así la carne no sólo es ahumada sino asada, que es cuando se considera suficientemente curada. Así se conserva por varias semanas.

Las orejas del pecari son cortas, puntiagudas y erectas; los ojos están hundidos en la cabeza, el cuello es corto y grueso, las cerdas son tan largas como las del erizo, más largas en el cuello y la espalda; son de un color negro anilladas de blanco; tiene un collar blancocenizo de los hombros al cuello; en tamaño y en color, se parece algo al cerdo de la China; no tiene cola, en la espalda tiene una apertura glandular por la que destila constantemente un líquido delgado y fétido. Si el animal es muerto por la tarde y se corta esta glándula cuidadosamente, y se lava el líquido inmediatamente, la carne es un alimento agradable. Gruñen con un sonido ronco y fuerte, y cuando son molestados hacen el ruido más desagradable con sus colmillos, que apenas se les ven cuando tienen la trompa cerrada. Algunas veces se volverán con furia sobre su atacante, cuyo mejor refugio, en tal caso, es subirse a un árbol, y luego si tiene buenos perros, manteniéndolos en jaque, puede matarlos a su gusto mientras tenga municiones. Se alimentan principalmente de frutas y raíces y muchas veces causan daños en las plantaciones de plátanos y casabe.

Permanecemos en las chozas toda la noche, y a la mañana siguiente, dejando a las mujeres terminar la operación de curar el producto de nuestro trabajo, renovamos nuestra expedición.

Habiendo oído a menudo que los océanos Atlántico y Pacífico pueden ser vistos al mismo tiempo desde la cima de una montaña a unas treinta millas de Chrico Mola, o a unas veinte del sitio donde ahora nos encontrábamos, yo estaba sumamente interesado en confirmar tal aserción, y persuadí a Jasper que tomara esa dirección. Nuestro camino, al seguir la ruta de aquel lugar, estaba libre de malezas y de cualquier otro impedimento, al menos que nos encontráramos con cañadas, que son, en ciertos sitios, anchas, y con los fondos y las laderas parcialmente cubiertas de grandes masas rocosas. Habían algunas pozas de aguas profundas en esas cañadas en las que se podían ver gran número de pequeños peces. En la temporada de lluvias, cuando esas cañadas contienen grandes masas de agua, se hace prácticamente imposible el cruzarlas.

Por la tarde logramos alcanzar la cima de la montaña, donde fui ampliamente remunerado por la gran fatiga y dificultades del ascenso. La montaña no termina en un pico o cono, ni tiene la apariencia de origen volcánico, sino más bien la continuación de una cadena o sierra de montañas, que se levantó más alto que cualquiera de las otras de la inmediata vecindad.

Cerca de quinientas yardas sobre la cima, el descenso, hacia el Pacífico, comienza más o menos abruptamente, y es más precipitado que por el lado que ascendimos. Montañas aun más altas aparecen hacia el Este en dirección de Panamá y Chagres. Al noroeste, una inmensa e ininterrumpida cadena de montañas se presenta a la vista hasta donde el ojo alcanza, y aquí y allí, varios elevados picos aislados teniendo la apariencia de volcanes, se levantan de la cadena. Tuve una clara y distinta vista de ambos océanos, muchas de las islas en las Lagunas de Bocas del Toro y Chiriquí en el Atlántico se veían claramente, mas no pude ver a Quibo, ni ninguna de las islas del Pacífico, que pensaba que si estuvieran bien trazadas en el mapa hubieran sido visibles. Las inmensas florestas de árboles magníficos que vegetan en las riberas de todos los ríos del país y cubren las montañas hasta sus mismas cimas, impiden el seguir el curso de los ríos, sin embargo, el país, desde el sitio en que obtuvimos esta deliciosa vista, presentaba el mapa de una inmensa floresta, diseñada en gran escala por la Naturaleza.

Como se aproximaba la noche y hay muy poco crepúsculo en estos climas, los Indios estaban impacientes por descender y con pena abandoné el risco desde el cual había contemplado tan espléndida vista. Bajamos por la cañada y habiendo recogido una cantidad de hojas de plátanos, ascendimos por uno de sus lados y recogiendo leña encendimos una fogata en la que nos cocinamos la cena de carne de zahino que habíamos traído.

Me eché sobre mi cama de hojas de plátano y habiéndome encomendado a Aquel cuyas magnificas obras había estado admirando, y quien, por su Providencia, guía igualmente a Indios y Europeos, me sumí en un profundo reposo con tan completa sensación de seguridad, como si hubiese estado en medio de la civilización y rodeado de numerosos amigos y parientes.

A la primera aparición de la aurora, pusimos nuestras escopetas en orden y descendimos la montaña a paso rápido. Tiramos varios guams y loras, y al medio día llegamos a las chozas donde encontramos a las mujeres en perfecta seguridad. Habiéndonos refrescado y descansado, nos preparamos para el viaje de regreso, cada cual llevando su proporción de provisiones y de caza, producto de nuestra expedición. Llegamos a nuestro establecimiento después de la caída del sol, muy fatigados, pero satisfechos del resultado de nuestra gira.

Inmediatamente después de nuestro ingreso, tuve una buena oportunidad de cerciorarme hasta dónde podría uno confiarse de que los Valientes repelieran cualquier intento de invasión de parte de sus enemigos. Encontré el establecimiento considerablemente alarmado y a toda su población sobre alerta. Un extraño barco de guerra había llegado a la laguna y había anclado en la boca del río Chrico Mola, después de haber disparado contra dos canoas pescadoras de los indios Valientes, sin duda alguna como señal para atraerlos hacia el barco, pero los Indios, tomando eso como indicio de hostilidad, se lanzaron al agua, nadando llegaron a la ribera y dieron la voz de alarma de que se acercaban los Españoles. Una bandera roja había sido izada en

una pequeña isla en la boca del río, probablemente como señal para los nativos de que llegarán a ese lugar, mas cuando esas gentes oyeron el sonido de los tambores y el disparo del cañonazo vespertino, llegaron a la conclusión de que serían atacados, especialmente cuando una canoa llegó con el informe de que había visto un bote grande cargado de Europeos armados que iban río abajo, un poco más allá del primer raudal. Encontré a los Indios llevando a sus mujeres, niños y pertenencias al otro lado del río, a la seguridad de los bosques, y como por este tiempo yo tenía una considerable cantidad de Carey, zarzaparrilla y otros productos bajo mi cuidado, expresé mi parecer de que si eran Españoles u otros los que venían con intenciones hostiles, era probable, que habiendo reconocido el campo, intentaran forzar su paso, durante la noche, o muy temprano de mañana, y que si se les permitía pasar los raudales, la destrucción del establecimiento era inevitable, pero que si se luchaba en cada raudal sucesivamente, podríamos defendernos fácilmente no sólo contra las gentes de este barco sino contra cualquier fuerza que se echara sobre nosotros. Los Valientes se pusieron de acuerdo conmigo con verdadero entusiasmo.

Distribuí entre ellos las escopetas que tenía para la venta. Además, recogimos cuarentitres mosquetes y escopetas, junto con lanzas, arcos y flechas en las diferentes chozas a lo largo del río. Les repartí unos barriles de pólvora y todas las balas que tenía almacenadas. Los hombres se apostaron en los distintas raudales como si el ataque hubiese comenzado, y todos estaban confiados del resultado.

Por la mañana una canoa grande armada fue enviada río abajo para hacer un reconocimiento y se encontró con el Capitán Cox y algunos oficiales del bergantín de Su Majestad "Sheerwater" que venían río arriba en un bote grande, manejado por tres de los Valientes. El Capitán Cox me informó que navegando a lo largo de la costa hacia San Juan, debido a calmas y fuertes corrientes occidentales fue arrastrado a sotavento de Bocas del Toro, y habiendo oído que había un establecimiento Inglés en Chrico Mola, la curiosidad y el deseo de ser útil a sus paisanos le indujo al empeño de encontrarlos.

Todos estos oficiales permanecieron conmigo hasta el siguiente día. La curiosidad atrajo a un buen número de Valientes, quienes se congregaron alrededor de mi casa para ver a los extranjeros, cuyo comportamiento fue ordenado. Las doncellas Valientes fueron muy admiradas y mis paisanos estuvieron contentos de admitir, que, por lo general, estas gentes eran muy superior a la de cualquier otra tribu que hayan visto en la costa. Cuando el Capitán y los Oficiales se despidieron me expresaron su satisfacción por la visita. Les proveí de provisiones frescas que pude recoger en tan corto tiempo, así como de curiosidades indígenas que había coleccionado y las que pude conseguir entre mis amigos Valientes. Los Indios que los acompañaron al barco me trajeron de regreso té, café, azúcar y vino, yo, para reciprocárselos, hice que mis amigos siguieran al Capitán Cox a través del canal de las Montañas Partidas, en la laguna de Bocas del Toro, con unas docenas más de aves, plátanos, etc.

Esta visita provocó considerable especulación entre los Indios, a quienes me esforcé en convencer de que era de sumo interés para ellos mantener cordiales relaciones con los Ingleses, que su región producía numerosos artículos, muy valiosos para el comercio inglés; y, que ellos sólo necesitaban ser conocidos para ser visitados por grandes embarcaciones mercantes directamente venidas de Inglaterra. Por lo general, esta visita, y mis consideraciones sobre ella, causaron gran impresión en la mentalidad de los nativos; y posteriormente, a consecuencia de ellas, me tuvieron mayor grado de estimación.

Varias costumbres de los Valientes parecen ser peculiares de su raza. Cuando uno de ellos muere, su cuerpo es enterrado en el piso de la casa ocupada por la familia, la única excepción a esta regla es cuando el Indio ha muerto por la picadura de una serpiente, o que haya muerto en una riña con alguno de su propia tribu. En cualquiera de estos casos, son enterrados bajo una casa en su propia heredad y sus implementos de guerra y otros utensilios, son enterrados con ellos; su canoa es generalmente partida en dos y colocada sobre la tumba. Además, aun los chagüites y las provisiones pertenecientes a esas personas son inmediatamente destruidas. A la muerte de un familiar, ellos muestran extraordinario pesar, las mujeres especialmente, quienes se golpean el pecho, se tiran de los cabellos, se cortan las carnes, y usan otras demostraciones de extravagante dolor. El hijo, si lo hay, hereda la casa y las mujeres de su padre. Sus pertenencias, tales como, canoas, implementos de caza y pesca, armas, y baratijas, son divididos entre sus hijos. Si no hay hijos, el hermano mayor hereda todo. Las mujeres tienen poca escogencia en la disposición de sus personas para el matrimonio: siendo ese asunto arreglado siempre por sus padres, o el pariente varón más cercano.

Los niños, de ambos sexos, pronto son enseñados a nadar; uno de sus pasatiempos favoritos es jugar en el agua, a la que ellos se lanzan tan pronto como pueden andar. Mientras avanzan en años, son instruidos en el uso del arco y la flecha y la lanza, y adquieren destreza practicando con instrumentos embotados sobre las aves de corral, perros y otros animales domésticos o pájaros que se crían en la casa. A medida que van tomando fuerzas, los muchachos tienen otras tareas que realizar; son llevados a pescar y a lancear tortugas. En estas expediciones se ausentan, junto con los hombres de tres semanas a un mes, y al regresar comparten su bofín con los vecinos y amigos. Las niñas son enseñadas temprano a acompañar a sus madres a los campos de labranza, a llevar pequeñas cargas de leña, plátanos, casabe y otros artículos; a moler el maíz, a lavar y preparar el algodón y la seda silvestre, y a atender otros oficios domésticos. Ellas juntamente con los muchachos, se bañan frecuentemente en el curso del día, pero, desde la edad de seis años, a cuya edad son generalmente esposadas, estas abluciones se realizan a cierta distancia, bajo la protección de sus madres, quienes después de ese período, rara vez permiten a sus hijas estar lejos de su vista hasta que se casan, lo que generalmente tiene lugar a la temprana edad de diez a doce años.

Cuando un Indio Valiente se considera injuriado o dañado por uno de su tribu, deliberadamente afila su machete, y en compañía de un amigo suyo va a la casa de su adversario, a quien reta a combate limpio. El reto es frecuentemente aceptado en el momento, se dan tiempo a prepararse, y el duelo no termina hasta que uno, o a veces ambos, es muerto o incapacitado.

Despliegan considerable destreza en el uso del machete, tanto en el ataque como en la defensa; y es raro encontrar a un Valiente sin una profunda cicatriz en su cuerpo, y particularmente cerca de la cabeza. Si el retado pospone la decisión de la riña para un día futuro, la cuestión generalmente se arregla por la intervención de amigos. Habiendo sido retado por uno de esos caballeros cortantes, yo insistí en sustituir aquella arma por pistolas, a cuya propuesta él declaró: "Moda inglesa! No buena!", y por la intervención de amigos arreglamos nuestras disputas sin derramamiento de sangre. Pocos entre ellos pueden usar armas de fuego con resultados, mas son muy exactos con el arco y la flecha, y son buenos y diestros lanceros.

Son por lo general corajudos, poseen mucho sentido del honor y continúan mereciendo el apelativo que les dieron sus primeros descubridores: "Indios Bravos" o "Valientes". Son gentes de una raza mucho más alta que los de San Blas, y pueden por su trato con Europeos y otros traficantes, ser considerados más civilizados que la mayoría de las otras tribus que habitan esta parte de Tierra Firme. Su odio jurado a los Españoles y su parcialidad hacia los Ingleses, como puede verse por lo que se ha narrado sobre el tema, hace un establecimiento de comercio entre ellos, ya fuese temporal o permanente, completamente seguro; y en punto de honradez, son muy superiores a sus vecinos, los Mosquitos, a cuyo rey, sin embargo ellos pagan una especie de tributo o reconocimiento anual, el que ellos consideran a la luz de un presente gratuito de acuerdo con una antigua costumbre en vez de una marca de sujeción. En mas de una ocasión han rehusado pagar este tributo y hace cerca de cincuenta años, cuando surgió una disputa sobre el particular, el tío del Rey Mosco con todos sus jefes y sus gentes que le acompañaban en número de cincuenta, cayeron sacrificados a su resentimiento.

Ningún Sukia, o sacerdote de ninguna clase, residió entre ellos durante los años que visité o viví en su región. Los matrimonios, bautismos y otras ceremonias, comúnmente consideradas religiosas, fueron realizadas por los ancianos del lugar. No están exentos, sin embargo, de ideas de una vida futura y de una Providencia todopoderosa; y cualquier sorprendente o providencial escape de peligro, o inexplicable conservación, le dan a veces el nombre de "obra de Dios".

Por ejemplo, en una de mis excursiones más allá de los raudales, los indios inadvertidamente dejaron que la canoa flotara tan cerca de un tremendo precipicio que no tuvieron oportunidad de remarla fuera de peligro: Inmediatamente se lanzaron al agua y nadaron a la orilla. Habiendo sido tomado tan de sorpresa, no hallé otro medio de seguridad que la de permanecer en la canoa, la que cayó sobre el raudal y se rompió en pedazos. Cuando reco-

bré el conocimiento, me encontré en el agua, cerca de una isleta a poca distancia de la caída del agua, cogido firmemente de las ramas que colgaban sobre el río. Unos indios al otro lado del río, que no habían visto el accidente, me llevaron a mi propia casa. Sintiendo enfermo por el golpe recibido, me acosté para poder recobrar. Mientras tanto, mis acompañantes en la canoa se habían ido a casa y dieron la noticia de mi muerte, en confirmación de la cual señalaban los destrozos de la canoa que flotaban en el río. Apenas había estado una hora en mi hamaca, cuando el viejo Jasper, y otro de los jefes, llegaron a mi casa lamentando mi muerte y dispuestos a hacer inventario de mis cosas, para entregarlas a mis parientes o acreedores. Nada puede igualar su sorpresa cuando yo me senté y les pregunté qué es lo que querían hacer. "Por Roberto!" —esta era una exclamación favorita del anciano jefe—, "no ahogarse!" luego añadió con un cierto grado de asombro reverente, "esto es obra de Dios, por Roberto! sólo obra de Dios!"

También tienen ideas vagas de espíritus deshumanizados y del otro mundo, donde esperan encontrar buenos cotos de caza con bastantes presas y provisiones. Yo creo firmemente que si hubiera un misionero sensible y permanente, de principios liberales, capaz de hacer a los Indios familiarizarse con las artes de Europa, que acompañara a cualquier traficante que residiera entre ellos, y que gradualmente venciera sus prejuicios y les señalara las ventajas de la civilización, las observancias religiosas y ciertas leyes fijas, podría ejercer gran influencia sobre ellos y hacerles mucho bien.

Sus casas son construidas cerca de las riberas del río y se erigen de la siguiente manera: se entierran tres, y a veces cuatro, postes en el suelo, a distancias equidistantes, según la longitud de la casa, a estos se asegura la solera principal. Luego se entierran postes pequeños, de la misma manera, a cada lado, a intervalos de diez o doce pies, se colocan enseguida unas varas largas desde la solera principal a la de los lados, el techo se forma cubriéndolo con hojas de una palmera, extremadamente durable, las paredes de los lados se cubren de la misma manera. Algunas veces el techo baja a los lados de la casa a unos cinco pies el suelo, y se dejan esos lados completamente descubiertos, sin pared alguna que proteja a los de adentro de las inclemencias del tiempo. En este caso, duermen en lo que ellos llaman "crickeries", una especie de plataforma elevada, formada por cuatro postes enterrados en el suelo a distancias iguales como para formar un marco cuadrado, tablas de madera de cedro, cortadas de igual longitud forman el piso de la plataforma. Este dormitorio es por lo general, lo suficientemente grande para albergar al marido y a dos o tres de las esposas, y, cuando la familia es numerosa, se construyen varios de estos dormitorios dentro de la casa, a la altura del alero. Un poste de madera dentado sirve de escalera, y como con solo una hacha por instrumento se puede cortar una tabla, para construir esos dormitorios se requiere mucho trabajo.

Sus plantaciones de plátanos son extensas, y en Chrico Mola, se extienden por varias millas a lo largo de las riberas del río. Estas plantaciones nun-

ca se agotan, como en ciertas partes de la Costa Mosquita, donde el terreno es pobre, al contrario, siempre nacen nuevos vástagos o hijos al pie de la planta original, y la exuberancia de su desarrollo es tal que es necesario deshojarlos con frecuencia, trasplantarlos o destruirlos. Más adentro se cultivan grandes cantidades de cazabe y maíz Indio, pero para su sustento emplean plátanos, bananos y cazabe. El método de preparar el terreno para una siembra de maíz es muy sencillo, la persona invita a sus vecinos a beber chicha, les manifiesta su intención de desmontar un lote de terreno, y les solicita su ayuda. El día señalado llegan todos los hombres con sus hachas o machetes, cortan los árboles y las malezas, y dispersan las semillas por entre los troncos caídos. Esto se hace generalmente pocos días antes del comienzo de la época lluviosa. Las ramas caídas protegen los retoños del bochorno del sol, y a los cinco meses los granos, que ya han excedido esta protección, están listos para ser cosechados; lo cual es algo incómodo porque el único modo que se puede llegar hasta ellos es trepando por encima de los troncos, ramas y residuos de los árboles caídos.

Cuando se ha cosechado el grano, la madera, que por entonces ya está bien seca, es quemada, y avivada por los tallos secos de maíz, arde tan ferocemente que solo deja cenizas, y los tocones (o muñones) de las plantas en la superficie. Por medio de este método sencillo, el terreno se considera suficientemente limpio para toda clase de siembra. El cacao se da en toda plantación de banano o de plátano; el terreno en las riberas del Chrico Mola y de otros ríos que desembocan en la Laguna de Chiriquí se presta muy bien para el cacao, llega a su perfección a los cuatro o cinco años, y no da muchos problemas a los agricultores, quienes lo cultivan solo para su propio consumo; aunque si lo cultivaran como artículo de comercio, se producirían inmensas cantidades, de calidad excelente, en las riberas de esos ríos.

El terreno alledaño a Chrico Mola, como ya se ha dicho, es extremadamente fértil, produce a la perfección casi todas las frutas propias de la América del Sur; tales como el mamey, sapotillo, cocos, naranjos, algarroba, "soupa" (que en su época se prefiere al plátano, banano y cazabe); y una variedad de otras frutas valiosas y deliciosas.

La "soupa" merece especial atención. Es una especie de palma, el tronco está completamente cubierto de púas y espinas, y mide de cincuenta a sesenta pies de alto: en la cima, las hojas se esparcen en una forma similar al cacao —tienen forma de pluma, muy delgadas, onduladas, y encrespadas hacia la punta. Da varios racimos de frutas, teniendo cada racimo de ochenta a cien frutas. Primero son verdes, luego amarillas como una manzana, y finalmente se tornan rojas a medidas que van madurando. Son del tamaño de un huevo de gallina, y muchas veces carecen de semilla; el fruto es harináceo, y un sustituto excelente en la ausencia de pan o verduras. La madera del árbol es extremadamente dura, pesada y de fibra muy compacta, se usa para hacer arcos, pértigas para atrapar tortugas, y para mangos de lanza. El tronco es tan espinoso que las frutas solo se pueden cortar valiéndose de

largas varas de bambú, o cuando están tan maduras que caen al suelo.

El modo de vida de los Valientes es cómodo por regla general: La naturaleza les ha dado todo lo necesario para vivir: las plantaciones se manejan con poco esfuerzo, y en sus bosques hay abundancia de animales de caza: en los ríos hay abundancia de peces, y en las lagunas, gran variedad de tortugas de buena calidad y otros alimentos para su sustento. En tiempos pasados, la vestimenta usual de esos Indios era hecha de una especie de corteza de árbol, que se preparaba poniéndola en remojo primero, y después machacándola con una clava lisa y pesada hasta que alcanzaba una consistencia semejante a la del cuero de "shamoy" (chamois). Luego se le daba una forma cuadrada, con un hoyo en el centro para pasar la cabeza. Sin embargo, esta vez iban ataviados con más decencia; algunos de ellos hasta se pusieron un traje Europeo; y yo he visto a los comerciantes y hombres importantes bien vestidos, podríamos decir, o, como ellos mismos dicen, "al estilo de un verdadero señor Inglés", y seguidos por muchos de sus compatriotas menos afortunados que tenían algún favor que pedirles o simplemente iban deseosos de rendir homenaje al gran hombre quien, mientras tanto, marchaba con aire arrogante con un parasol de seda sobre su cabeza.

La época lluviosa no es considerada por ellos como una época insalubre: al contrario, es una época de descanso y esparcimiento, en la cual hacen fiestas para beber preparaciones ligeras de cacao, que consumen en grandes cantidades. Su método de prepararlo es muy sencillo: simplemente se machaca con una piedra y se muele hasta convertirlo en una pasta o masa, que se diluye con agua caliente, y en esa forma es dado a los invitados en jicaras conteniendo cada una un cuarto de galón: Algunos Indios se beben ocho o diez cuartos de galón de una sola sentada, lo cual lo sume en un estado de letargo. En esas reuniones uno de sus pasatiempos favoritos es contar cuentos largos, o arreglar en un tono de voz armónico y monótono, y todos escuchan sin interrumpir al orador, aunque se les haga muy difícil creer la historia que éste relata. Yo mismo, en más de una ocasión, les he relatado alguna anécdota interesante de mi vida o les he hablado de la potencia y el desarrollo Europeo: Y aunque lo que yo les decía les debe haber sido difícil de comprender, ellos, aunque son muy ignorantes, nunca interrumpieron mi relato. Cuando el relato llegaba a su fin, algunos de los más ancianos se quedaban pensativos unos minutos, y después de mirar a su alrededor para recoger, como si dijéramos, las opiniones de los asistentes, decían en tono grave: "Lie, Robert, Lie" (Mentira, Roberto, mentira), —a lo cual yo contestaba, "no es mentira, todo es verdad, al estilo Inglés", "pero ahora", añadía yo, "voy a hacerles un relato de mentiras"— a lo cual ellos se congregaban a mi alrededor con gran deleite para escuchar "a Robert relatar cuento".

Sus bebidas de chicha son diferentes, y, en algunos casos, ese licor, lo mismo que una especie de vino hecho del fruto de un tipo de palmera, los intoxica totalmente. Pero esto es mucho menos frecuente entre los Valientes y los San Blas, que entre cualquiera otra tribu de Indios que yo conozca; y

esas competencias de beber, sólo se dan en ciertas ocasiones especiales, tales como antes de salir a la pesca de la tortuga, al levantar una cosecha de maíz, en una boda o al nacimiento de un niño.

Pueda que hayan sitios en la costa más favorables para el comercio; pero, como residencia saludable o como sitio donde se establezcan permanentemente los Europeos, yo prefiero a Chrico Mola River sobre cualquiera otro de los lugares que he visto. Los animales domésticos aumentan rápidamente con el menor cuidado que se les preste; unos cuantos cerdos, que yo conseguí para la crianza, al igual que unas cuantas aves de corral, se reprodujeron con tal rapidez, que yo no sabía que hacer con ellos hasta el mes de Mayo, cuando llegarían los comerciantes a quitarlos de mis manos junto con unas cuantas vacas y terneros.

Los mosquitos, moscas, y otros insectos que son tan molestos en la costa, aquí apenas si se ven, y, durante mi estadía, siempre dormí sin necesidad de mosquitero. Las serpientes y otros reptiles venenosos son igualmente escasos, y es aún más raro oír hablar de alguien que haya sido mordido por uno de ellos. Sin embargo, en una ocasión me escapé con dificultad de uno de esos animales. Me había estado bañando una mañana como de costumbre y me disponía a dirigirme hacia mi casa por la ribera, cuando uno de los Indios que venía río abajo en una canoa, señaló en dirección a unas piedras grandes, redondas y de color oscuro, cerca de las cuales yo había puesto unos minutos antes mi camisa y pantalones, y exclamó "Hai Robert, la ves, la gran serpiente". Sin embargo, yo no vi nada: El Indio me sugirió que me apartara del lugar, que cogiera mi escopeta y que me metiera en la canoa. Yendo en dirección opuesta al sitio que había señalado, pude ver finalmente, enrollada entre las piedras a una gran serpiente de color oscuro, con la cabeza en el centro del círculo un poco erguida, aparentemente dormida. Apuntando de una distancia prudente, le hice añicos la cabeza con el contenido de los dos cañones de la escopeta. Esta serpiente era de una especie cuyo piquete es mortal, pero yo más bien creo que era una boa color oscuro: medía más de 12 pies de largo, y los Indios afirmaron que debía haber cruzado el río proveniente del monte que quedaba al lado opuesto, porque es muy raro que se arrimen a las plantaciones.

Como he hecho excursiones frecuentes a la Laguna de Chiriquí, puedo asegurar con certeza a cualquier navegante que la visite, que en ella encontrará un puerto seguro y magnífico. Tiene tres entradas, una al este por la Punta de Valiente o Valencia; la otra por el nor-oeste al lado de los cayos de Sapadilla; y la tercera por la Laguna de Bocas del Toro. —La primera y segunda entrada arrastran una corriente suficiente de agua para barcos de gran tamaño; y la Laguna es capaz de dar albergue a toda la Marina Británica protegiéndola de todos los vientos. Hay varios escollos de coral blanco en la Laguna, pero todos son perfectamente visibles a la luz del sol; y como el agua, en general, es completamente mansa, una vigilancia alerta es todo el pilotaje que se necesita. A la entrada oriental hay un cayo pequeño, * y a su lado opuesto, en el extremo

(*) Cayo de Patterson.

norte de una playa arenosa, y no lejos de la entrada al puerto, hay una cascada que se desprende de un peñasco que está a unos cinco pies del suelo, —formando uno de los sitios más convenientes para abastecerse de agua pues puede arrimarse hasta un buque de 74 piezas de artillería. Es superior a "Water Kay", que, al igual que "Tigers Island" y "Provision Island", y muchos otros lugares a lo largo de esta costa, recibió su nombre de los viejos Bucaneros. La entrada a la Laguna de Bocas del Toro, o Bahía del Almirante, del costado nor-oeste, es estrecha, pero da paso a una embarcación de tamaño mediano, y tiene como tres brazas de profundidad en su canal, la otra entrada, del lado de "Provision Island", tiene también un canal bueno, de suficiente profundidad pero las mejores entradas a la Laguna de Chiriquí, son las del lado Este.

"Provision Island" ha estado ocupada durante muchos años por pescadores de San Andrés y de las Islas del Maíz (Corn Island), quienes traficaban sus conchas de tortuga (carey), y otros productos, con los comerciantes que llegan anualmente.

Yo realicé muchas excursiones a las varias islas y cayos en esas lagunas, y encontré abundancia de "guams", "curassows", palomas, monos, venados, y gran variedad de caza. También se da la vainilla, una planta valiosa de la cual hablaremos luego. En algunas de esas islas hay una especie de tigre pequeño, que no es peligroso en lo más mínimo, el clima se considera sano, las lagunas, a pesar de las copiosas lluvias en la época lluviosa, reciben en todo tiempo una brisa del mar. Entre "Provision Island" y una isla pequeña que queda al lado opuesto de ella, hay una ensenada profunda conocida con el nombre de "Nancy's Cove"; está completamente protegida de todos los vientos y el agua permanece tan mansa como en una alberca. De aquí a la entrada nor-oeste del puerto de Bocas del Toro hay como 16 millas, y la longitud total de ambas lagunas no puede ser menos de noventa a cien millas.

Los Bucaneros y comerciantes libres tenían la costumbre de esconder sus embarcaciones en esas lagunas, cuando se sentían amenazados por el ene-

migo, metiéndolas en ríos, o en escondites embrollados, bajo los colgantes ramajes de los árboles; y, bajando los masteleros y cubriendo con ramas verdes los mástiles y vergas, quedaban tan ocultos que era casi imposible, aún para el ojo agudo del mas experto Indio, descubrir el más leve indicio de la presencia de una embarcación.

Y aún cuando eran descubiertos, nadie se atrevía a atacar a un enemigo que, protegido por los ramajes y ayudado de sus aliados Indios, podía vencer a sus asaltantes sin exponerse a un solo disparo bien asestado.

Las riberas de muchos de los ríos que desembocan en esas lagunas se encuentran actualmente desprovistos de habitantes, aunque, en un tiempo, la región estaba poblada de numerosas tribus, algunas de ellas bastante antiguas, a juzgar por la apariencia de las ruinas de sus colonias. Los Chilibeas, los Tiribeas y los Blancos en un tiempo fueron numerosos; pero a consecuencia de sus guerras y la introducción de las enfermedades Europeas, hoy día casi están extintos. De la en un tiempo numerosa tribu de los Chilibeas, que poseyeron las orillas de la Laguna de Bocas del Toro, no quedan más de tres familias en ese lugar, y los Tiribeas y Blancos están decayendo de igual manera, quedando su región muy escasamente poblada. Sin embargo los Valientes parecen mantener su posición y haberse concentrado principalmente en Chrico Mola y en los ríos Coco, Beling —(o Belén de acuerdo con los Españoles)— y algunos otros ríos de cuyas cabeceras se sabe muy poco.

Cuando los comerciantes regresaron un tiempo después de haberme establecido en Chrico Mola, el producto de mis empeños era de más de 9,000 libras de zarzaparrilla, además de cacao y una cantidad considerable de carey y otros productos valiosos. Mis razones para abandonar ese lugar serán explicadas luego; y si un nuevo comerciante visita esa región, les recomiendo a mi amigo el comerciante nativo Whykee Tarra como ayudante honrado y fiel.

Capítulo IV

Río del Oro. — Mina de Oro. — Río Belén. — Salida de Chiriquí y Bocas del Toro. — Indios Tiribee. — Blancos. — Comercio en "Salt Creek". — Matina. — Cartago. — Un fuerte temblor. — "Turtle Bight". — Historia Natural. — Río Colorado. — Río y Puerto de San Juan. — "Indian River". — Planta de Vainilla. — Río Rama y sus indios. — Laguna de Bluefields. — Colonias Inglesas anteriores. — Río de Bluefields. — Indios Cookra y Woolwa.

Durante una de las temporadas de pesca de tortuga preparé una canoa grande y la cargué de productos con valor total de unas trescientas libras, y haciéndome acompañar de dos jóvenes para que me ayudaran, emprendí viaje para visitar varios sitios sobre la costa de la Provincia de Veragua, deteniéndome en "Cocoa Plum Point" y en la pequeña isla de Escudo de Veragua que queda junto al río de ese mismo nombre, siendo ambos sitios muy frecuentados para la pesca de la tortuga. De ahí procedí a la entrada del Río del Oro, la última colonia Española en la costa de la provincia arriba

mencionada, donde encontré un grupo de cuatro personas en guardia para avisar a los comerciantes Españoles de La Concepción, un pueblo en el interior, de la llegada de cualquier embarcación de comercio a la costa. Aquí me encontré con dos criollos Españoles que me pagaron ciertos artículos con varias onzas de oro en polvo. Pronto me abandonaron diciendo que iban río arriba a una mina para conseguir más oro en polvo, con algunos de sus compañeros, que, según sus palabras, trabajaban en la mina para su patrón cuatro días a la semana, y los restantes dos días en provecho propio, pero, sin-

tiéndome demasiado débil para protegerme de un grupo de hombres, por pequeño que fuera, y teniendo sospechas de una traición, consideré que sería una imprudencia esperar su regreso.

La información que obtuve, entonces y después, fué que esta mina había sido descubierta río arriba hacia algún tiempo, y que los comandantes patriotas en "Old Providence", al enterarse de que el propietario de la mina, Don Juan López, vendía oro a los comerciantes de Jamaica y a otros hasta por 3 o cuatro mil dólares de una sola vez, decidieron saquearlo y enviaron de la isla una embarcación con ese propósito.

López supo de su llegada a tiempo de huir con su gente y su tesoro, e internarse en el bosque. Los patriotas, o piratas, abandonaron el lugar después de asesinar a sangre fría a un fiel anciano negro que había dado la voz de alarma, y este atentado asustó de tal manera a los Españoles, que los trabajadores abandonaron la obra y la mina fué abandonada por algún tiempo. Luego López obtuvo nuevos trabajadores de Panamá, y cuando yo visité la costa la mina estaba siendo trabajada de nuevo, aunque de una manera muy tosca. Los individuos que me pagaron con oro en polvo iban sin camisas y sin calzones, lo único que llevaban era una tela de algodón azul, a manera de taparrabo, en la cual escondían el oro.

Es dudoso que las autoridades Españolas anteriores hayan sabido nada acerca de la situación de esta mina; que, en el estado actual en que se encuentra, sin protección de ninguna clase, puede ser saqueada en cualquier momento por los Indios Valientes y aún por la tripulación de cualquier embarcación pirata.

En el río Belén, o Belem, donde, en el año 1502 Colón no pudo hacer una colonia debido a la violenta oposición de los nativos y al estado agitado en que se encontraban sus hombres, obtuve carey, por medio de dos Españoles que con sus esposas y sus familias residían en ese lugar.

El río es grande y ancho a la entrada, pero como está abierto hacia el nor-oeste, se ve bloqueado con más de cuatro pies de agua en su embocadura. El suelo a cada lado del río parecía ser muy fértil, con abundancia de víveres y otros productos de la tierra. De allí procedí a Coclee, un río similar, donde encontré un grupo de Españoles montando guardia quienes, después de haber hecho canje con el carey que habían obtenido, me pagaron el resto de los productos en efectivo. Esa gente siempre daba muestras de júbilo al verme, y me pedían que no dejara de visitarlos y que continuara haciendo negocios con ellos.

Toda la costa, desde Chiriquí hasta Chagre, está desprovista de puertos para embarcaciones grandes, y estando expuestas las embocaduras de los ríos a las marejadas provenientes del norte, nor-oeste y nor-este, se encuentran completamente obstruidas, y como solo tienen unos pocos pies de agua a sus entradas, se encuentran totalmente impropios para la navegación.

Este corto viaje fué muy útil, y solo me llevó tres o cuatro días. Como pude haber vendido el doble de los artículos que llevé, me sentí alentado para hacer viajes semejantes en el futuro, con canoas

más grandes y con un itinerario fijo para tocar en diferentes puntos de la Costa Mosquita, y para conseguir esas canoas, aproveché la oportunidad de acompañar a un comerciante que regresaba a lo largo de la costa en una embarcación adecuada.

Al abandonar Bocas del Toro visitamos el río principal de los Tiribeas, —una tribu de Indios que, a instancias del rey Mosquito, se mantienen en guerra constante con los Blancos y Talamancos, que son tribus del interior, a quienes persiguen como bestias salvajes, y no sienten la menor compasión para acabar con todos, sin respetar sexo o edad: solo los pequeños se salvan, los cuales son vendidos como esclavos a los principales jefes de la nación Mosquita. Esos Tiribeas habitan la región desde la entrada de la Laguna de Boca del Toro hasta el río "Banana"; hay una pequeña bahía al norte de éste que puede ser considerada como el límite entre esta tribu y las dos tribus arriba mencionadas. Los blancos y Talamancos recorren la costa de ahí hasta "Salt Creek", para cazar y pescar durante la época, pero no tienen residencia permanente en la costa.

Los Tiribeas están aún más atrasados que los Valientes y los San Blas desde el punto de vista de la civilización, pero, a pesar de la política inhumana y egoísta de los Mosquitos de fomentar sus costumbres salvajes, ellos dan muestras de una gran inclinación a seguir el ejemplo de los Indios más civilizados que mantienen contacto con los Ingleses. No ha sido sino hasta muy recientemente que han abandonado las montañas alentados por el éxito obtenido por los Valientes y otros, para buscar tortuga en las bahías y recoger zarzaparrilla para venderla. La mayoría se mantienen desnudos, con la excepción de algunos ancianos que se cubren con la tela de corteza que ya ha sido descrita o con la espata (membrana que cubre las hojas de ciertas plantas) de una especie de palmera. Ellos conservan como trofeos, y adornan sus casas, con las calaveras de sus enemigos, y todo Tiribee que ha vendido a un adversario perfora el centro del labio inferior con una especie de espina blanca especial, o un hueso de pescado del tamaño de un alfiler, añadiendo una nueva con cada nuevo adversario que mata: y yo he visto a algunos de sus hombres más importantes con veinte o treinta de esos alfileres, de modo que el labio inferior tenía la apariencia de un peine. Me suplicaron que me quedara y me dijeron que había vainilla y zarzaparrilla en abundancia, de las cuales ofrecieron recogerme la cantidad que yo quisiera.

Si se pusiera fin a la funesta influencia que los jefes Mosquitos ejercen sobre esa pobre gente, aumentaría su propio bienestar y el de las tribus vecinas, y daría impulso a su avance hacia la civilización. El odio que todos esos Indios sienten por los Españoles ha sido un obstáculo para que los misioneros Católicos penetren en esa región, sin embargo, estoy convencido de que misioneros Ingleses, celosos y sesudos, encontrarían en esta región un campo amplio y favorable para su labor, en un país ameno entre gente que está deseosa de mantener contacto con los Ingleses. Espero que a medida que esos Indios se vayan conociendo, sus necesidades sean atendidas por aquellos que se preocupan por el bienestar de la raza humana.

De "Tiribee River" a "Monkey Point" (Punta Mico) que es el último cabo en la provincia de Veragua, la distancia no es de más de ocho o diez millas; se puede reconocer fácilmente por la existencia de una isleta rocosa muy escarpada que dista solamente unas pocas varas de tierra firme, y de la cual parece haber sido separada por algún cataclismo de la naturaleza. La isleta está perforada de una manera interesante en su parte media en forma de un arco alto y de forma irregular, bajo el cual puede pasar fácilmente un bote de regular tamaño. Unas cuantas personas originarias de las Islas del Maíz (Corn Islands), bajo la dirección de un señor llamado Mr. Forbes, se han establecido en ese lugar: viven en paz con los Tiribeos, cuyo suelo es fértil y como su costa es excelente para la caza de la tortuga, se espera que, en muchos respectos, contribuyan hacia la civilización de las tribus vecinas.

El Río Culebra (Snake River), es la línea divisoria entre la provincia de Veragua y Costa Rica, y al norte de este río, los Blancos, que están considerados como los Indios más hermosos de Sur América, vienen a menudo para cazar y pescar. Son gente pacífica, muy tímidos, y constantemente se tienen que mantener alerta a los ataques de sus enemigos, los Tiribeos y otras tribus, que durante mi estadía en la Laguna de Chiriquí, prepararon diez canoas, a instancias del Almirante Mosquito, y emprendieron una expedición contra ellos; pero después de una ausencia de varias semanas regresaron sin un solo cautivo.

Habiéndonos mantenido navegando cerca de la costa durante nuestra travesía, vimos un grupo de Blancos que habían construido una choza en la bahía arenosa entre "Snake River" y "Grape Kay". Bogamos por entre las embravecidas olas y fuimos arrojados enfrente de su choza; pero en cuanto nos vieron huyeron a esconderse en el monte; había en la choza una cantidad considerable de "warrees" seco, pecarí seco y carne de tortuga nada de lo cual tomamos. Yo dejé unas pocas cuentas, lentes, ganchos y otros artículos —que para ellos serían valiosos— en un lugar visible de la choza.

Entre Matina y "Monkey Point", la región, que está muy poco habitada, presenta un aspecto muy hermoso con sus valles y colinas húmedos pero desprovista de puertos. Los siguientes son los nombres de ríos y aldeas situados en esta región: Río Quemado, Punta Caneta, De las Doraces, De Dios, "Banana", Punta Blanco, San Antonio, "Lime Bight", "Grape Kay", "Salt Creek", y la pequeña ensenada de El Portete. Se dice que los Blancos han aceptado a misioneros Católicos que se oponen a que éstos (los Blancos), hagan negocios con comerciantes, todo esto ha traído para los Blancos la enemistad de sus vecinos—, que odian a los Españoles.

"Salt Creek" dista doce millas de Matina, que, junto con el puertecito de El Portete, se conoce como el puerto de Cartago; la bahía enfrente de Matina River no es más que una gran ensenada abierta, donde es casi imposible atracar una embarcación Europea: "Salt Creek" se puede conocer por la presencia de varias pequeñas islas situadas a la orilla del extremo sur de la bahía. Este es el principal refugio (o punto de reunión) de los contrabandistas

cuando sus cargas no pueden ser desembarcadas en Matina River. Este último río tiene su origen a más de 80 millas en el interior; como a 30 millas de su desembocadura se le une un afluente en el cual los Españoles tienen una fortaleza conocida con el nombre de Castillo de Austria, de allí hay un camino como de ocho leguas hasta un Embarcadero, que dista doce millas de Salt Creek". Los Norteamericanos han visitado con regularidad, pero secretamente, este puerto (el de "Salt Creek") en todas las épocas durante los últimos diez años; una casa comercial en Nueva York envía todos los años tres o cuatro goletas a su agente, un señor de nombre Smith, en Salt Creek, quien vende los productos traídos y recauda las ganancias mientras las goletas recorren la costa en busca de carey, copal y otras gomas, zarzaparrilla, "tasao", etc. Este negocio es bastante lucrativo para los Norteamericanos; les permite vender productos de los Indios a precios tan bajos que los Jamaicanos se ven imposibilitados de competir con ellos.

La ciudad de Cartago es la capital de la provincia de Costa Rica; la población en 1823 se calculaba en treinta y siete mil seiscientos dieciséis almas; pero como a los dos años de esa fecha fué destruida por un tremendo terremoto que estremeció a todo el Istmo de Darién. La noche del terremoto yo estaba en casa de unos Indios en "Monkey Point" y pude ver los desastres causados en esa parte de la costa. Ya bien entrada la noche sentí que la cama de mimbres en que dormía se sacudía violentamente; suponiendo que era mi compañero (uno de los comerciantes), o uno de mis amigos Indios que trataban de asustarme o despertarme, les pregunté disgustado qué les pasaba. Sin embargo, en unos pocos segundos, los gritos de las mujeres y de los hombres, junto con las ondulaciones del suelo que forzaban la choza, me sacaron del suspenso. Inmediatamente me precipité fuera de la casa, y aunque apenas podía mantenerme de pie debido a las fuertes sacudidas de la tierra, puede ver con mis propios ojos un cuadro que mientras viva jamás se borrará de mi mente. La tierra se alzaba como presa de convulsiones y parecía que nos iba a fragar, acompañado todo esto de un rugido sordo; los árboles, a poca distancia de la choza, eran sacudidos desde sus raíces con tal violencia que caían al suelo y sus ramas y troncos chocaban unos con otros con gran estrépito; las aves domésticas, las loras, guacamayos, palomas, y otros volaban como locos y también chocaban unos con otros, asustados y dando alaridos: los chillidos de los monos junto con los aullidos de los animales del bosque que parecían venir en búsqueda de nuestra protección, se juntaban con los alaridos de los asustados Indios y de sus animales domésticos y toda la naturaleza parecía estar presa de espanto. Aunque anteriormente había tenido que hacerle frente a huracanes y borrascas en alta mar, la escena en que ahora me veía envuelto casi me hacía perder el juicio; transcurrió algún tiempo antes de que yo pudiera reunir mis fuerzas para darme cuenta cabal de la situación y pensar qué debía hacer para salvarme, consideré que el peligro más grande sería que el mar inundara la costa, y por eso, levantando a mi compañero, nos apresuramos a nuestra embarcación y la posi-

mos en el agua, considerando que en todo caso, se mantendría a flote, y temerosos decidimos esperar el desenlace. Las sacudidas poco a poco fueron disminuyendo, y hacia el amanecer habían cesado totalmente. No hubo pérdidas de vidas aquí o en otras aldeas Indias vecinas, pero el suelo estaba rajado en varios sitios, y la arena de la playa se encontraba amontonada o en surcos, lo que el día anterior había sido una pequeña laguna o estanque en la cual navegaban varias canoas, ahora se hallaba completamente seca, la mayoría de las chozas estaban rajadas y torcidas y los efectos del terremoto se veían por doquier. Los Mosquitos, que a la sazón se encontraban en la costa, se asustaron tanto y se llenaron de tal espanto supersticioso que abandonaron la pesca de la tortuga y regresaron a sus casas cuando no había llegado ni a la mitad la época de caza de la tortuga. (*)

El cerro de Cariago es un volcán activo situado en el interior, con frecuencia arroja fuego y humo y es un faro excelente para los navegantes porque se puede ver desde muy lejos.

Saliendo de Matina y siguiendo a lo largo de la costa, nos encontramos con dos ríos, el Vásquez y el Azuelos; y al norte de esos el Bocas de la Tortuga o "Turtle Bight": en este lugar se matan anualmente centenares de las mejores tortugas para obtener la manteca o grasa, que se derrite y los Indios y otros en la costa Mosquita la usan como sustituto de la mantequilla. Un gran número de pescadores, cuando regresan a sus casas después de un día de pesca, se detienen en este lugar para obtener este aceite y huevos de tortugas, que luego son secados al sol: y así se acaba con miles de tortugas anualmente que nunca pueden llegar a la madurez.

Durante los meses de Abril, Mayo, Junio y Julio, la tortuga verde abandona varios cayos vecinos y recorre muchas leguas de distancia hasta llegar a diferentes sitios en la Costa Mosquita especialmente a las playas arenosas cerca de "Turtle Bogue" donde deposita sus huevos. En esa época el mar se cunde de ortigas marinas que tienen una forma similar a un dedal de sastre, y éstas, junto con una especie de hierba que se da en el fondo del mar, constituyen el alimento principal de la tortuga. Es digno de notarse que la tortuga tiene pulmones grandes y que no puede sumergirse a más de cinco o seis brazas de profundidad, viéndose obligadas a salir a la superficie de vez en cuando para "soplar", como lo tienen que hacer todos los peces que tienen pulmones. La hembra y el macho permanecen juntos como nueve días; durante este tiempo la hembra come bien y se mantiene en buenas condiciones; pero cuando se separan, el macho está totalmente agotado, maltratado, y no sirve para comerse. Algún tiempo después la hembra se dirige a las playas arenosas y se prepara para poner sus huevos; primero hace un círculo en la arena, luego hace un hoyo

(*) Los únicos en la región que no tuvieron miedo fueron un comerciante y algunos de sus amigos Indios que se encontraban tan ebrios que hasta el día siguiente se enteraron de que algo extraordinario había sucedido. Recordaban vagamente que no lograron hacer que dejara de rodar por el suelo un botellón de licor que había en la choza, pero no sabían si era porque alguien estaba tratando de robársela o por el botellón mismo había decidido salir huyendo por su propia cuenta.

como de dos pies de profundidad en la cual deposita de sesenta a ochenta huevos, los tapa, y se aleja antes de que amanezca, como a los quince días regresa y deposita un número similar cerca del mismo sitio. Las tortugas salen de la concha como a los treinta y dos días, e inmediatamente se meten al mar. La pica de halcón y la "loggerhead" ponen en la misma época; pero si una "trunk turtle", la tortuga gigante y muy gorda, es encontrada muerta en la playa, ninguna de las dos pone sus huevos cerca de allí.

La empuñadura de la lanza que los Indios usan en la caza de la tortuga es de madera muy dura, la punta se compone de un trozo de hierro de forma triangular con una ranura y bien puntiaguda; luego se añade una pieza de hierro la cual va introducida en un canalito en el extremo superior de la empuñadura a la cual se le amarra una cuerda con una boya, y esta cuerda pasa por unos hoyos hechos especialmente para eso en el astil de la lanza. Cuando está lo suficientemente cerca de la tortuga, el Indio eleva la lanza por encima de sus hombros y la tira de tal manera que sale disparada en forma de círculo y se introduce, con la punta para abajo, por la espalda del animal traspasando la concha, la punta se despega de la empuñadura y queda bien incrustada en el cuerpo del animal; la boya en la superficie del agua indica en qué dirección va la tortuga, de manera que se puede encontrar fácilmente y se amarra con la cuerda que ha permanecido ligada a la punta de la lanza.

La tortuga tiene muchos otros enemigos que acaban con ella y con sus huevos: tales son el coaí, el zorro, etc. El "Cougar" o león Americano y una especie de tigre negro también son enemigos de la tortuga y la esperan cuando va a depositar sus huevos para atraparla y arrastrarla hasta los matorrales donde, a pesar de la cota de malla con que la naturaleza la ha provisto es devorada al antojo de sus victimarios.

Debo comentar aquí que en el curso de mis excursiones por la selva en distintas partes de la costa me he encontrado con esos animales de rapiña y también los he divisado a cierta distancia, pero nunca han dado muestras de querer atacarme. Las veces que los he sorprendido al acecho ha sido más como por curiosidad que con la intención de abalanzarse encima, y con apuntar el rifle o blandir el machete ha bastado para que se escabulleran. Sin embargo, en una ocasión un conocido mío casi cae presa de una de esas fieras; una tarde, estando en la pesca de la tortuga en compañía de otro cerca de la playa ya casi a la hora del crepúsculo, tuvo necesidad de apartarse un poco y meterse en un matorral, y sin él percatarse, se le acercó un enorme tigre de los negros hasta quedar a unos cuantos pasos de él; dichosamente el compañero pudo ver en la oscuridad el brillo de los ojos de la fiera, y sabiendo que su amigo estaba indefenso, disparó contra el animal, que inmediatamente se internó en los tupidos matorrales. A la mañana siguiente le siguieron la huella valiéndose de las manchas de sangre que había dejado y lo encontraron muerto en su cubil, con una tortuga a medio comer y las conchas de otra a su lado.

Continuando nuestro viaje de "Turtle Bogue",

llegamos a Río Colorado. Su entrada es bien ancha pero tiene un banco de arena que obstruye la pasada de los barcos grandes, si no fuera por eso, adentro habría suficiente profundidad para darles cabida. Se le dió ese nombre por lo turbio de sus aguas, que al desembocar en el mar, lo ensucian hasta una distancia considerable, y en la época lluviosa descargan tal cantidad de agua, que se puede obtener agua dulce a una distancia bastante grande mar adentro. La entrada de Río Colorado se puede distinguir fácilmente por esa diferencia en el color y por la presencia de extensas praderas verdes en su ribera sur.

Hay una comunicación entre el Río Colorado y el Río San Juan (que sale del Lago de Nicaragua), a una distancia como de 30 millas de su desembocadura, por medio del tributario conocido con el nombre de Serapiquí. Su curso en el interior es casi paralelo al del Río San Juan, y se dice que tiene muchos afluentes que tienen su origen en las montañas al sur del Lago de Nicaragua. Desemboca como a diez millas del puerto de San Juan, pero en la mayoría de los mapas aparece desembocando erróneamente a una distancia considerable al sur de su verdadera desembocadura.

El puerto de San Juan, de Nicaragua, es sin lugar a dudas el mejor para buques de guerra o embarcaciones grandes en todo el trecho comprendido entre Boca del Toro y el Cabo Gracias a Dios, siendo superior a éste último porque no está expuesto a vientos del sur. Tiene suficiente profundidad para dar cabida a 15 o 20 embarcaciones grandes y otras tantas pequeñas, que una vez allí, se verían abrigados de los vientos por la tierra.

Muchos pescadores, Indios y otros, a su regreso de pescar, se detienen en esta región para recoger manatíes (vacas marinas), que abundan en el río y en un riachuelo en el extremo superior del puerto. Centenares de esos pescadores se quedan salando y ahumando la carne en Punta Arenosa (Sandy Point), sin ser molestados por los Españoles. El manatí se puede considerar como el enlace entre los cuadrúpedos y los peces, conserva las patas delanteras, o manos, del cuadrúpedo, y la cola del pez— que tiene la forma de un abanico extendido horizontalmente. Bajo la piel, que es extraordinariamente dura, tienen una capa de grasa de excelente calidad. La carne, en sus partes más gruesas, tiene la rara propiedad de tener vetas de carne gorda alternadas con vetas de carne magra, haciéndose de ella un plato exquisito. Las personas que padecen de escorbuto o de escrófula encuentran pronto alivio alimentándose con manatí, éste les purifica la sangre y la virulencia o malignidad de la enfermedad es arrojada a la superficie del cuerpo de donde pronto desaparece. El manatí tiene un oído muy agudo y se sumerge bajo el agua al menor ruido, se alimenta de los tallos de hierba y saca hasta dos tercios de su cuerpo del agua para alcanzar su alimento: puede ser encontrado solamente en los riachuelos y ríos más solitarios y menos frecuentados, la hembra y el macho generalmente viven juntos, su tamaño promedio es de ocho a doce pies de largo y pesa de 500 a 800 libras: algunos son mucho más grandes alcanzando un peso hasta de 1,200 a 1,500 libras. Los Indios generalmente los sorprenden muy de mañana

cuando están comiendo y los matan con un arpón, pero si hacen el menor ruido al acercarse, inmediatamente se sumergen y se escabullen.

De Río San Juan a Punta Gorda hay una distancia como de 30 ó 40 millas en que la costa forma una gran bahía en la que desembocan el Río Trigo el "Indian River" y otros más pequeños que en la mayoría de los mapas de Jefferies, Lawrie y Arrowsmith aparecen comunicados en el interior con el Río San Juan, aunque he oído decir en la costa que existe esa comunicación por medio del "Indian River", nunca me he podido enterar de fuente fidedigna, ni tampoco he podido constatar que exista esa comunicación en mis viajes por dicho río. Entre el Río Trigo y Punta Gorda se encuentra la Bahía de Grindstone con un anclaje de cuatro a cinco brazas de agua. En este sitio,— a poca distancia de la costa, el terreno se eleva considerablemente, y desde las cercanías de San Juan hasta Bluefields está habitado por los Indios Rama, cuya principal aldea está en el Río Rama conocido también como río de Punta Gorda, siendo éste un río majestuoso que según dicen tiene una longitud de unas 80 millas, siguiendo su curso por una región muy pintoresca y fértil y pasando por entre dos cadenas de montañas no muy lejos del mar. Su embocadura se conoce por una isleta desierta y extremadamente elevada que está situada como a cuatro millas de la entrada. La bahía es poco profunda, pero hay buen anclaje a sotavento de Monkey Point que queda como cuatro millas más al norte y que se puede reconocer por la presencia de varias isletas en su cercanía.

Toda la región desde el Río San Juan hasta aquí está cubierta de vainilla (*) de la mejor calidad. Esta planta trepa con facilidad a la cima de los árboles más altos. Vistas de lejos, las hojas se asemejan un poco a la vid: las flores son blancas entremezcladas con rojo y amarillo, cuando caen estas flores aparecen las vainas en racimos bastante parecidos a los racimos de plátanos, siendo las vainas del grueso del dedo de un niño. Las vainas primero son verdes, luego se tornan amarillas y por último café, el método para conservar el fruto es cortar las vainas cuando aún están amarillas, antes de que empiecen a abrirse, entonces se colocan en montoncitos por espacio de tres o cuatro días para la fermentación. Luego el fruto se tiende en el sol para secarse, cuando está medio seco se aplasta con la mano y se frota con aceite de coco, de palma o cualquier otro aceite:— de nuevo se pone al sol para acabarse de secar y se frota con aceite por segunda vez. Luego se hacen pequeños atados y se envuelven bien en hojas de plátanos secas o en enea (conocida también como anea) India. Se debe tener cuidado en no permitir que transcurra mucho tiempo sin cortar las vainas porque si eso sucede, éstas exhalan, o sea, trasudan, un bálsamo negro fragante que la priva del delicado sabor y olor que la hace tan apetecida. La planta de vainilla también se da en casi todo lugar de la Costa Mosquita, en Breo del Rero y en las Lagunas de Chiriquí, necesita calor, humedad y sombra para llegar a su perfección, y cuando se usa en tal estado de perfección da un sabor exquisito al café, chocola-

(*) Vainilla aromática (Epidendrum vainilla de Linn).

te, etc., formando un importante artículo de comercio, especialmente entre los Españoles. También en la región alledaña a las lagunas de Chiriquí se da un grano muy fragante muy parecido, si no igual al grano de Tonquin. (*)

Los Indios Rama fueron en un tiempo muy numerosos, pero en la actualidad no pasan de quinientos; están sujetos al Rey Mosquito a quienes pagan un impuesto anual con carey, canoas, hamaacas, etc. Los Ramas están considerados como una gente pacífica e inofensiva; se mezclan muy poco con otros Indios; y durante la temporada de pesca es muy raro que pasen mas al sur de Matina, son mas expertos que los Mosquitos en el manejo de canoas y otras embarcaciones y salen ilesos de situaciones en las que los mas expertos navegantes Europeos no tendrían la menor oportunidad de éxito; sus canoas y "doreys" son bastante mas anchas y menos profundas que las embarcaciones que se usan comunmente en la costa; también son mucho mas boyantes y mejor adaptadas para navegar en la mar embravecida y en los fuertes oleajes y también para pasar los bancos de arena de los ríos. Los Ramas han sido fieles servidores de los Ingleses cuando estos han contratado sus servicios. Los habitantes de Bluefields desconocen el origen del Río Rama; pero algunos lo han explorado hasta por un trecho de sesenta o setenta millas y aseguran que fluye por una región bastante plana pero de apariencia muy fértil cundida de caoba, santa maria, algarrobo, y otras maderas valiosas.

Los cayos e isletas no lejos de esta región de la costa y de Bluefields son muy frecuentados por los Indios de todas partes durante la época de la pesca de la tortuga "pico de halcón".

Bluefields es el segundo lugar de importancia sobre la costa, y según dicen, toma su nombre del de un famoso Capitán de Bucaneros Ingleses en el siglo diecisiete. Para embarcaciones de comercio que no arrastran mucha agua, la laguna situada en el extremo superior es quizás el mejor puerto que se puede hallar en toda la Costa Mosquita por estar completamente protegido de todos los vientos. Tiene dos entradas; la del sur, en dirección de "Hone Sound", es muy difícil y peligrosa hasta para las embarcaciones pequeñas; el banco de arena generalmente está cubierto de olas y solo tiene cuatro o cinco pies de profundidad.— pero la entrada principal y la única para buques es la situada hacia el norte, cerca del Bluff, una elevación escarpada y rocosa que puede ser fortificada fácilmente y que domina toda la entrada, en cuyos bancos, que se extienden hasta llegar a la Isla del Ciervo (Deer Island), siempre hay una profundidad de 15 pies por lo menos. Después de pasar este banco hay una profundidad de cuatro a seis brazas. Cerca de la playa sigue profunda, pero paulatinamente va disminuyendo hasta llegar a una profundidad de tres brazas o tres y media, que es la profundidad usual en las dos lagunas. Hay muchos bancos de arena y bajíos cerca de las entradas, pero ninguno de ellos está situado en un sitio tan peligroso que impida el tráfico; muchos de ellos se secan durante la marea

menguante y se pueden recoger magnificas ostras y en abundancia. La Laguna Inferior está llena de cayos o isletas, mide de 15 a 20 millas de largo y es suficientemente profunda como para embarcaciones bastante pesadas, pero sus canales son enredados y solo los conocen los vecinos de Bluefields.

La Laguna Superior, que es una continuación de la Inferior, pasa de una milla de ancho a su entrada, pero mas adentro sigue aumentando de ancho hasta alcanzar cinco o seis millas, en ella desemboca el Río Nueva Segovia, de los Españoles, y otros ríos más pequeños.

Las tierras que rodean todos esos ríos son muy abundantes y fértiles, capaces de producir algodón, cacao, café, azúcar y todos los productos de las Indias Occidentales Británicas. Los bosques están repletos de cedros gigantescos, caoba y otras maderas valiosísimas.

Los bosques de pino que llegan hasta la orilla de Bluefields y las lagunas de perlas producen cantidades inagotables de madera de pino de tea de superior calidad que se puede usar para mástiles.

El Coronel Hodgson, Superintendente Inglés, vivió en este lugar durante muchos años mientras los Ingleses estuvieron en posesión de la Costa Mosquita y tenía vastos cortes de caoba en las riberas del río más importante y se efectuaba un comercio considerable con los Españoles y Criollos del interior. Este caballero enérgico y sesudo también tenía bastantes terrenos en Black River, y abandonó la Costa Mosquita muy a su pesar y en contra de su voluntad cuando el Gobierno Británico obligó a los colonizadores Ingleses a salir de esa región en el año 1786. El vivió gran parte de su vida en esta costa (*) y los Indios aún hablan de su Gobernador con respeto y dan muestras de pesar porque ahora carecen de un representante autorizado.

Antes de abandonar Bluefields, algunos de sus esclavos y otra de su gente que se había establecido en el interior se negaron a abandonar el lugar. Esa gente y sus descendientes, que son Mulatos y Sambos, se habían establecido en el extremo meridional del puerto como a nueve millas de su entrada principal y han aumentado considerablemente en número desde la época del Coronel Hodgson. Viven sin temor de ser molestados por los Indios, quienes viven bastante lejos de ellos; y aunque el Gobierno Británico no la reconoce como tal, se puede considerar una auténtica colonia Británica. En su mayoría está bajo el dominio de dos inteligentes jóvenes que dicen tener parentesco con el que fué su superintendente. El río de Bluefields, o Río de Nueva Segovia, tiene su origen en la región que pertenece a los Españoles, como a cincuenta o sesenta millas del Mar del Sur, y recorre varios centenares de millas, pero pocos de los actuales habitantes de Bluefields lo han recorrido hasta una altura digna de consideración. Los Indios Cookra y Woolwa son tribus que se han establecido en las riberas de este río pero a una distancia considerable en el interior, y son pacíficos, serenos y se llevan bien con los Ramas y con los habitantes de las Lagunas de Bluefields. Carecen

(*) Nos han asegurado que el grano a que aludimos es el verdadero "Baryosmo Tonga" de Gaertner— que posee las mismas cualidades y sabor que el que es traído del Oriente.

de mucha energía y debido a ello a menudo son hechos esclavos o asesinados por los Indios que viven en Río Grande ("Great River") al cual me referiré mas tarde.

Esos Indios de vez en cuando bajan por el río hasta Bluefields trayendo provisiones de pecarí, "wá-ree", iguanas, etc.

Bluefields, con su excelente puerto protegido por el Bluff que puede convertirse en un lugar inexpugnable, está en una posición magnífica para abrir una comunicación hasta el Lago de Nicaragua, y tiene tantas otras ventajas como centro comercial, que tarde o temprano se convertirá en un lugar de gran importancia.

Capítulo V

Laguna y Cayos de Perlas. — Ostras. — Colonizadores Europeos. — Almacenes (o tiendas). — Comerciantes. — Clima. — Productos. — Río Grande o Prinzapolka. — Indios y Hombres Principales. — Bosques de Pino. — Guacamayos. — Terreno. — Caballos. — Hierro. — Muchacho Indio cautivo. — Expediciones despiadadas contra los Cooltras. — Río e Indios Prinzapolkas. — Contratos con los Woolwas. — "Tongu-las". — El Capitán Tarra. — "Brown". — Regreso a Laguna de Perlas.

De Bluefields a Laguna de Perlas hay una distancia como de treinta millas: una punta medianamente elevada conocida con el nombre de Falso Bluefields es el único terreno elevado que existe en la costa hasta llegar a Bragmans o Bluff de Brackmans, al que los Españoles han dado el nombre de Monte Gordo; está compuesto de tres o cuatro lomas medianamente altas, de un color rojizo, y que se elevan en forma casi perpendicular a la playa; contienen gran cantidad de arcilla y se extienden a lo largo de la costa por un trecho de casi dos millas, menguando poco a poco en cada extremo con un moderado declive que termina en la pradera. Como media milla hacia el sur del Bluff hay buen anclaje. El terreno aledaño al Bluff es arenoso, pero está cubierto de vegetación; hay varios árboles de pino elevados en cuya sombra se ha construido una "casa del rey" similar a las que ya han sido mencionadas antes, para comodidad de los viajeros, no habiendo Indios cerca de este lugar, aunque en un tiempo hubo cerca de aquí una colonia Inglesa.

La entrada a Laguna de Perlas mide escasamente un cuarto de milla de ancho, y en su extremo inferior o extremo sur, tiene un banco de arena en el que hay aproximadamente diez pies de profundidad. El sitio mas seguro para anclar embarcaciones es al extremo norte, no lejos del cual hay varias islitas, cayos y escollos en los que según dicen se han encontrado ostras de perlas. Además, esos lugares son conocidos con el nombre de Cayos de Perlas, pero nunca pude saber la razón por la cual se les llama así, porque no hay ostras de perlas o ningún otro tipo de ostras en ellos o en los escollos que los rodean; sin embargo, en la Laguna hay abundancia de excelentes ostras que se pueden obtener en las riberas cuando estas quedan secas con la marea menguante. Estas ostras vienen en racimos como de 8 ó 10 cada uno; son un poco mas grandes que las ostras de mangle ("mangrove oysters") pero de un tipo diferente a las que se encuentran en la Bahía de Panamá y otros lugares productores de perlas. Con frecuencia he examinado las ostras de la Laguna, pero jamás he encontrado perlas en ninguna de ellas, y digo esto especialmente porque desde mi regreso a Inglaterra me he encontrado con que esos relatos y la codicia desmedida de ciertos especuladores ignorantes han persuadido a una compañía formada recientemente en Londres a enviar

una embarcación que ya estaba lista para zarpar a la región para que se dedicara a recoger perlas únicamente, pero al informarles la verdad la mudaron de rumbo.

Hay varias islas en Laguna de Perlas y algunas de ellas miden de una a tres millas de circunferencia; en algunos casos son usadas para cultivar viveres primarios o básicos. En ella desembocan varios ríos y torrentes importantes, de los cuales el principal es el Wawashaan que queda como a 25 millas al norte de la entrada. En las riberas del Wawashaan como a once millas de su desembocadura, un señor Francés de apellido Ellis tiene una plantación muy buena. Cuando la isla de San Andrés fué traspasada a los Españoles este señor era el Gobernador allí, después del traspaso, él en compañía del Sr. Goffe y sus respectivas familias y seguidores se trasladaron al sitio en que se encuentran actualmente, donde consideran que están a salvo de los Españoles y donde uno de los Reyes de la Costa Mosquita les concedió tierras, que ellos procedieron a cultivar. Por el esfuerzo propio y con la ayuda de 20 negros (hombres, mujeres y niños), Ellis ha podido levantar una plantación de café, algodón y caña de azúcar que por su belleza y buen orden puede hacerle la competencia a cualquier plantación similar de Jamaica. Ellis primero se dedicó al cultivo del café y algodón; luego se dió cuenta que el ron le dejaría mejores ganancias y hace como ocho años comenzó a destilarlo; cuando yo me fuí de la costa vendía al por menor 20 ó 30 "punches" (medida de líquidos que contienen 20 arrobas) al año quedándole inmensas ganancias. Goffe, cuya propiedad está en Jupiter Head (Old Bank), a pocas millas de Wawashaan y cerca de la Laguna, se ha dedicado mas a la cría de ganado y al cultivo de viveres primarios. Tiene gran cantidad de bueyes, cerdos, cabros y aves de corral de todos los tipos; asimismo hay abundancia de flame, cazabe, plátanos y maíz que vende a comerciantes, colonos y visitantes de ocasión. Se puede decir que Ellis es el único colono que ha cultivado la tierra en el sentido que se le da a la expresión "cultivar la tierra" en las Indias Occidentales; pero hay muchos otros lugares que tendrían mas ventajas desde el punto de vista de suelo y otras cualidades favorables al que ocupa actualmente.

Hay escasos colonizadores Mosquitos y Sambos

en Kirkaville y Rigmans Bank en las orillas de la Laguna; la colonia principal queda en un lugar como a 6 millas al sur de la entrada y está habitado por gente muy similar a la gente que vive en Bluefields; por tanto puede considerarse como colonia Inglesa. Son en su mayoría Criollos, Mulatos y Sambos de Jamaica, San Andrés y las Islas del Maíz (Corn Islands); muchos de ellos se han casado con mujeres Indias y se puede decir que viven relativamente bien. La colonia está compuesta de treinta o cuarenta viviendas, se llama "English Bank" y está situada al frente de la orilla de la Laguna. La población puede ser de unas 150 ó 200 almas que ocupan casas de un solo piso muy nítidas y compactas; los lados de arcilla apelmazada con firmeza para formar una armazón de postes de madera dura en que montar el techado que a su vez es hecho de una hoja de palma muy duradera. Los comerciantes de Jamaica han abierto dos almacenes para la venta de productos entre ellos mismos y también hay uno que es abastecido directamente de los Estados Unidos; los representantes que están al cuidado de esos almacenes tienen residencia fija en English Bank y son visitados por diferentes tribus de Indios y Mosquitos provenientes de todas partes de la costa; estos traen consigo carey, copal, hule, cueros, remos, canoas y muchos otros artículos para cambiar por lienzos, lona, machetes y otros artículos. Los moradores se dedican a la caza de la tortuga durante la época adecuada para eso, y a cosechar provisiones, a la caza y a la pesca durante el resto del año. Se mantienen en términos amistosos con los Indios, en general son justos y honrados en sus negocios con ellos y en los negocios entre ellos mismos y hospitalarios con los Europeos u otros extranjeros que los visiten. Sin embargo, carecen de instrucción religiosa y tengo que lamentar de nuevo que ni un misionero ha visitado esta parte de la costa, aunque es probable que al principio se encontrara con un poco de resistencia de parte de los comerciantes "visitantes", fundamentalmente haría mucho bien, y me atrevería a asegurar que en este lugar un misionero no se encontraría con las frustraciones con que se han encontrado los misioneros en las colonias de Barbados y Demerara que están supuestas a ser más civilizadas.

Nunca supe de un matrimonio que se celebrara entre ellos de acuerdo con la usanza Inglesa o de acuerdo con algún rito religioso conocido; simplemente se hacen por arreglos tácitos que a veces, aunque muy raramente, son rotos por mutuo consentimiento. Generalmente los niños de English Bank y de Bluefields son bautizados por los capitanes de embarcaciones de comercio de Jamaica, quienes efectúan la ceremonia del bautismo a su llegada una vez al año; esta ceremonia se realiza con poca reverencia y en ella bautizan a todos los niños que han nacido durante su ausencia, muchos de esos niños deben a esos hombres algo mas que el bautismo. Para probarlo podría enumerar mas de una docena de hijos reconocidos por solo dos de esos capitanes, que parecen haber adoptado, sin escrúpulos, la costumbre India de la poligamia en su acepción mas amplia. A causa de esta conducta licenciosa e inmoral, se han identificado hasta un grado tal con

los nativos y con algunos de los principales personajes de la costa, que gozan de una especie de monopolio para la venta de artículos que sería difícil de anular para un extraño que no esté bien familiarizado con el carácter de los Indios, al mismo tiempo se han ganado la simpatía de los jefes principales de la costa de tal manera que a su llegada son recibidos con júbilo por todos los habitantes, y su llegada es celebrada como una ocasión de fiesta, borrachera, bautismos y vida licenciosa. Los funerales, sin embargo, se hacen con decencia y solemnidad, Ellis o uno de los representantes de los comerciantes, junto con los ancianos del lugar, honran con su presencia estas ceremonias. A pesar de que viven de una manera muy libre sin leyes y sin control religioso, en la ausencia de los comerciantes ellos solos mantienen el orden y la paz al igual que en cualquier aldea rural de Inglaterra. En caso de contienda se apela al arbitraje de Ellis o de alguno de los ancianos de la comunidad y con eso basta. Ellis ha hecho mucho bien, tanto entre los residentes como entre los Indios, y en mas de una ocasión ha dado muestras de tener un genio amable y benévolo. Al igual que todos los que han visitado la colonia o han vivido allí, también yo he sido objeto de sus atenciones y me da mucho placer confesar la deuda personal que tengo para con él.

Mientras duró la soberanía Británica en esta parte de la costa mosquita bajo la superintendencia del Coronel Hodgson, hubo muchos colonizadores y si el Gobierno Británico no hubiera retirado su apoyo, la región de Laguna de Perlas estaría hoy día cubierta de espléndidas plantaciones. El clima es bueno, y con un poco de esfuerzo y atención se puede llevar una vida, con todo lo necesario y hasta con comodidades. En toda esta región y la de Laguna hay abundancia de la caza y pesca que son típicas de esa región. Los Mosquitos y los Ramas y otros Indios prestan sus servicios a los colonizadores de Bluefields y Laguna de Perlas como cazadores y pescadores con un salario de cuatro o cinco dólares mensuales pagados en artículos además de su comida, que los colonizadores siempre proveen en abundancia con pescado, carnes, etc.; para estos trabajos se prefiere siempre a los Ramas u otros Indios puros en vez de las razas mezcladas. La importancia de esos hombres para los trabajos arriba mencionados era bien conocida de los viejos Bucaneros, que siempre se llevaban a unos cuantos en sus expediciones muchas veces hasta el Mar del Sur a donde eran guiados por esos Indios a través del continente.

La Laguna de Perlas tiene una magnitud considerable; una parte de ella llega a un punto ocho millas distante de "Great River" o Río Grande, su longitud de nor-este a sur-oeste debe ser de unas sesenta millas aproximadamente y su anchura de 16 a 20 millas. Cuando hace mal tiempo, en vez de seguir la costa, los Indios se meten a la Laguna de Perlas arrastrando sus canoas por el angosto trecho de tierra que separa a ésta de la Laguna de Bluefields, y en su extremo superior tienen otro pequeño trecho por donde arrastrar su canoa entre la laguna y el mar.

El indigo, o añil, se da de una manera espontánea a la orilla de la Laguna, pero los suelos mas

ricos y fértiles son los que quedan en partes elevadas y en las riberas de los ríos bastante alejados de la costa.

Los Cookrae, una tribu de Indios que ahora está casi extinta, residieron en las orillas de algunos de los ríos que desembocan en esta laguna, y antes de eso tuvieron una colonia a orillas del río Wawashaan, pero la abandonaron poco después de la llegada de Ellis. Después de permanecer algún tiempo en Laguna de Perlas continué hacia Río Grande y Prinzapulko (este último nombre lo escribo como se pronuncia), siendo esos los mejores lugares para conseguir las canoas grandes que necesitaba.

Río Grande desemboca en el mar como a 30 millas al norte de la entrada a la Laguna de Perlas, su entrada está completamente expuesta a los vientos del nor-este, lo cual lo convierte en un lugar muy peligroso, y aunque es un río magnífico, no hay mas de cuatro o cinco pies de agua sobre su banco de arena.— Dicen que es navegable por un trecho de casi 200 millas, pero su origen es completamente desconocido de los Ingleses. Hay varias islas pequeñas al otro lado del banco de arena, pero no hay islas a su desembocadura como afirman algunos escritores. Hay varias aldeas de Indios en sus riberas, en su mayoría a distancia corta de su desembocadura; estos Indios están sujetos al Rey Mosquito, a quien pagan tributo; pero, al igual que todas las otras tribus de Indios puros, no están satisfechos con la autoridad que sobre ellos ejercen los Mosquitos o Sambos.

Sus jefes, Drummer y Dalbis, dos hermanos, ejercen una influencia considerable sobre ellos y sobre otros Indios que viven en aldeas a las orillas de los ríos Grande y Prinzapulko.

El Rey Mosquito anterior tuvo la magnífica idea de conferir el título de "Gobernador" a Drummer, "Almirante" a Dalbis, y "Capitán" al jefe del Prinzapulko; este último también es Indio de pura raza. Pasé directamente a la aldea del Gobernador Drummer que dista como 8 millas de la desembocadura del río y está situado a orillas de uno de los tributarios de dicho río, muy cerca de un magnífico y extenso campo cubierto de pinos. La casa del Gobernador es grande y está dividida en tres apartamentos; a un lado hay una pequeña cabaña que sirve de cocina y para otros quehaceres domésticos. Está situada en una especie de colina, no lejos del río, y rodeada de 20 ó 30 casas más pequeñas. Al entrar me encontré con que por dentro estaba bien amueblada con suficientes mesas, bancas, taburetes, lozas de barro y de vidrio, etc., y todo en ella daba la impresión de una residencia ordenada y cómoda. Su dueño me recibió muy afablemente y por medio de un enviado, pronto averiguó y me comunicó que entre la gente de su aldea y de un poco más allá conseguiría las 6 canoas que necesitaba, también ofreció conseguirme Carey— en una palabra, que sería yo tratado "a la verdadera usanza de un caballero Inglés".

Todas estas bondades se debieron hasta cierto punto a unos cuantos galones de ron que había traído. Me aconsejaron que mejor descansara bien esa noche y que dejara los negocios para el día siguiente. Mientras tanto, las provisiones y el ron fueron cuidadosamente sacados del rodie y puestos en uno

de los apartamentos de la casa, al poco rato se sirvió una comida de pescado, carnes, pollo y frutas, que, de haber estado bien preparadas, no habrían deshonrado la mesa de un concejal. Por la tarde, realicé una larga caminata por el campo, que en su mayoría está cubierto de árboles de pino de tea de todas las edades y tamaños: los troncos de muchos de ellos tienen una altura de 60 a 80 pies, sin una sola rama, gruesos y completamente rectos. Hacia el anochecer se veían venir numerosas bandadas de "macaws" y loros a posarse en los árboles cercanos a las casas; esta algarabía al anochecer y al amanecer cuando parten me hizo pensar en los barrios bajos de Inglaterra. Estos animales gustan de posarse cerca de los Indios que nunca los molestan. Habían varios caballos paciendo en la pradera, pero no ví ganado— luego me informaron que el ganado lo mantienen en el interior, en los terrenos de pasto.

A mi regreso a la casa me encontré con que los hombres principales de la aldea me estaban esperando, y como yo sabía que habían adoptado las ideas de los Mosquitos que juzgan a un comerciante por la cantidad de licor que les regala, invité a Drummer a que dispusiera de mis botellas de ron como si fueran suyas propias; y, a consecuencia de esto, pronto todos se encontraban en estado de embriaguez.

Temprano a la mañana siguiente levanté a Nelson, uno de los hijos de Drummer, para que me acompañara en un paseo por la pradera. Este consiguió un par de caballos que parecían estar acostumbrados a ser montados, pero para freno solo contábamos con un trozo de cuerda; una especie de alfombra gruesa de hojas de plátano secas, carente de espuelas, nos sirvió de montura.

La pradera estaba cubierta de numerosos senderos, en su mayoría de una arena finísima, que iban en todas direcciones y que conducían, según me informó Nelson, a los sitios de cacería y plantaciones de la gente que estaba bajo el mando de su padre, su tío y el Almirante; cada uno de ellos tenía varias esposas que vivían con ellos en sus respectivas aldeas.

El suelo de la pradera parece estar compuesto de arena micácea, estando algunas partes sin vegetación, casi desiertas. Permítaseme añadir aquí que todas las praderas cubiertas de pino de la Costa Mosquita y que están situadas cerca del mar, son arenosas y estériles comparativamente hablando; por otra parte, el suelo de las praderas del interior es mucho más fértil.— como consecuencia de esto, los habitantes de la costa se ven obligados a sembrar sus provisiones y plátanos, etc. en las riberas de los ríos bastante alejados de la costa; el cazabe es la única excepción, puesto que se da bien en suelo arenoso y por tanto se puede sembrar cerca de las aldeas que bordean el mar. A este respecto, la región ocupada por los Valientes, Tiribeas y Ramas es decididamente superior a la ocupada por los Mosquitos y sus vecinos inmediatos.

Nos encontramos con varias huellas de venados en los senderos, y al hacer mención de lo brillante que me parecía la arena, que en ciertos sitios brillaba como limaduras de acero, Drummer me informó que en un punto de esta extensa pradera, como

a 30 millas de su aldea, se podían obtener grandes cantidades de hierro en estado natural,— pero como no pude ver una sola muestra del metal, lo menciono solamente como algo digno de ser investigado.

Mi anfitrión nos proporcionó un desayuno excelente, pero se quejó de que los excesos de la noche anterior le habían "estropeado la cabeza", una expresión muy común entre los hombres Mosquitos quienes a diferencia de los Indios que habitan mas al sur, no tienen objeciones en "estropear sus cabezas" cada vez que pueden obtener ron. Mientras desayunábamos me atrajo la atención un Indio como de siete años. Nelson me informó que en una de sus expediciones de rapiña hacía unos tres meses, de pronto se encontraron con una canoa en cuyo interior se encontraba este niño con su hermanita y su papá: este último se tiró al agua y huyó a nado y los niños fueron tomados como esclavos.

Permítaseme observar aquí que todos los Indios de esa región, movidos por las medidas infernales adoptadas por los jefes Mosquitos, optaron por hacer invasiones frecuentes a las tribus vecinas de Cookras, Woolwas y Toacas, que habitaban en terreno fronterizo a los Españoles— con el único propósito de apoderarse de ellos y venderlos como esclavos a los colonizadores y hombres importantes en toda la Costa Mosquita. A consecuencia de eso esa pobre gente ha sufrido muchas desventuras, y aunque hoy día ya se les molesta muy poco, se han retirado a los rincones mas apartados del interior y tienen muy poco contacto con los Indios de la costa. A los Cookras ya casi no se les ve y los Woolwas también se han retirado de la costa y sus colonias las tienen en los tributarios superiores de los ríos Nueva Segovia, Grande y otros que quedan a una distancia considerable de los Indios de la Costa y de los Mosquitos. En su juventud Drummer fué un azote intolerable para esas tribus del interior y en especial para los Woolwas, de los que capturó cientos para venderlos todos como esclavos. Su método era introducirse clandestinamente y si posible en ausencia de los varones, y tomar por sorpresa a los pequeños grupos errantes que vagan de uno de los ríos mencionados a otro, apoderarse de las mujeres y los niños, y retirarse, si posible sin luchar. En algunos casos esos secuestradores han realizado sus fechorías hasta en las aldeas Españolas y de Criollos Españoles, sin titubear en llevarse y apropiarse de sus esposas e hijos. Durante mi permanencia en la costa sucedió un caso de esta naturaleza. Yendo en busca de Indios y al no encontrarlos, Drummer y sus seguidores penetraron en las aldeas de los Españoles— al hacer su retirada río abajo, sorprendieron a un dorey en el que iba un Criollo Español, su esposa y sus dos hijos, el hombre huyó instantáneamente, pero la mujer, que estaba bastante avanzada en el estado de embarazo, y los pequeños, fueron capturados, llevados a Laguna de Perlas y ofrecidos en venta a Ellis. Ese caballero, para su propia honra, no solo rehusó comprarlos sino que, una vez que los tuvo en su casa, se negó a entregarlos a sus apresadores y atendió a la mujer, que dió a luz un hermoso niño en su casa, y los cuidó con verdadero sentido humanitario, y consiguió, con muchos esfuerzos y valiéndose de su influencia con el Rey

Mosquito, devolverlos al seno de su familia y amigos, y por este acto de caridad mereció las gracias de las autoridades Españolas del distrito a que pertenecían. Se pueden citar muchos otros casos de obras similares realizadas en bien de la humanidad por este buen hombre.

Repito, que es mas a causa de las diabólicas instigaciones de los jefes Mosquitos y no por maldad de parte de los Indios, que se cometen esos abusos atroces contra aquellos que, de no ser por eso, se tendrían considerados como hermanos en el sentido mas completo de la palabra, dichosamente la influencia de los jefes Mosquitos va disminuyendo poco a poco, de modo que esos ultrajes también van a desaparecer paulatinamente.

Para mí mismo, yo había tomado la resolución de seguir río arriba por uno de los ríos mas grandes para averiguar su curso y para explorar la región, costumbres y estado de las tribus del interior, la proximidad del Río de Bluefields a los Lagos de Nicaragua, a León y al Mar del Sur,— y asimismo averiguar si habían tribus importantes en el interior, entre las que se pudiera hacer comercio, yo deseaba conseguir a uno de esos cautivos que yo tenía pensado ligar a mí a fuerza de buen trato y educación, para que me sirviera como guía e intérprete entre esa gente. Al mencionar esto a Drummer, éste inmediatamente ofreció venderme al Indio Woolwa de quien ya he hablado, por un valor de 20 libras. Para poder adquirirlo tuve que deshacerme de casi toda mi ropa, que accidentalmente había sido vista y codiciada por Nelson, (*) y aunque un tiempo después ciertas circunstancias me obligaron a abandonar a este jovencuelo, tengo la satisfacción de creer que su situación mejoró debido a mi intervención.

Dalbis accedió a acompañarme al Río Prinzapulko que quedaba como a 30 millas, y después de pagar el valor de los tres dories y del carey que había comprado, partimos de la aldea a la puesta del sol, llegamos al Río Prinzapulko temprano a la mañana siguiente, y fuimos muy bien recibidos por el "Capitán" Tarra. Aunque es un río magnífico, tiene, al igual que Río Grande, un banco de arena peligroso que tiene solo cuatro pies de agua. Los Indios que se han establecido en su ribera izquierda como a siete millas del mar, y a orillas de un lago que queda como a diez millas de este punto, son en total un poco mas de cien,— son de la misma raza que los de "Great River" (Río Grande), pero a diferencia de Drummer, los jefes de aquí se han dado cuenta que les conviene apoyar y favorecer a los Woolwas y Tongulas del interior en vez de oprimirlos; como consecuencia, hacen con ellos un comercio constante de artículos como canoas, dories y pipantes que esas tribus traen por el río sin acabarlas o a medio hacer y que luego se les da el acabado perfecto y se adornan para ser vendidas. El gran tamaño de esas canoas, sacadas del tronco de un solo árbol de cedro o caoba, da una idea de los árboles de madera que se dan en esa región y del volumen de comercio que se podría hacer con ellos si se les protegiera de los Mosquitos y si se les ani-

(*) Nelson encontró la muerte poco después de esta transacción a manos de los Woolwas, en una expedición de pillaje que organizó contra ellos.

mara a que visitaran la costa. Pude comprobar que algunas de esas canoas median mas de 30 pies de largo, unos 5 de profundidad y como seis de ancho. Me enteré que las de caoba son las mejores para navegar expuesto al viento impelidos por las velas, mientras que las de cedro son mas boyantes y no se hundén fácilmente aún cuando están medio llenas de agua y cargadas en parte.

Cuando los Indios Prinzapolkas desean comprar una embarcación grande, se hace el contrato dando al Indio a quien se la van a comprar un trozo de mecate o hilo de bramante en que se señala, por medio de nudos, el largo, ancho y profundidad de la embarcación que se desea: Al mismo tiempo, se da al Indio por adelantado, dos o tres hachas, azuelas y otros artículos con valor de aproximadamente la cuarta parte del valor total de la embarcación,— y éste a su vez entrega un duplicado de esas dimensiones, junto con un trozo de cabuya con nudos que corresponden al número de días en que ha convenido completar el trabajo. Uno de esos nudos se corta o se suelta cada día que pasa, y cuando se llega al último, pueden tener la certeza de que ese día aparece el Indio con la canoa acompañado de sus amigos; en caso de muerte o accidente del Indio, los amigos se hacen cargo de terminar y entregar el trabajo.

El jefe de Prinzapulko ejerce mucha influencia sobre los Indios del interior. Un nativo muy listo, llamado Brown, también ha sido instrumento en conseguir que dichos Indios lleven sus doreys y otros artículos a Prinzapulko para venderlos, y ahora los Indios visitan ese lugar mas que ningún otro de la costa. A cambio de los artículos que venden, reciben hachas, azuelas, cuentas para hacer collares, espejos, y otros objetos similares. No hay duda que si se establecieran almacenes o agencias entre los indios de este lugar, se podría hacer buen negocio con el interior y aún con las colonias Españolas.

Brown, el indio que acabo de mencionar, me acompañó en muchos de mis viajes de negocios y siempre dió muestras de ser una persona digna de confianza y fiel, aun en las situaciones más difíciles.

Habiendo hecho los arreglos con Tarra para que me vendiera tres doreys y una cantidad pequeña de carey, regresé a Great River (Río Grande), y de allí, después de haber acordado tanto en Prinzapulko como en éste último lugar que les compraría todo el carey que recogieran en la siguiente temporada, me alejé en la embarcación que había comprado en compañía del pequeño ayudante Woolwa, que daba muestras de agrado al verse libre de sus aprestadores, en dirección a Laguna de Perlas, con la intención de regresar de allí a mi residencia en Chri-

co Mola en una de las embarcaciones comerciantes procedentes de Jamaica que se detienen como de costumbre en "English Bank" al hacer su recorrido por la costa. A mi llegada a la Laguna me dirigí inmediatamente donde mi amigo el Sr. Ellis en Wawashaan, y fuí recibido por él con su acostumbrada hospitalidad y amabilidad.

Pocos días después, los comerciantes, con quienes yo había tenido un poco de contacto, llegaron a "English Bank"; a su llegada a Wawashaan, me dí cuenta inmediatamente, por la frialdad con que me trataron, que mi éxito en los negocios les había producido sentimientos de celos y rivalidad, sentimientos que siempre los hacían mantenerse en guarda y estar listos en cualquier momento para aniquilar a cualquier persona que tratara de hacerles competencia en los negocios. Para probar el grado a que llegan estos negocios secretos, diré sin temor a contradicciones, que uno solo de estos comerciantes generalmente tiene muchos productos, incluyendo carey y otros, y muchas deudas en diferentes sitios dispersos por toda la costa que no bajan de 5,000 a 6,000 libras esterlinas. Valiéndose de las conexiones artificiosas que tiene con los principales nativos de la región, se las ingenia no solo para adueñarse del producto total de sus esfuerzos, sino también para mantenerlos endeudados con él, sin que puedan salir de su deuda por mucho éxito que tengan en la pesca o en cualquier otra empresa.

Sería tedioso y falto de interés hacer una narración detallada de todos los sucesos que me obligaron a apartarme de ellos:— baste por el momento con decir que, después de haberlos inducido a exponer sus ideas, con la esperanza de que me concedieran derecho para participar de las utilidades de mis propios esfuerzos, me llevé un gran chasco al enterarme de que tal cosa era contraria a su política e indignado decidí hacer un esfuerzo para interesar a personas mas inteligentes y de mente mas amplia en los planes que yo tenía para el comercio y la exploración. Con esa intención decidí, en vez de regresar a Chrico Mola, continuar mi viaje siguiendo hacia el Norte, y dejar en manos de mi honrado y viejo amigo Jasper, y de mi amigo Whykee Tara la protección de mis propiedades de Chrico Mola hasta que yo pudiera reclamarlas, en vez de regresar con esos comerciantes a todos cuyos reclamos pude hacer frente, con la excepción de una pequeña porción por la cual insistieron en tomar al pequeño Woolwa como fianza (o rehén).

Como me encontraba completamente en sus manos, por el momento tuve que acceder a lo que pedían, no sin que antes me prometieran que respetarían mis ideas respecto a su educación y al modo de tratarlo, y con la esperanza de que pronto podría reclamarlo.

Capítulo VI

El almirante Earnee. — Tributo. — La casa del rey. — Indios Towka. — La Laguna "Para". — El risco de Brancman. — Praderas. — Venados. — Bahía arenosa. — Conversaciones con los Indios. — Llegada, recepción y carácter del rey Mosquito. — Consejo. — La música y los instrumentos musicales. — Historia de Don Carlos y el Gobernador Clementi. — Suelo y productos. — Marga. — Arcilla. — Viaje a "Cabo Gracias a Dios".

Continuando con mi determinación de seguir hacia el Norte, salí de Laguna de Perlas, subiendo por Río Grande hasta Prinzapulko donde, como lo tenía planeado, me encontré con el Almirante Earnee, que es uno de los tres jefes principales de la Costa Mosquita, y quien había viajado hasta Bocas del Toro para cobrar los tributos que se debían al Rey. Llegó a Prinzapulko en una embarcación grande acompañada de otras embarcaciones mas pequeñas, y fué recibido con el debido respeto por el Capitán Tarra, Brown y otros nativos que lo condujeron a la casa del Rey. El Almirante es un negro 100%, sin la menor señal de tener ni una gota de sangre India; me encontré con que era un hombre sensato, astuto e inteligente, descendiente de los Sambos que antaño sufrieron naufragio en esta costa. Como había anunciado el día exacto en que llegaría, se hicieron preparaciones para dar alojamiento a él y a 25 de los que lo acompañaban y fueron acogidos con festejos en la casa del Rey. La mayoría del tributo consistía en carey, se exigía una concha a cada canoa que participaba en la pesca de la tortuga. Se exigía el mismo valor en doreys, hamacas y tela tosca de algodón a las canoas que se dedicaban a otra cosa que fuera la pesca de la tortuga.

En relación a las casas del Rey, es menester observar que las principales colonias de los Sambos y sus aliados inmediatos forman una cadena de villorrios, a cierta distancia uno de otro, de un extremo de la Costa Mosquita propiamente dicha al otro, y en cada uno de esos villorrios se erige una casa llamada la casa del Rey, para cuya construcción cooperan todos los miembros de la comunidad, y es destinada para ser ocupada únicamente por el Rey y sus acompañantes cuando estos visiten la colonia. En esa casa también, el jefe de la colonia, o uno de los tres jefes principales que la gobiernan, se reúnen para mediar en las discordias y forjar las leyes y regulaciones, que luego son sancionadas por el Rey antes de ser puestas en uso. Algunas de esas casas son de tamaño bastante grande y edificadas con mucho cuidado y solidez.

Tan pronto como Earnee se enteró de que yo deseaba hacer una visita al Rey, me ofreció toda la ayuda posible, después de permanecer unos días en Prinzapulko lo acompañé en su viaje al Cabo. Salimos a media noche río abajo favorecidos por un viento terral. Este viento generalmente comienza a soplar a la puesta del sol y cesa hasta como a las diez de la mañana del día siguiente. Viendo que el mar cerca de la desembocadura del río estaba embravecido, Earla desembocadura del río estaba embravecido, Earnee, algunos de sus acompañantes y yo desembarcamos en la desembocadura y continuamos por tierra hasta la Laguna de Tongula, dejando a la otra gente en los doreys luchando para hacer el viaje por mar. Cruzamos el río que conduce a la Laguna y

continuamos nuestro viaje hasta que la brisa del mar comenzara a soplar sobre la costa, y paramos en una de las casas del Rey que había sido construida para comodidad de los viajeros a poca distancia del banco de arena, como a la mitad de la distancia entre Prinzapulko y la Laguna de Wawa. En la Laguna de Tongula nos reunimos de nuevo con las canoas.

En este lugar hay unos cuantos Mosquitos e Indios Tongulas, pero no hay blancos o descendientes de blancos,— sin embargo, los nativos nos suministraron abundancia de provisiones y todo lo necesario.

Al anochecer todo mundo se embarcó de nuevo para continuar el viaje con la excepción del Almirante, unos cuantos de la comitiva y yo, que decidimos continuar nuestro viaje por tierra como habíamos hecho antes, como a la media noche llegamos a las riberas del Río Wawa, que conducía a una laguna de tamaño considerable y del mismo nombre; allí encontramos una canoa que había sido puesta en ese lugar adrede para que en ella cruzáramos el río, que es bastante ancho, pero el banco en la desembocadura es poco profundo y muy peligroso: el mar es bravo, por lo que es peligroso llegar a la costa, y hay varios bajíos y cayos pequeños que se señalan en los mapas de una manera muy vaga o no se señalan del todo.

Un número considerable de Indios Towka habitan las riberas del gran río que desagua en la Laguna de Wawa, y según dicen, tiene su origen a mas de 150 millas en el interior. A poca distancia de la Laguna de Wawa está la Laguna de Para, que se conecta con la primera por medio de un río de tamaño considerable, y cerca de Para está la residencia del "gobernador", uno de los tres jefes principales de la región.

Después de cruzar el Río Para seguimos hacia el Risco de Brancman y de la cima de éste pudimos contemplar el panorama de la región, la cual, hasta donde alcanza a ver el ojo, está compuesta de praderas cubiertas de una hierba áspera y larga y de pinos y maderas muy buenas. Así son casi todas las praderas de la Costa Mosquita, con la excepción de los terrenos demasiado bajos, los cuales se cubren de agua durante la época lluviosa y producen únicamente una hierba áspera y fétida y arbustos típicos de las regiones pantanosas.

En toda la región de Brancman abunda el venado,— uno fué divisado por un Indio desde la cima mientras pacía, y éste procedió a quitarse toda la ropa y empezó a deslizarse a gatas hacia el animal, permaneciendo inmóvil excepto cuando este último se inclinaba para comer, cuando estuvo como a cincuenta varas del animal, lo deribó fácilmente con un solo disparo de rifle. Los Indios se lo repartieron dejando algunas de las mejores partes para nuestra cena.

Hay una circunstancia rara, y es que, del último menguante al primer creciente, los venados gustan de pacer sobre la costa. A menudo me aproveché de esta oportunidad, y en mis pasadas por la costa, adoptando en parte el estilo Indio, nunca fracasé en conseguir carne de venado.

A media noche de nuevo nos hicimos a la mar en nuestros doreys, después de pasar el Bluff, la tierra se aleja bastante hacia el poniente y logramos hacer una espectacular zarpada y poco rato después, al soplar un viento favorable, pudimos izar nuestras velas. Hay solamente un río de tamaño considerable entre Brancman y Duckwarra, el cual lo pasamos y luego llegamos a "Sandy Bay" como a las once, de donde solo hay 30 millas de distancia hasta el Cabo Gracias a Dios.

En el extremo sur de "Sandy Bay" está la entrada a una Laguna pequeña a orillas de la cual está situada la colonia principal de Indios Mosquitos donde el Rey reside con frecuencia; está cerca de la Laguna como a ocho millas de su entrada y rodeada de unas praderas como las que ya han sido descritas. La laguna tiene una comunicación con un extremo de Wano o Warner, pero ningún río de importancia desagua en estas dos lagunas.

A nuestra llegada el Almirante fué recibido y la gente principal de la aldea le dió la bienvenida: se izó la bandera Inglesa en señal de festividad y nos informaron que había llegado una canoa con la noticia de que el Rey iba a visitar la colonia, y por tanto se hacían grandes preparativos para su llegada. La mayoría de la población se empleaba en recoger piñas, plátanos, bananos y cazabe para la fabricación de su licor preferido, el "mishlaw". El jugo de la piña por sí solo es una bebida muy agradable. El "mishlaw" que se saca del plátano y banano también es a la vez intoxicante, y su preparación es una operación tan repugnante que, si yo no considerara que es deber imperioso no suprimir nada que tienda a esclarecer y explicar las costumbres de todas esas tribus y demostrar cuán distantes están de la civilización, la omitiría completamente sin siquiera hacer mención de ello. El método de preparar dicha bebida es el siguiente: La raíz del cazabe se machaca y se pela, y luego se cuece igual que si fuera a utilizarse para comerla. Cuando se baja del fuego se escurre toda el agua y se deja enfriar. Luego que están frías, un grupo de mujeres, jóvenes y viejas, provistas de sendos tazones, rodean las ollas y comienzan a masticar el cazabe hasta que alcanza la densidad de una pasta espesa, que van depositando en los tazones hasta llenarlos; cuando están llenos, esos tazones son llevados a la casa del rey donde el contenido es vertido en una gran canoa que ha sido puesta en ese lugar especialmente con ese propósito, teniéndose que usar una canoa porque ningún otro recipiente sería lo suficientemente grande. Pude observar asimismo que algunos de los jóvenes también tomaban parte en el proceso de masticación el que se continuaba con mucha perseverancia hasta que el producto de los tazones llenaba la tercera parte de la canoa. Luego se tomaba más cazabe por aparte y se machacaba en un mortero de madera con un majador también de madera, hasta que alcanzaba la densidad de una masa, la que después se desbarataba en agua fría y se

le añadía una porción de maíz Indio, medio cocido y masticado al igual que el cazabe; toda esta mezcla se vertía en la canoa y luego se llenaba la canoa de agua y se revolvió con una gran pala hasta que a las pocas horas se encontraba en completo y abominable estado de fermentación. El Almirante me aseguró que la saliva es la causa principal de la fermentación, y que si todo hubiera sido machacado y preparado con solo agua, el licor se habría agriado demasiado antes de la fermentación y no se habría podido utilizar, además, el licor era más o menos apreciado de acuerdo con la edad y estado de salud de los masticadores; por tanto, cuando él deseaba agasajar a sus amistades con una bebida de "Chica", se cuidaba de que solo sus esposas y sus pequeñas hijas tomaran parte en la masticación; opinaba que el licor que en estos momentos íbamos a saborear sería tolerable porque en su preparación se habían empleado pocas mujeres de edad avanzada, y que "pronto estaríamos embriagados". La canoa contenía aproximadamente tres "puncheons" (medida de líquidos que contiene veinte arrobas), y había cantidades similares en las casas de dos o tres de los hombres principales de la aldea además, había bebidas más sencillas, tales como jugo de piña y de plátano cuya preparación consistía en asar la fruta, en este caso los plátanos y bananos, y luego majarlos y mezclarlos con agua. Había también el presente del Sr. Ellis al Rey, que consistía de aproximadamente veinte galones de ron, otro tanto de ron que había sido llevado por el Almirante y los de su grupo, y una porción que yo mismo llevé. Earnee había invitado a los ancianos y hombres principales de Duckwarra, Wano Sound y regiones aledañas para que llegaran a conocer al Rey, recibirían un informe del estado en que se encontraban las aldeas vecinas que el Rey acababa de visitar, despachar asuntos de interés público y beber.

La casa del Rey al igual que la de Earnee, la de un Sambo conocido con el nombre de "General" Elyatt y las de unos cuantos más, eran casas bastante bien equipadas con bancas, meses, platos, vasos, ollas, cuchillos, tenedores y otros utensilios. En la casa del Almirante había una hamaca para cada uno de sus invitados, de acuerdo con la usanza. Después de una prolongada discusión acerca de las condiciones en que se encontraba la región, las costumbres, pujanza y comercio de las diferentes aldeas y política general de los Mosquitos, me retiré a descansar, satisfecho con las atenciones de que había sido objeto, pero un poco preocupado por la magnitud de las preparaciones que se hacían para la festividad que se aproximaba.

Durante el viaje desde Prinzapulko el Almirante me había contado varias anécdotas del Rey y me había revelado algo de su carácter. El Almirante parecía lamentarse de que el Rey no se preocupara más por las cosas que eran de interés para su país y se preocupaba por la inclinación de éste hacia la bebida y las mujeres, su extremada ligereza y por la facilidad con que se asociaba y ponía oídos a cualquier plan visionario que le presentaran los comerciantes, la facilidad con que se había dejado enredar del patriota General Aurey para una de sus expediciones contra los Españoles en Trujillo; y su descuido general en lo que toca a la seguridad, pro-

greso y bienestar de sus súbditos. También se lamentaba de que no hubiera un superintendente Británico en la costa, como antes en tiempos del Coronel Hodgson, cuando los Indios Mosquitos podían encontrar trabajo y había demanda en Black River y las otras colonias para sus productos; tiempos en que los jefes en toda la costa se podían vestir y vivir "al verdadero estilo de un señor Inglés". Los jefes y los ancianos estuvieron de acuerdo con él en todas esas observaciones; todos ellos también desaprobaban de la manera arbitraria en que los comerciantes de Jamaica ejercían la influencia que habían adquirido en algunas de las aldeas de la costa, añadiendo que para evitar hacer negocio con ellos, habían vendido gran parte del carey recogido en esta temporada a los Americanos quienes, a pesar de que tenían una variedad tan grande de productos, eran mas limpios en sus negocios y pagaban mejores precios.

Al día siguiente muy temprano me despertó el ruido de los tambores; los nativos estaban en un estado de bullicio y actividad, preparándose para la competencia de beber y la recepción del Rey. Este llegó en una gran canoa, con diez personas, escoltado por igual número de personas en dos canoas mas pequeñas. En el desembarcadero estaban a esperarlo el Almirante Earnee y el General Blyatt con algunos de los hombres principales de las aldeas vecinas; los dos primeros iban de uniforme con charreteras de oro. Hubo poco protocolo o ceremonia en el saludo al Rey; un apretón de manos, un "como está usted, Rey" en Inglés y en voz baja, fueron los únicos saludos que le dieron los súbditos de todas las clases sociales. Preguntando brevemente los motivos que yo tenía para venir a verle, me invitó para que lo acompañara al Cabo, donde yo tendría la oportunidad y qué relación existía entre él y su gente, entre quienes, hacía cuatro años, al regresar de Jamaica donde había recibido su educación, se encontró como un extraño.

Era un joven como de 24 años, de piel bronceada, cabellos largos y rizados que formaban bucles alrededor de su rostro; sus pies y manos eran pequeños, ojos oscuros y expresivos y dientes muy blancos. Presentaba una figura atractiva y apuesta, y su apariencia denotaba más agilidad que fuerza. En otros respectos, al irlo conociendo más, me dí cuenta de que era desenfrenado como los venados de las praderas de su tierra.

En el transcurso del día llegaron Indios de distintas partes de la costa y del interior. En la reunión que se llevó a cabo en la casa del Rey, se discutieron asuntos relacionados con el gobierno de las aldeas vecinas, disputas, y otros asuntos de interés público. Observé que el Rey lo dejaba todo en manos de Earnee, Blyatt y unos cuantos más. A decir verdad, parecía interesarse muy poco en lo que se decía y se limitó a sancionar las resoluciones que se tomaban para que pudieran ser promulgadas como "órdenes del propio Rey". Esa es la expresión que usan, y tales órdenes son obedecidas al pie de la letra. Mientras estuvo reunido el Consejo no admitieron mujeres; a unas cuantas se les permitió entrar luego durante las competencias de bebida para atender a sus maridos cuando estos llegaban a un estado de insensibilidad debido a la in-

toxicación.

Al finalizar las discusiones en casa del Rey dieron comienzo los festejos. Había dos hombres, uno a cada extremo de la canoa, que se encargaban de verter el "mishlaw" en grandes calabazas que eran llevadas por unos cuantos jovencitos hasta donde estaban los invitados. A medida de que los hombres se iban embriagando, empezaban a bailar imitando bailes regionales y animadas contradanzas Escocesas que habían aprendido de los colonizadores Ingleses; pero pronto se encontraron en un estado tal de intoxicación que no fué posible mantener el orden. Todos, incluso el Rey y sus amigos más cercanos, dieron rienda suelta a sus deseos de beber y se dedicaron a satisfacerlos. En el transcurso de la noche llegó Andrés, el tío del Rey, hombre principal de Duckwara, acompañado de una de las esposas favoritas de su Majestad. Andrés era un hombre fornido y de baja estatura, de pura raza India, animado y de ágiles movimientos, que ocultaba gran astucia y sagacidad bajo una apariencia de liviandad. Hablaba el Inglés bastante bien y con sus relatos acerca de los comerciantes de Jamaica y sus comentarios mordaces y graciosos acerca de algunos de los Misquitos presentes, mantuvo a la concurrencia en carcajadas. El Rey me dijo, durante el transcurso de la noche, que no me debía extrañar de verlo y proceder en la forma en que lo hacía, pues tenía planeado instigar poco a poco a los nativos a que fueran adoptando las costumbres Inglesas y el modo de vida Inglés consintiéndolos en la bebida; como prueba de ello me dijo que podía observar cómo los nativos se habían despojado de la "pulpera", el vestido que comunmente usaban los Indios, y se habían puesto chaquetas, pantalones y sombreros Ingleses. Algunos de ellos llevaban abrigos y vestimentas que hacían juego con los abrigos, y, como ya he dicho antes, se vangloriaban de ir vestidos al "estilo de un verdadero señor Inglés".

Como de costumbre, su Majestad se dedicó más a las mujeres que a los jefes, y diciéndome que las mujeres de aquí podían bailar igualmente bien que las de las otras colonias Inglesas me invitó a que le hiciera compañía junto con el Almirante y el tío Andrés, en una danza en la que participarían también las mujeres que mandaría a llamar. Por supuesto que yo acepté encantado, y al llegar las mujeres, empezamos a bailar al compás de un tambor, que era el único acompañamiento de que disponíamos.

Blyatt había recibido orden de impedir que el grupo que estaba en la casa del Rey nos interrumpiera, pero como nuestra música era tan estrepitosa como la de ellos y se había regado la noticia de la llegada de las mujeres, nuestra casa pronto se vió rodeada de una multitud que se agolpaba de tal manera que se produjo en el interior un calor insostenible y nos vimos obligados a abandonar la danza, sin embargo los Indios protestaron de tal forma que el Rey, muy complaciente, accedió a continuarla al aire libre. Al juntárenos a bailar el otro grupo con su música, se produjo un gran tumulto en el que se mezclaron Rey, Almirante, General y hombres y mujeres Misquitas, todo en una gran confusión y algarabía de la que los que podían se alegraban de escapar. Antes de perder la cabeza completamente por intoxicación, los jefes ordenaron que

Las mujeres regresaran a sus casas para evitar que luego no estuvieran en condiciones de atender a sus maridos. La bebedera continuó sin cesar toda la noche, y en ella participaron jóvenes y viejos por igual. Se siguieron tocando los tambores y se dispararon mosquetes, algunos de ellos cargados de pólvora hasta la boca, hasta que casi toda la concurrencia se encontraba en un estado de embriaguez bestial siendo atendidos por las mujeres, que con ese fin eran llamadas de vez en cuando. Ocasionalmente, sin embargo, uno que otro se recuperaba pero solo para dirigirse de nuevo a su "mish-law" favorito y reanudar sus excesos. Todo el siguiente día se ocupó para beber, y no fué sino hasta el otro día que los licores quedaron reducidos a los desechos del maíz y cazabe, pero aún éstos fueron exprimidos con las manos y su jugo vertido en las calabazas y dado a los que todavía estaban deseosos de beber más. La tercer noche todos los licores habían sido consumidos y los Indios comenzaron a retirarse a sus respectivas casas, muchos de ellos quejándose, con razón, de que "sentían mala la cabeza". Sin embargo, es cosa notable que durante toda esta festividad no se presencié una sola riña.

Permítaseme hacer aquí la observación de que el tambor Inglés es el principal instrumento musical de los Misquitos, quienes lo tocan muy bien, como el mejor tamborilero Europeo, se comenzó a usar cuando las fuerzas Británicas estuvieron en la Costa Mosquita y desde entonces ha sido el instrumento favorito. Cada aldea tiene su tambor. El único otro instrumento musical que vi fue una rústica pipa o flauta hecha de bambú. Un extremo tiene la forma de un caramillo (flautilla de caña) y tiene cuatro hoyos para los dedos. El primero de éstos como a dos tercios de la longitud total del instrumento y los otros a intervalos de media pulgada aproximadamente; se necesita un esfuerzo bastante grande para hacerla sonar y su tono es ronco y monótono con muy pocas variaciones. Dos de esos instrumentos se tocan simultáneamente, los bailarines ejecutan una especie de minué en el que avanzan y retroceden acompañando ésto con gesticulaciones grotescas. Una de sus danzas favoritas es una especie de obra teatral en la que representan el cortejo Indio.

Debido a que el Gobernador Clementi, uno de los tres hombres principales de la Costa Mosquita, no se hizo presente, decidieron enviar a una persona para que tratara de traérselo. Los motivos de la aversión de este jefe para reunirse con los demás son las siguientes: Su difunto hermano, conocido por toda la gente con el nombre de Don Carlos, había sido muerto hacía algún tiempo por la gente del Rey, bajo el pretexto de que estaba demasiado estrechamente vinculado con los Españoles de Granada y Nicaragua, con quienes tenía asiduo contacto y de quienes había recibido muchos presentes de ganado, etc. La gente del Rey sospechaba que este hombre tenía planeado prestar su ayuda a los Españoles para que éstos formaran una colonia en la Costa Mosquita. Pero es más probable que su conexión con los Españoles haya sido solo una de varias razones por las cuales le dieron muerte. Era un Indio de pura sangre y de bastante capacidad: el

único que merecía tal descripción, a excepción de su hermano Clementi, y tenía una posición de importancia en el gobierno del Rey Mosquito. Gozaba de mucha influencia entre los Indios, incluso las diferentes tribus de Woolwas y Cookras. Sus dominios se extendían de Sandy Bay a la Laguna de Cayo de Perlas, y como consideraron que era una amenaza para ellos el dominio de este hombre, dispusieron eliminarlo. Desde entonces su hermano Clementi nunca volvió a visitar al Rey o a poner pies en las aldeas de los Misquitos. Esta desaveniencia entre el Rey y Clementi se vió agravada debido al mal comportamiento de un negro favorito del primero quien hacía algún tiempo había acompañado a Robert, hermano del actual Rey, en una visita a Clementi, quien los recibió y los trató con mucha hospitalidad; sin embargo, en una fiesta ofrecida en honor de Roberto, el negro no solo insultó de una manera extremadamente grosera al Gobernador, sino que apoyándose en la amistad que tenía con el Rey y la supuesta estupidez de Clementi, irrumpió en uno de los depósitos de este último y cargó con varios objetos que le llamaron la atención. Al ver que Roberto no interfería, Clementi se armó de un mosquete y dio muerte al negro. El Rey, que no se atrevía a atacar abiertamente al Gobernador, decidió vengarse apoderándose de su ganado o ahuyentándolo cada vez que se le ofrecía la ocasión. Para evitar esto, Clementi se deshizo del ganado, de modo que ahora ya no se ve un solo animal en las praderas, como se veían en tiempos de Don Carlos. Ahora se suponía que Clementi estaría tramando algo para vengarse, y para evitar una guerra civil entre Mosquitos e Indios, el Rey, antes de regresar al Cabo, estaba deseoso de reconciliarse con Clementi. Además, tenía otras razones para querer hacer las paces: se daba cuenta de que en una ocasión había insultado a Earnee, el mejor amigo de Clementi, y el único jefe capaz de gobernar el país desde la muerte del "general" Robinson, teniendo libertades con una de las esposas favoritas de Earnee en ausencia de éste, y que, por consiguiente, Earnee se había aliado con Clementi casándose con una de las hermanas menores de este último, y por lo tanto, al producirse una guerra, era probable que el primero se hiciera al lado del Gobernador. Earnee se había excusado de tomar parte en esta expedición, y por lo tanto, el Rey me pidió a mí que acompañara a Blyatt, junto con una comitiva como de veinte personas, para que fuéramos hasta Clementi portando una carta del Rey en la que decía que, no habiendo podido asistir en persona, había encargado al Almirante que lo asistiera en castigar a los que se resistieran a obedecer su autoridad, pero que no pudiendo ir el Almirante, enviaba a Blyatt. Fuí escogido para leer esta carta a Clementi en presencia de Blyatt, quien a su vez fue escogido para aclarar que "el papel que se estaba leyendo era auténtica orden del Rey y debía obedecerse al pie de la letra".

Emprendimos nuestra jornada recorriendo como ocho millas hasta llegar a la parte superior de la Laguna de Wawa, donde nos embarcamos en tres canoas que nos llevaron hasta un río en cuyas riberas desembarcamos. Luego atravesamos una extensa pradera hasta llegar a un afluente del Río Wawa

donde encontramos canoas en las que trasladarnos a la residencia del Gobernador. Cruzando el río, dormimos hasta la medianoche en sus riberas y a esa hora reanudamos nuestro viaje.

En sus viajes los Indios generalmente avanzan hasta la diez de la mañana, hora en que se detienen a descansar hasta las dos o tres de la tarde. A esa hora reanudan la travesía hasta el anochecer. En los diferentes sitios de descanso, los Indios duermen en el suelo sobre hojas de palmera y se cubren con una frazada ligera; después de estas pausas siempre me levantaba más animado, antes de tomar el descanso se hace una hoguera y se prepara el alimento. Para viajar los Indios solo se visten con la tradicional "pulpera", pero siempre llevan en su equipaje un traje completo de ropa buena, el cual se lo ponen a poca distancia de la residencia de la persona a quien van a visitar.

A eso de las diez de la mañana llegamos a una pradera en la que había un camino que conducía a la casa del Gobernador, a media milla de distancia. Como Earnee había avisado a Clementi de la visita que le haríamos, aconsejándole que nos invitara a beber "mishlaw", encontramos a un grupo de su gente que nos estaba esperando en este lugar para acompañarnos hasta la residencia del Gobernador. Los de nuestra comitiva se vistieron con su buena ropa y Blyatt, unos cuantos más, y yo, montamos los caballos que nos habían sido enviados para nuestra mayor comodidad. Marchamos en línea recta sobre el camino, unos tras otro, llevando a la cabeza nuestra bandera y tambor, hasta llegar a la residencia donde un grupo como de veinte hombres, sin contar mujeres y niños, aguardaban nuestra llegada. La casa está situada en una loma, y de ella se tiene una vista extensa de la región, en cuyas praderas pacían algunos caballos, pero no pude ver ganado, aunque al parecer había suficiente pasto para alimentar a miles de cabezas.

El Gobernador no salió a recibirnos; estaba dentro, ataviado con sus vestimentas de gala y sentado; se levantó para darnos la bienvenida a Blyatt y a mí, pero no se ocupó del todo, ni tomó en cuenta para nada, a los que nos acompañaban. La apariencia física y modo de conducirse de este viejo jefe me impresionó sobremanera hasta llegar a la conclusión de que tenía ante mis ojos a un verdadero descendiente de los antiguos Caciques Indios. Era un hombre alto y robusto, entre 50 y 60 años, rostro de facciones típicamente Indias y que expresaba seriedad y dignidad; no pude evitar el pensar que parecía sentirse humillado por el yugo de los Misquitos; era un hombre que había nacido para mandar y se daba perfecta cuenta, como el "viejo Crozimbo", de que "no era el menos importante entre sus compatriotas". Llevaba un uniforme Español, de tela azul, cuello rojo y adornado con encajes de oro, un chaleco de satén bordado, con lentejuelas y con grandes bolsillos, pantalones blancos, medias blancas de algodón, zapatos con hebillas de plata y un gran bastón con empuñadura de oro similar a los corregidores y alcaldes de las provincias Sud Americanas, con lo que completaba su atavío.

Esas ropas, que eran de corte antiquísimo, las había heredado de su desafortunado hermano, la digna apariencia y finos modales de este viejo jefe

hacían un contraste enorme con la aspereza de los Misquitos y me convenció de una manera contundente que la dominación de los Sambos había retardado grandemente la prosperidad de los verdaderos Indios. Clementi ordenó refrescos y atendió abundantemente a los de nuestra comitiva en otra casa, no permitiéndole que se sentaran a su mesa nadie más que los hombres más importantes.

Después de la comida leí la carta del Rey y al enterarse éste de su contenido, expresó gran satisfacción; se izó la bandera Inglesa a la entrada principal de la casa y el Gobernador pareció sentir que ahora sí se le estaba tratando con el debido respeto y se le otorgaban los derechos y privilegios que le pertenecían: señaló a dos o tres Indios que en su opinión no habían respetado su autoridad o le habían ofendido; acto seguido fueron capturados por los miembros del grupo de Blyatt y amarrados, pero en vez de ser azotados, como era la costumbre, los azotes fueron dados a un cuero de toro seco. No me enteré a ciencia cierta si esto satisfizo enteramente o no al Gobernador, pero luego me enteré de que los Indios libres consideran el azote como una seria humillación. La noche transcurrió sin sucesos desagradables. Yo fuve que leer la carta del Rey una y otra vez y el Gobernador pareció alegrarse de sentirse libre de la amenaza de más daños de parte de la gente del Rey. Me mostró varias cartas y certificadas que comerciantes y otras personas habían otorgado a él y a su difunto hermano, todos ellos dando testimonio de su honorabilidad y honradez.

El terreno, en esta región, se compone de praderas bajas, en parte cubiertas de pinos. Los principales terrenos de cultivo de la gente del Gobernador quedan muy distantes, en un sitio conocido con el nombre de "Hills" (colinas) por lo cual se les conoce en toda la Costa con el nombre de "hill people", o sea "gente de las colinas". Esas colinas, o elevaciones, son tres y quedan al occidente de Brancmans, a una distancia bastante considerable tierra adentro, no se distinguen desde el mar, al aproximarse a tierra, por su poca elevación. El terreno de las colinas y demás al occidente es muy fértil y muy bien cultivado, abasteciendo de provisiones tales como bananos, plátanos, etc. a las poblaciones de Sandy Bay, Cabo Gracias a Dios y otros lugares de la Costa. Debido a que está demasiado lejos de la costa para combinar las ventajas de la agricultura y la pesca, no se ha establecido nadie en "Hills". Descubrí algunos depósitos de marga de excelente calidad al otro lado de los pinares, un poco al oeste de Brancman's Bluff, sobre el camino que conduce a la Laguna de Para. También encontré buena arcilla blanca; si los Indios conocieran algo sobre la fabricación de loza de barro se darían cuenta de que tienen allí una rica fuente de material de la mejor calidad.

Clementi se considera dueño de toda esta tierra, las extensas praderas, los pinares, y todo lo que está comprendido entre este punto y la costa, incluyendo las colinas y las tierras del interior; tiene a su favor el voto de confianza que le dan los Indios puros, y no dudo que, en caso de cualquier intento de parte de esos aborígenes para librarse del yugo de la raza mezclada de los Mosquitos, él, o sus descendientes pueden estar destinados a desem-

peñar un papel prominente. Por ello he querido hacer una descripción de lo poco que ví de este hombre, de una manera tan circunstancial como me ha sido posible.

Cuando Blyatt hubo terminado su misión con el Gobernador, y después de haber permanecido en su casa tres días, abandonamos el lugar y emprendimos el regreso recorriendo los mismos caminos que habíamos recorrido no hacía mucho. Gran parte de la costa de esta región se halla inundada durante la época lluviosa, de tal forma que es posible navegar en canoa de la Laguna de Para hasta el Río Wawa. Igual cosa sucede, generalmente, en todas las praderas bajas desde Laguna de Perlas hasta el Cabo, y de ahí hasta "Plantain River". En Duckwarra fuimos muy bien recibidos y agasajados por Andrés, el tío del Rey: este jovial anciano nos rogó que nos quedáramos unos días más en su casa con él y sus amigos Rowla y Tarra, dos de los jefes, pero nosotros reanudamos nuestro viaje a la mañana siguiente. Me hizo una impresión muy favorable la

aparición física de la gente de la colonia de Andrés; tienen excelente contextura, siendo los hombres muy activos y buenos pescadores, y hermosas las mujeres y niñas.

A nuestra llegada a Sandy Bay nos encontramos con Earnee, quien no estaba muy bien, el cual nos suministró hombres y una canoa para nuestro viaje hasta el Cabo, hacia donde me encaminé siguiendo un pasaje interno, pues hay una comunicación entre Sandy Bay y Punta de Wano (Wano Sound), siendo este último el lugar que tiene solo cuatro o cinco pies de agua en la barra y es igualmente seco en su interior.

Al anochecer llegamos a una colonia de Misquitos en el extremo superior de Wano Sound, donde fuimos recibidos con la misma hospitalidad que ya he dicho encontré en todas las aldeas de la Costa. Reanudamos el viaje temprano a la siguiente mañana y seguimos hasta la entrada de Wano Sound donde desembarcamos y continuamos a pie hasta el Cabo, una distancia como de ocho millas.

Capítulo VII

Cabo de Gracias a Dios. — El viejo Rey Jorge. — El Rey actual. — Su educación en Jamaica. — Terrenos malos. — El puerto. — Río Great Cape. — Importancia del Cabo. — Origen de los Sambos. — Río Croatch. — Kukari. — Indios manchados. — Laguna de Caratasca. — Peces y Caza. — Productos del suelo. — Cráter volcánico. — Río Patook. — Caballos. — Kharibeas. — Laguna Brewer. — Río Negro y Laguna. — Fortaleza antigua. — Colonizadores. — Minas. — Fertilidad de los establecimientos. — Hist. de Ian Austin.

A mi llegada al Cabo Gracias a Dios me sentí defraudado al encontrar que solo habían unas pocas casas y las pocas que habían eran de un aspecto malísimo, con la excepción de la del Rey, la de Dalby, uno de sus asistentes principales, y la de Bogg, un viejo mercader, todas las demás no eran otra cosa que pequeñas chozas que apenas protegían a sus moradores de las inclemencias del tiempo.

Permanecí en casa del Rey varios meses y tuve la oportunidad de llegar a conocer íntimamente, tanto a éste como a su gente. Las circunstancias que hicieron que en su juventud fuera enviado a Jamaica donde recibió una educación deficiente son, en breve, las siguientes: Su padre, el Rey George, era de raza mezclada, o sea mitad Negro y mitad Indio; tenía un carácter duro, indómito y vengativo; por su causa habían sido esclavizados muchos Indios de las tribus Blanco, Woolwa y Cookra; y al igual que todos los demás jefes Misquitos, tenía muchas esposas y mujeres a quienes a menudo trataba con tanta crueldad que más de una había recibido la muerte de sus manos. La muerte de una de esas mujeres bajo circunstancias de horrible crueldad le había traído el resentimiento de los amigos de la víctima quienes se habían rebelado y habían creado un motín en el que el Rey recibió un disparo que le causó la muerte. Dejó dos hijos, George Frederick, el actual Rey, y Roberto que era medio hermano de éste, a la sazón ambos de tierna edad. Un comerciante de la Bahía de Honduras, creyendo que podría obtener grandes ganancias si se apoderaba de esos niños, se las ingenió para ponerlos en su embarcación y convenció a los jefes de que sería de gran beneficio para todos si el futuro Rey fuera edu-

cado a la "usanza Inglesa" para que pudiera comprender algo de las costumbres, leyes y modo de vida de sus amigos los Ingleses. Los pequeños partieron y los jefes formaron una especie de regencia. Los tres jefes principales acordaron que el país sería regido por el mayor de los niños, y mientras tanto lo dividieron en tres partes; la primera comprendía desde Roman River, cerca del Cabo de Honduras, hasta Patok, incluyendo las tribus de Kharibeas, o Caribes, Poyers, Misquitos y algunos negros que habían pertenecido de antaño a la colonia Británica. Esta parte fué puesta en manos del "General" Robinson.

La segunda división, desde Caratasca (o Croatcha), hasta Sandy Bay y Duckwarra, incluyendo a todos los Misquitos propiamente dichos, o sea la raza mezclada de Sambos e Indios. Esta fue puesta bajo el mando de un jefe hermano del difunto Rey, conocido con el nombre de "Almirante".

La tercer división comprendía desde Brancmans hasta el Río Grande (Great River) fué puesta en manos de Don Carlos, conocido con el nombre de el "Gobernador"; incluía las tribus de Tongulas, Towcas, Woolwas, Cookras, etc. Cada uno de esos tres jefes nombró su asistente principal (o jefe subalterno) en cada una de las tres divisiones, quienes estarían bajo su autoridad. Sin embargo, a las pequeñas colonias de Sambos en Laguna de Perlas y Bluefields se les permitió escoger a sus propios gobernadores.

Pasado algún tiempo, los pequeños fueron enviados desde Honduras a Jamaica y Su Alteza el Duque de Manchéster parece haberse ocupado un poco del mayor, quien siempre hablaba del Duque con

sentimientos de respeto y gratitud. Después de terminar la rutina de una educación insuficiente, fué enviado a Belice donde los principales jefes Misquitos lo recibieron y la ceremonia de su coronación se realizó con bastante pompa. El joven líder fué acompañado por Superintendente Británico hasta la Iglesia, junto con una comitiva formada por las tropas, la milicia y las personas más sobresalientes de la colonia. El Reverendo Armstrong le ciñó la corona (obsequio de los Ingleses a uno de sus antepasados) y se le confirió la espada y las espuelas, se disparó salva de artillería y se le otorgó el título de "Rey de la Costa y Nación Misquita".

Los jefes fueron obsequiados con vestimentas y medallas, todo lo cual fué enviado a la costa en una corbeta Inglesa. Accidentalmente la carga fué bajada en la residencia del General Robinson entre Black River y la Laguna de Brewer, y el Rey empezó mal su reinado insultando y riñendo con el General, su jefe mas poderoso. En Cabo Gracias a Dios el Rey fue recibido de la manera más amistosa por sus familiares, la mayoría de los cuales residen en un espeso pinar conocido con el nombre de "The Ridge" (la Sierra) que queda como a cuarenta millas del Cabo y a poca distancia de las riberas del gran "Cape River".

El Rey me aseguró repetidas veces que a su llegada al Cabo Gracias a Dios y por muchos meses después, se arrepintió de haber regresado a su país o de haber salido de él pues se sentía completamente como un extraño, sin conocer los intereses de sus súbditos y sin saber la influencia y capacidad que tenían los jefes, quienes en otras circunstancias, le habrían podido ayudar a formar un gobierno. Al mismo tiempo sus amigos, los Ingleses contaban con que él realizaría labores para las que no se sentía preparado en lo más mínimo, como él mismo confesó. Parecía darse perfecta cuenta de sus deficiencias pero carecía de la energía o la dedicación necesarias para corregirlas o para asumir y mantener, con dignidad, el cargo y posición que la Providencia le había deparado. Todas estas consideraciones a veces le amargaban la vida, pero sus resoluciones y esfuerzos para enmendar la situación se desvanecían cuando tenía que escoger entre ellos y los placeres de la botella y sus otros vicios los cuales se encontraban en perfecta armonía con la vida licenciosa que llevaban sus súbditos, con quienes el Rey consideraba necesario congraciarse hasta que a la larga se acostumbraran a él, y se intoxicaba siempre que llegaba una embarcación y podía obtener el ron. En tales ocasiones, su genio, liberal por naturaleza, vencía su prudencia y el pueblo se dió cuenta de que les convenía dar alas a este vicio regocijándose a la llegada de las embarcaciones de los comerciantes como señal de que ya podían dar gusto a sus deseos de beber, a la satisfacción de los cuales el Rey también se entregaría, y en los momentos de total abandono, les haría valiosos presentes. Bajo tales circunstancias, no es sorprendente que George Frederick no hiciera realidad las esperanzas de los que esperaban grandes cosas de él. Cuando estaba recién llegado, el Gobierno Británico le hizo obsequios de ropa, frazadas, telas y otros artículos para que los distribuyera entre sus súbditos y creara buenas relaciones con ellos, manteniendo

así su autoridad; en esas ocasiones el Reverendo Armstrong no dejaba de enviarle cartas con consejos respecto al modo en que debía de conducirse y los deberes que tenía para con su pueblo, incluyendo asimismo trozos religiosos a los que no hacía caso, opinando el Rey y su Primer Ministro que mejor habrían quedado enviándoles un presente de ron, pues les era imposible enseñar al pueblo ideas religiosas que el mismo Rey no comprendía y que todos consideraban un "manejo de mentiras de los Ingleses". Era generoso por naturaleza y bastante inteligente, y es lamentable que no hubiera recibido una educación Europea en vez de la deficiente educación que recibió en las Indias Occidentales. Con la primera es muy probable que hubiera adquirido buenas costumbres y que se hubiera dado una idea de la importancia del orden y el buen gobierno, en cambio con la educación que recibió, aprendió muy pocas cosas verdaderamente útiles y más bien combinó, como si dijéramos, las malas cualidades de los Europeos y los Criollos con los vicios de los Sambos y el mal carácter de los Indios, todo lo cual se juntó para amargarle la vida y a la larga, causarle la muerte. (*) Colón y los tripulantes de su cuarto viaje fueron los primeros Europeos que pusieron los pies en el Cabo.

El terreno de esta región es bastante malo y no produce nada salvo hierba áspera que se utiliza como pasto para las bestias, con la excepción de unos cuantos sitios en que se da un poco de cazabe. Por lo tanto, la población, incluso el Rey, tiene que obtener sus plátanos, maíz y otras provisiones de Hills, Croatch River y Great Cape River.

Eso, junto con la falta de agua y de animales de caza, hace que el Cabo no sea buen lugar para una colonia agrícola. Pero en cambio tiene muchas ventajas como punto comercial y para pastos; tiene una pequeña bahía que es puerto excelente, totalmente protegido de todos los vientos, aunque en algunos sitios queda abierto al viento sur, pero éste raramente sopla. La bahía puede dar cabida a una flota entera en agua con profundidad de tres a cinco brazas, buen anclaje y abundancia de pesca. Además, en la estación adecuada se ve visitado por bastantes zarcetas y mareas (especie de pato). No queda lejos de los Cayos Misquitos donde se puede conseguir en todo tiempo gran abundancia de tortuga verde. Es quizás gracias a ésto último que el Cabo no es un sitio desierto, pues las embarcaciones que ahí se detienen lo hacen solo por la abundancia de tortugas y carey y para comunicarse con el Rey.

Se dice que el "Great Cape River", o Wanks tiene su origen en la misma región montañosa que más hacia el Pacífico da origen también al Río de Bluefields o Río de Nueva Segovia: los Bucaneros que hace como 120 años se abrieron paso desde el Golfo de Fonseca hasta la ciudad Española de Nueva Segovia y de allí, después de recorrer un corto

(*) Se dice que fué asesinado en 1824, pero nunca pude averiguar las razones inmediatas que llevaron a la catástrofe. A solicitud de los jefes, el Coronel George Woodbine de San Andrés accedió a ser el "chairman" en las investigaciones que se realizaron y he oído decir que algunos de los implicados en el asesinato fueron condenados a muerte. Le sucedió Roberto, que a su vez fué sucedido por James, quien es descendiente de una rama mas antigua de la familia.

trecho hasta llegar al río, descendieron por él hacia el Atlántico en balsas, describen la región diciendo que estaba compuesta de escarpadas y rocosas montañas con muchas caídas de agua (cascadas), que el río sigue su curso sobre prodigiosos peñascos y que corre con bastante rapidez hasta sesenta leguas de su desembocadura. Se dice que su longitud es de 200 a 300 millas y que pasa por una de las regiones más ricas y más románticas de América Central. Como a cuarenta o cincuenta millas de su desembocadura, el terreno se torna arenoso, bajo y pobre en general, con algunos pinares de tea y uno que otro pedazo de terreno fértil. Pero a pesar de que la tierra se presta para el cultivo del pasto, y en ella podrían pacer miles de cabezas de ganado, éste es excesivamente escaso.

"Cape River" desemboca en el mar cierta distancia al norte de la bahía, y hay una comunicación, como especie de canal de poca profundidad, entre la parte superior de ésta y el río, por la cual pueden transitar canoas. Este canal fácilmente podría ser agrandado para evitarle a muchas embarcaciones pequeñas la pasada por los bancos de arena en la desembocadura del río, donde la profundidad raramente era mayor de cuatro o cinco pies. Si se formaran establecimientos comerciales en el Cabo, las embarcaciones podrían pasar todo el año ancladas en la parte superior del puerto sin ningún peligro, y si hubiera suficiente estímulo para el comercio, los productos del interior serían recogidos y traídos por el río y el canal hasta la bahía, de donde podrían ser exportados sin interrupción en todas las estaciones del año.

Por lo que ya he relatado, el lector se habrá dado cuenta de que la región bajo el mando de Clementi y parte de la que está bajo el mando de Robinson está habitada casi exclusivamente por tribus de Indios puros (es decir sin mezcla con otras razas), a quienes pertenecen los terrenos más fértiles y cuyo modo de vida, costumbres y lenguaje son esencialmente diferentes de los de los Misquitos, los cuales tienen que depender de los primeros para obtener animales de caza y otras provisiones.

En general, esos Indios son de temperamento pacífico y benigno, y es en esto que se diferencian grandemente de sus jefes Misquitos, quienes parecen haber heredado de sus antepasados de la raza negra un espíritu emprendedor que los obliga a mantenerse en constante actividad, en contraste con los Indios genuinos quienes disfrutan de un modo de vida pacífico y sosegado: por tanto, los Misquitos se dedican más a la pesca que a la agricultura, y a pesar de que tras mucho batallar, han podido llegar a tener bastante influencia, desde el punto de vista moral no son tan estimables como los Indios puros, pues son traicioneros, supersticiosos y mucho más inclinados a los excesos. En general, el Indio siempre dice la verdad mientras que el Sambo, con muy pocas excepciones, no duda en violar cualquier principio de la decencia y honestidad para conseguir lo que desea. Sin embargo, son hospitalarios y en caso de emergencia cuando se han sentido amenazados, no han titubeado un momento en aliarse con sus vecinos para luchar contra los Españoles y para defender su libertad cuando se consideran que están en peligro. Se cree que sus antepasados de

la raza negra eran Africanos de la región de Samba que naufragaron en esta costa a bordo de una embarcación Holandesa y que habiendo recuperado su libertad de esa manera, se dirigieron hacia el Cabo Gracias a Dios. Después de varios choques con los nativos, llegaron a un acuerdo con ellos y se les dieron esposas y tierras, y sus descendientes se han casado con los nativos y los descendientes de éstos a su vez han hecho lo mismo hasta que se han convertido hasta cierto punto en Indios, quienes, bajo la dirección de hombres prudentes y activos, mantendrían su dignidad. Sin embargo, no es improbable que los Indios puros, cuyo número es mayor que el de cualquier otra raza, se subleven dentro de poco, estimulados por la estupidez e imprudencia de sus jefes, los cuales únicamente los han podido mantener sujetos gracias al amor por la paz que sienten los Indios, al odio hacia los Españoles y a las discordias que han sembrado entre ellos los Misquitos. Aún hay otro grupo cuya sublevación y venganza puede ser fatal y esos son los Kharibeas (Caribes). Estos son de piel más oscura y más industriosos que las dos tribus ya mencionadas (Indios y Misquitos), y si siguen multiplicándose como hasta ahora lo han hecho, llegarán a obtener totalmente la supremacía, al menos en la región al Norte del Cabo.

Durante mi estadía con el Rey lo acompañé en varias excursiones por la costa y al interior del país, en especial a Black River, que queda en la región de los Poyais, y que ahora está en manos del General MacGregor. En esa excursión tuve la oportunidad de ver las principales colonias a lo largo de la costa al norte del Cabo Gracias a Dios, y para continuar con el estilo narrativo que he adoptado para hacer este relato, me limitaré a narrar lo visto y acontecido en esta excursión, dejando el informe acerca de los Kharibeas (Caribes) hasta para después de mi regreso del viaje a Nicaragua y a la Ciudad de León, pues no fué sino hasta entonces que tuve la ocasión de visitarlos.

Algunos Ingleses y un Norteamericano habían llegado a Black River al enterarse de la riqueza del suelo de esa región, con la intención de hacer allí una colonia, y ahora el Rey estaba deseoso de visitarlos y darles su apoyo. Salimos del Cabo en una gran embarcación como con doce personas. Al recorrer la costa pasamos el Cabo Falso (False Cape) que está como a veinticinco millas de "Great Cape River". Luego pasamos el Río Croatch, no distante del Cabo Falso: es de magnitud considerable con una profundidad de nueve o diez pies en la barra. El suelo de sus riberas es fértil, aunque no muy elevado, y produce grandes cantidades de plátanos y otros productos con los cuales los Sambos, que son sus moradores, abastecen a la población del Cabo.

Luego nos detuvimos en Kukari, que está situada en una fértil sabana y que tiene en frente una extensión de la Laguna de Caratasca, al borde de la cual desembarcamos y nos dirigimos a la casa del hombre principal, conocido con el nombre de El Carpintero, persona de innata inteligencia y el único nativo de oficio mecánico en toda la costa. Es experto en la reparación de viejos mosquetes, fabrica cajas de fusil, repara las llaves de armas de fuego y hace todas las reparaciones que requieren

cierta habilidad. Este hombre ha sido víctima desde su infancia de una singular enfermedad que es hereditaria en su familia conocida por los nativos con el nombre de "bulpis", que se supone es de naturaleza escrofulosa y muy parecida a la que causa las características de los Albinos: como consecuencia de la enfermedad, su cuerpo estaba totalmente cubierto de lamparones blancos y cafés pero su piel no tenía asperezas. Según pude apreciar, la enfermedad no le había afectado en nada la vista ni había causado perjuicio a su salud en general.

De Kukari seguimos por la extensión de la laguna hasta la misma Croata, cuya entrada (la Bahía de Cartago de los Españoles) se puede encontrar fácilmente al navegar por la costa, pues aunque el terreno a ambos lados de ésta es bastante bajo, la entrada es ancha y hay unas cuantas palmeras de coco bien visibles en Croata, muy cerca de la entrada. Son estas palmeras las únicas de esa clase en toda la costa al Este de "Patook River". Tiene un ancho considerable y en ciertos sitios pareciera que varias lagunas se juntaran unas con otras en línea paralela a la costa. Una de esas lagunas se extiende hasta muy cerca del Río Patook y se comunica con él por medio de un estrecho arroyuelo. Tiene gran abundancia de peces tales como barbos de mar, manafíes y otros y también recibe la visita de innumerables patos, marecas, zarcetas y otros animales acuáticos. Los sambos tienen varias colonias al extremo occidental de la entrada a la Laguna de Caratasca y hay muchos Indios puros que viven pacíficamente en el interior o en las riberas de los ríos que en ella desembocan. El terreno de esa región consiste de bellas sabanas casi en su totalidad, las cuales están cubiertas de pastos y en ellas abundan los venados y otros animales de caza. Antes abundaba el ganado, pero los mosquitos han vendido todo el ganado que han podido a los comerciantes que con frecuencia visitan la Laguna. En Croata hay pocos pinos, pero en su lado opuesto o lado de tierra firme hay sierras cubiertas de hermosos pinares. Más allá de esas sierras, en dirección oeste, las sabanas se ven rodeadas de colinas cuyas cimas están cubiertas de exuberante vegetación. Hay excelente caoba y cedro en las riberas de los ríos del interior, siendo esta madera de finísima calidad. También se da la pimienta y otras plantas valiosas. Crota o Croata, la colonia principal, está como a tres millas de la entrada a la Laguna. Fuimos recibidos por Morton y su hijo Washington quienes nos agasajaron de una manera muy cordial; el primero acababa de suceder en el mando al Capitán Potts, quien en vida fuera muy conocido en la Bahía de Honduras como jefe de esta colonia. En Crota permanecemos dos días durante los cuales fuimos atendidos con toda fineza. Durante nuestra estadía allí el Rey y su gente estuvieron en gran animación debido al siguiente suceso. Alguien había encontrado sobre la costa un tonel de vino blanco y lo había arrastrado hasta la residencia de Morton, quien lo abrió junto con sus vecinos y todos bebieron varios días hasta que se lo acabaron. Luego los hombres se enteraron de que las mujeres habían encontrado otro tonel y lo habían escondido para consumirlo ellas solas. Morton, al amonestarlas por su mal proceder, les dijo que "emborracharse no era parte del modo

de conducirse de una verdadera dama Inglesa"; por tanto, este tonel también fue llevado a casa de Morton y los hombres empezaron a beber de nuevo hasta saciarse. Lo que les sobró que era como medio tonel, nos lo dieron, y cuando ya los de nuestro grupo habían bebido todo lo que les fue posible, guardaron el resto como provisión para ser consumida en alta mar.

Continuando nuestro viaje, navegamos dentro de la Laguna hasta llegar a Tabacounta, un pequeño río que nace de una extensión de la Laguna y desemboca en el mar como a cinco millas de Patook. Este pequeño río tiene una profundidad de solo tres o cuatro pies a su entrada y cuando hace buen tiempo solo las canoas más pequeñas pueden penetrar en él. La misma noche llegamos a Patook River, de donde provenía una fuerte corriente. La barra, que generalmente tiene una profundidad de ocho o diez pies, cambia de lugar en la época lluviosa o durante los fuertes ventarrones dejando a veces una profundidad suficiente como para dar paso a embarcaciones de peso considerable. Las mareas, que casi nunca alcanzan más de unos pocos pies, afectan al río por un trecho de varias millas en la época lluviosa. Este río es de considerable magnitud, siendo aumentado su volumen por varios tributarios, de los cuales el principal es el Río Barba de los Españoles. Además de la entrada que ya he mencionado, tiene una menor que desemboca en la Laguna de Brewer. Esta rama del río tiene su origen en unas sierras montañosas que la separan del "Great Cape River" y se estima que su curso excede las ciento cincuenta millas. Hay algunos bajíos (sitios en que el agua es poco profunda) peligrosos cerca de la entrada principal del río y hay un gran banco de arena como de dos millas de largo a partir de Punta Patook ("Patook Point") en el lado Este, sobre el cual el agua es de muy poca profundidad. El suelo de esta región es muy fértil y las provisiones son abundantes en esta colonia compuesta principalmente de negros que en un tiempo pertenecieron a Mr. Hewlet, un comerciante que hace algún tiempo se estableció en Black River. Esos negros y sus descendientes se han establecido aquí igual que lo han hecho los de Bluefields y Laguna de Perlas. Tienen ganado, caballos, puercos, aves de corral, etc. Una parte de esos animales la mantienen lista para ser vendidos en cualquier momento. Entre otras cosas, también cultivan tabaco y arroz, los cuales se dan muy bien. Estos dos productos los ocupan como artículos para hacer canjes con sus vecinos los Kharibeas (Caribes) quienes los venden en la Bahía de Honduras.

Solamente hay tres familias Misquitas en esta colonia que está situada en la ribera derecha del río, como a media milla del mar. El jefe de la colonia es Jack, un anciano negro que fue amigo predilecto del difunto Rey Misquito, y a quien el actual Rey, George Frederick, ha confiado el cuidado de la Corona y otros objetos reales que el primero guarda celosamente. El difunto Rey había escondido una suma considerable de dinero en un sitio que solo este hombre conocía, y por su honradez pudo el actual Rey recuperarla íntegra. Jack me informó que en más de una ocasión había ascendido por el río hasta llegar a las colonias de los Españoles con quienes de

vez en cuando hacía canjes de artículos que le llevaban los Caribes. También me dijo que en una parte, el río se ha abierto paso por una cadena de colinas, una de las cuales fue excavada en su base por la fuerza de la corriente de manera que los bojes pasaban por debajo, como quien pasa por un túnel, una distancia de 500 yardas aproximadamente. Además, el río se ve frecuentado por grandes lagartos, pero éstos casi nunca son dañinos. Sus riberas son muy fértiles y producen bananos y plátanos de óptima calidad, siendo esta calidad una medida, como si dijéramos, de la excelencia del suelo. Dos Caribes llegaron a visitar al Rey, y durante nuestra estadía, tuvimos el gusto de saborear su pan, cuyo método de preparación tendré luego la ocasión de describir.

Como todo parecía indicar que se avecinaba una tempestad, el Rey decidió continuar por tierra, dejando atrás a la mayoría de su gente.

Los nativos de esta colonia tienen gran número de caballos que han obtenido en Caratasca, pero como no los usan mucho ni los venden, y se han multiplicado de tal manera que en todas las sabanas aledañas se ve gran número de estas bestias en estado semi salvaje, aunque según pude ver, son dóciles y no es difícil amaestrarlos y acostumarlos a la albarda o entrenarlos para cualquier otro tipo de trabajo. Al tercer día de nuestra llegada emprendimos el viaje hacia la Laguna de Brewer en dos caballos que nos fueron facilitados. La ruta que seguimos se extendía a lo largo de la costa y de vez en cuando por las sabanas que están paralelas a ésta. Como a cuatro millas de distancia de Patook está situada la primer colonia de los Caribes, quienes se han extendido desde Trujillo, a lo largo de la costa, hasta este sitio, los Caribes son amigos predilectos del actual Rey. Nos detuvimos más de una vez a conversar con los ancianos, quienes en todo momento dieron una cordial bienvenida al Rey y se mostraron deseosos de atendernos lo mejor que podían. Los hombres llevaban camisas y pantalones y las mujeres iban casi completamente desnudas, simplemente cubiertas por dos trozos de tela de calicó de un tamaño no mayor que el de un pañuelo, uno por delante y otro por detrás, ajustados al cuerpo con fibras de lo que llaman "silk grass". Sus modales eran más bien tímidos y recelosas, cuando nos veían, las niñas corrían a esconderse a algún sitio de donde consideraban que nos podían ver sin ser vistas.

Pasamos la noche en la última casa Caribe de este grupo, cerca de una extensión de la Laguna de Brewer. Allí dejamos nuestros caballos y nos embarcamos en una canoa en la que llegamos hasta la entrada a la Laguna, a una distancia como de diez millas. La entrada es bastante grande, pero no para embarcaciones que necesiten agua de una profundidad mayor de los nueve pies. A tres o cuatro millas de la entrada hay una pequeña isla no muy elevada, como de dos millas de circunferencia, muy fértil y que antaño estuvo fortificada por los Ingleses quienes la usaron para la cría de ganado y el cultivo. Actualmente se encuentra cubierta de árboles y manglares. Algunos de los rifles de los Ingleses aún se encuentran en los mismos sitios en que los dejaron. Se podría volver a fortificar con

muy poco gasto y sería un sitio excelente para el comercio o para una colonia o plantación de Europeos. La Laguna tiene abundancia de excelentes os tras, además de peces y aves en abundancia. Al lado Oeste de la Laguna hay hermosas colinas, valles y praderas, y en general, se puede decir que el suelo es excelente.

Como a dos millas de la entrada de la Laguna está Plantain River: un río no muy caudaloso con una barra muy peligrosa por la que únicamente pueden pasar canoas. En las riberas de Plantain River está situada la residencia del "General" Robinson, uno de los jefes que ya ha sido mencionado. El General no se encontraba en su residencia en ese momento sino que estaba en la Bahía de Honduras vendiendo una cantidad de zarzaparrilla y otros productos que había obtenido con los Indios Poyer, quienes tienen una colonia en la parte superior de este río. No aguardamos su regreso sino que cruzamos el río y continuamos nuestro viaje siguiendo las riberas por una distancia de media milla, entonces penetramos en una sabana desde cuyas sierras pudimos contemplar un bello panorama de toda la región, incluyendo la Montaña del Terrón de Azúcar, Richmond Hill y otros puntos elevados aledaños a Black River. Al llegar a la Laguna de Black River, que mide 14 ó 16 millas de largo y la mitad de eso de ancho, nos dirigimos en canoas a su entrada. En su interior hay varias islas pequeñas, algunas de las cuales fueron cultivadas o empleadas para la cría de ganado cuando los Ingleses mandaban en Black River. Está rodeada de extensas sabanas y pinares de los que los anteriores habitantes extraían cantidades considerables de alquitrán, brea y trementina. Las ruinas de la industria de extracción de esos productos aún se pueden apreciar, y a juzgar por su actual apariencia, se llega a la conclusión de que fueron de regular magnitud. Nos encontramos con grandes manadas de palomas, zarcefes, pafos y otras aves que todas las mañanas pasaban volando sobre nuestras cabezas por centenares. A un extremo de la Laguna entramos en un canal natural de ancho moderado, de unas tres millas de longitud y de profundidad considerable, el cual conectaba a la Laguna con Black River.

Después de haber recorrido la parte principal del río, llegamos al sitio donde los Ingleses en otro tiempo tuvieron una pequeña fortaleza, la cual fué construida para protección de la colonia. El sitio nos pareció muy apropiado para eso. En su tiempo, la fortaleza había estado rodeada por una zanja o foso, y con poco gasto podría ser restaurada fácilmente. Más adelante llegamos a una colonia nueva a orillas de un afluente del río, como a tres millas de su entrada. El punto nos pareció muy inadecuado para una colonia porque era demasiado bajo. Ya se habían levantado algunas casas en el mismo sitio en donde había estado la vieja colonia, siendo los constructores y dueños de estas nuevas viviendas el Coronel Gordon, el Capitán Murray y su esposa, el Capitán Hosmore y su hijo, y tres o cuatro blancos más. Este grupo, cuyo hombre principal era el Coronel Gordon, ya había residido allí durante algún tiempo cuando llegaron los otros moradores. Ya habían limpiado gran parte del terreno y habían hecho una siembra en la que cosecharon

aproximadamente 500 "bushels" (medida para áridos igual a 36.35 litros) de maíz que Gordon había llevado a Trujillo, pues ya tenía arreglado con el comandante de ese lugar, que le compraría todo lo que cosechara. Este maíz era de igual calidad, o quizás superior al que se da en los Estados Sureños de Estados Unidos. Un Norteamericano, Mr. Warren, estaba al frente de las siembras del Coronel y todos esperaban buenas cosechas y gran demanda para sus productos. Hosmore y otro Inglés habían hecho un viaje sobre el río hasta la colonia de los Indios Poyer para hacerles una visita. La primer colonia de éstos queda como a cuarenta millas de la desembocadura del río y sus colonias llegan hasta el Embarcadero de los Españoles, o sea unas cincuenta millas más adentro. Al llegar a la colonia, Hosmore y su compañero enviaron a un Indio a la ciudad Española de Manto, conocida también con el nombre de Olancho el Viejo, con la intención de averiguar hasta qué punto se podían reanudar las relaciones comerciales de antaño con los moradores de ese lugar. Fue muy bien recibido y regresó portando cartas de varios "jefes" en las que invitaban a Hosmore a que fuera a Manto, asimismo enviaron con el Indio unas cuantas mulas para que hiciera el viaje y les llevara los productos que pudiera. Hosmore inmediatamente aceptó la invitación y acudió a Manto donde fue recibido amablemente. Le propusieron darle zarzaparrilla, ganado y otros productos a cambio de artículos secos. También le ofrecieron mulas y ganado para ayudarlos a establecer su colonia, pero como Hosmore no tenía en qué llevárselos, tuvo que rechazar la oferta. Le confesaron que al retirarse los Ingleses de Black River, ellos habían perdido mucho de su comercio y prosperidad, y por lo tanto ahora estaban ansiosos de entablar relaciones comerciales y amistosas con los nuevos colonizadores. Hosmore aprovechó la ocasión para averiguar en qué estado se encontraban actualmente las minas de esa región y consiguió unas muestras del oro y plata que producen, siendo las muestras de plata de igual calidad que las que yo había visto en el Pacífico con el nombre de "Plata de Mina". Algunos de los anteriores colonizadores conocían la situación en que se encontraban las minas, y una ocasión, el Coronel Despard intentó hacer un estudio completo, pero fracasó porque no era la época adecuada del año. Hosmore me dijo que se había detenida en su viaje de regreso para examinar dos fuentes minerales, una caliente y la otra fría, situadas muy cerca la una de la otra, en un lugar no muy lejos de donde se juntaban dos afluentes del río. Quedan en la base de una extensa cadena de montañas que se extiende en dirección Oeste y que sin duda conecta con las montañas que forman una barrera entre los Españoles de Nicaragua y las diferentes tribus de Indios al Norte y Este del país.

La parte más alta de esas montañas parece estar, a juzgar por el curso de los ríos, a la altura del extremo superior de la región de los Indios Poyer, y al igual que el extremo Este, que está en manos de los Españoles, tiene ricas minas de oro y plata. También me contó Hosmore que se había detenido en las ruinas de una antigua plantación Inglesa en la que habían muchos árboles de plátano y banano, lo mismo que piñales, cafetales, etc. El padre de

Hosmore había trasplantado de este lugar cientos de plantas de café, pero dudo que el trasplante haya tenido éxito porque las plantas no se adaptan fácilmente a vivir en un suelo pobre, especialmente después de haber crecido en suelo fértil. Sin embargo habían frijoles, repollo, guisantes y otras verduras que sí se pudieron trasplantar exitosamente. Los moradores de la nueva colonia no tenían problema para conseguir pescado pues con solo tirar las redes una vez atrapaban suficientes peces para el consumo de varios días. Además, siempre habían abundancia de animales de caza cerca del río y en el monte. Por esas razones y también por motivos de conveniencia comercial, decidieron quedarse en este sitio por el momento en vez de formar su colonia un poco más allá donde el terreno era más fértil. Nos mostraron las ruinas de una iglesia, de un hospital, de varias casas de ladrillo de barro, y de un aserradero, todo lo cual ayudaba a formarse una idea de lo industrioso que eran los anteriores habitantes de esa colonia.

Nos contaron el caso de uno de los anteriores moradores de la colonia, el cual nos demuestra hasta qué punto estaban ellos apegados a su localidad. Cuando los actuales colonizadores llegaron, se encontraron en el lugar a un anciano de nombre Austin, quien había sido residente de esa colonia en sus tiempos de prosperidad. Tenía casi noventa años, y después de muchas aventuras, había decidido regresar a su vieja colonia para pasar sus últimos días allí y ser enterrado al lado de sus antiguos compañeros. A instancias suyas buscaron en las ruinas del viejo cementerio la tumba de uno de sus compañeros más queridos, al encontrarla, él mismo la limpió y la visitaba todos los días hasta que murió, lo cual sucedió a las pocas semanas de la llegada de nuestros informantes. Estos, fieles a la promesa hecha al anciano, lo enterraron al lado de su querido amigo.

Después de permanecer allí unos cuantos días, el Rey consideró que era necesario regresar al Cabo para celebrar las Navidades con sus jefes principales, como era costumbre. También creyó conveniente detenerse para visitar al General Robinson, quien ya había regresado de su viaje acompañado de varios jefes. Salimos de Black River por la mañana y llegamos a la colonia del General al anochecer. En casa del General Robinson se gozaba de cierta comodidad, tenía varios esclavos Indios y negros y unas cuantas cabezas de ganado que pacían sobre las praderas en la ribera derecha del río, en frente de la colonia. Cuando llegamos, el General estaba ocupado recibiendo zarzaparrilla que le habían llevado los Indios Poyer y otros Indios, a quienes pagaba el precio que consideraba adecuado. La zarzaparrilla es abundante en toda la región comprendida entre Cabo Camaron y el Cabo de Honduras, pero los nativos sólo cortan lo que necesitan para obtener las cosas que les son más indispensables.

Robinson nos recibió en compañía de sus hermanos Barras y Roncell, y de algunos de los otros jefes. Se portaron un poco fríos con el Rey a instancias de Robinson, quien se consideraba como jefe independiente. Regresamos a Crota por el mismo camino que habíamos tomado en el viaje de ida, y al pasar por las diferentes colonias, muchos Cari-

bes y algunos negros de Patook se quejaron ante el Rey de la mala conducta de Barras, de lo que luego tendré ocasión de hablar, y pedían a éste que interviniera. En Crota nos recibieron con la misma amabilidad que es natural en toda esta gente. Mataron un buey y nos obsequiaron su carne para que la utilizáramos como provisión, y cuando nos embarcamos para cruzar la Laguna de Caratasca, nos regalaron otro y al mismo tiempo una gran cantidad de vino, como regalo de Navidad. Continuando

nuestro viaje de regreso por el Cabo Falso ("False Cape"), llegamos a una colonia situada a orillas de una pradera al borde de Great Cape River. El jefe del lugar, un señor de nombre Hamlar, nos facilitó un "dory" (tipo de embarcación) en el que descendimos por el río hasta hacer nuestra entrada en la parte superior del puerto por la comunicación que ya hemos descrito. En total estuvimos ausentes del Cabo por espacio de catorce días.

Capítulo VIII

Puerto de San Juan de Nicaragua. — Ataque de un crucero independiente. — Tomado como espía. — Juicio y escape. — Conducta de los indios. — Enviado a San Carlos. — Bongos. — El fuerte o batería y entradas al Río. — Manatíes. — Sarapiquí. — Expedición del Comodoro Mitchell. — Islas. — Raudales. — Lagartos. — Llegada al Castillo de San Juan. — Su estado actual. — El gran raudal. — Antiguas informaciones incorrectas respecto al Río.

Poco tiempo después del viaje que acabo de narrar, visité Belice donde pude hacer arreglos, sancionados por el Rey Misquito, para poder entrar en negocios con los Indios. Mientras estuve haciendo esos arreglos continué haciendo mis viajes cortos por toda la costa, haciendo visitas a los indios y Misquitos y residiendo en sus colonias.

Uno de esos viajes tuvo un final inesperado que me brindó la oportunidad de visitar el interior de la América Central y llegar hasta la ciudad de León, la cual no dista mucho del Mar del Sur.

En el año 1802 salí de Cabo Gracias a Dios a bordo de un esmaque (tipo de embarcación pequeña) de unas quince toneladas, cargado de productos cuyo valor total era de unas quinientas libras, con la intención de recorrer toda la costa hasta la desembocadura del río Cocle, deteniéndome en todos los ríos y colonias en que pudiera conseguir carey y otros productos que me interesaban. El Rey me ofreció a tres de sus hombres para que me acompañaran hasta Prinzapulko, donde yo sabía que podía conseguir mis propios asistentes para el resto del viaje. Consegui una cantidad considerable de carey en Duckwarra y Sandy Bay. De allí seguí con destino a Brancman donde me entrevisté con el Gobernador Clementi, con quien quedé de acuerdo en que les compraría todo el carey y otros productos similares que su gente pudiera recoger. Al llegar a Prinzapolka contraté como asistentes a un Indio vivaz de nombre Brown y a tres hombres más para que me acompañaran y me ayudaran. Ya he hecho mención de Brown en una parte anterior de este relato: había sido criado en un hogar de familia Criolla en Laguna de Perlas y hablaba bien el Inglés. Quedamos de acuerdo en que les pagaría en artículos y especies la suma de cinco dólares mensuales a cada uno a cambio de sus servicios. Por ese precio podría haber contratado los servicios de hombres Blancos o Criollos en Laguna de Perlas, pero preferí a los Indios porque en mi opinión aguantan más, se cansan menos, son más humildes y conformes y más dóciles y serviciales— por lo tanto, más adaptados para lo que yo los necesitaba.

Con ellos abandoné Prinzapulko a principios del mes de Junio, y después de hacer comercio en

Great River, Laguna de Perlas, Bluefields y la colonia de Rama en Punta Gorda, llegué al puerto de San Juan de Nicaragua. Apenas empezaba a amanecer cuando arribé al puerto, y no me había percatado de la presencia de dos goletas que allí estaban, cuando ya ellos me apuntaban con sus cañones. La presencia de esas dos embarcaciones alarmó a mis Indios, pero ya era demasiado tarde para huir. Apenas hube anclado se me arrió un bote lleno de gente. El oficial a su mando ordenó que mi embarcación fuera registrada por dentro y adoptó una actitud de gran importancia, como si hubiera hecho una captura valiosísima. Yo sabía que los Españoles aprovechaban cuanta oportunidad se les ofrecía para comprar a los Indios que hacen el recorrido por la costa, ciertos productos secos, y que los comandantes del Puerto de San Juan y del Castillo de San Carlos, no solamente se hacen los de la vista gorda en lo que se refiere a estos contrabandos, sino que también compran, pagando el precio en oro o en dólares. Sin embargo yo aún abrigaba mis temores porque llevaba en la carga una cantidad considerable de pólvora y machetes, los cuales son estrictamente artículos de contrabando.

Pero, al contrario de lo que yo esperaba, el Comandante de la fortaleza, al enterarse de la finalidad de mi viaje, me dijo que quedaba en libertad de marcharme en cualquier momento que así lo deseara.

Las goletas eran: "Flor del Mar", de diez cañones y "Estrella" de ocho cañones, cada uno de seis libras. Ambas con un cañón de dieciocho libras montado sobre un eje. Originalmente estas goletas habían sido corsarios Americanos, de más de doscientas cincuenta toneladas la más pequeña, y con una tripulación de cincuenta hombres cada una. El Capitán de "Flor del Mar", deseoso de obtener informes por mi medio, insistió en que yo lo acompañara a desayunar. Mientras disfrutaba de su compañía, el vigilante divisó, desde lo alto del mástil, una embarcación de velas que venía en la misma dirección en que yo había llegado. Al instante todo fué confusión y prisa. Todos querían saber qué sabía yo de esta embarcación: en vano les respondía que no sabía nada, y les sugerí que quizás per-

cí la cooperación de mis Indios para ayudar a dis-
tencencia a los comerciantes de Jamaica. Mis respues-
tas y comentarios eran recibidos con recelo e incre-
dibilidad. Sin embargo, al poco rato salimos de dudar:
se pudo comprobar que la embarcación que se
aproximaba era un bergantín de guerra, y a conti-
nuación se comenzaron los preparativos para la ac-
ción.

Al ver que mis cosas estaban en peligro, fui al
comandante de la fortaleza y le pedí que mi peque-
ña embarcación fuera llevada al río donde estaría
fuera de peligro. A cambio por este favor le ofre-
parar los cañones de la fortaleza, y mi cooperación
para ayudar al Capitán del "Estrella". El Coman-
dante contestó que sus oficiales sospechaban que yo
era espía del bergantín que se aproximaba, pero que
si prestaba mi cooperación para destruirlo, hasta cier-
to punto disiparía esas sospechas. Sin embargo, me
dijo que me dejaba libre para hacer lo que yo esti-
mara conveniente.

Las goletas, que tenían resortes en sus cables,
fueron ancladas de tal forma que sus cañones que-
daron apuntando a la entrada del puerto. Sus co-
mandantes dieron la orden de que se izaran las ban-
deras rojas, lo cual inmediatamente fué contestado
con un desafío similar de parte de la embarcación
que se aproximaba: bajaron las velas de juanete, y
al llegar al punto en que podían ser alcanzados por
los disparos de cañón, izaron los colores de Buenos
Aires. Entonces me dí cuenta de que era la embar-
cación "Centinela" bajo el mando de Brandford, un
valiente e intrépido oficial que anteriormente había
estado vinculado con el escuadrón Mexicano bajo el
mando de Sir MacGregor y el General Aurey. Acto
continuo los Españoles comenzaron a disparar des-
de tierra y también de las dos goletas, mientras el
bergantín avanzaba hacia ellos firmemente y en si-
lencio, evidentemente con la intención de abordar,
y si hubiera conseguido hacerlo, estoy seguro que
habrían sido capturados, porque no era sino con mu-
cho esfuerzo que los oficiales de las goletas podían
mantener disparando a los hombres. Afortunada-
mente para los Españoles, el viento se calmó en el
momento en que el bergantín hizo contacto con la
corriente ocasionada por la desembocadura del río,
por consiguiente se vió en la necesidad de tener que
dejar caer un ancla en un punto en que podían ha-
cerle blanco los disparos de mosquete provenientes
de la fortaleza y de las goletas. En esa posición de
desventaja el bergantín se dispuso a colocar un re-
sorte en su cable, y antes de hacer el primer dispa-
ro, apuntó sus cañones en dirección de las goletas,
que estaban tan cerca la una de la otra. En esa po-
sición, el "Centinela" continuó la acción por espacio
de cuatro horas, contra veintiocho cañones, siendo
el fortuito y mal dirigido fuego de los Españoles, lo
único que evitó que éstos lo echaran a pique.

Ya por entonces estaba muy dañado su casco y
aparejo, y decidieron cortar el cable y dejarse ir a la
deriva, ayudados por la corriente del río y por un
vientecito que sopló en ese momento, hasta un lugar
fuera del alcance de los disparos, con la intención
de contestar cualquier ataque si sus enemigos se
atrevían a agredirlos. En efecto, los oficiales Espa-
ñoles gritaron a sus hombres diciendo: "a bordo", "a
bordo", pero ninguno de ellos quiso dar el ejemplo

tirándose a los botes. Al día siguiente el "Centine-
la" llegó a las Islas del Maíz (Corn Islands) en un
estado de semi-hundimiento, pero hubo pocos muer-
tos tanto en un bando como en el otro.

Cuando aún me encontraba al lado del cañón
que había ayudado a disparar, los oficiales del "Flor
del Mar" subieron a bordo para felicitarnos por lo
que ellos deberían haber considerado una gran es-
capada en vez de una victoria. Uno de ellos se me
acercó y mirándome fijamente, aseguró conocerme
y reunió a los oficiales en una de las cubiertas pa-
ra manifestarles que era menester hacerme prisione-
ro porque en mí había reconocido a uno de los del
"Centinela". Les dijo que no hacía mucho tiempo
yo había asaltado su embarcación y lo había des-
pojado de todo, al mismo tiempo insultándolo y ul-
trajándolo. Esta acusación, después de que yo ha-
bía puesto mi vida en peligro por espacio de mu-
chas horas en defensa de sus embarcaciones, me de-
jó estupefacto, y esa reacción de estupor de mi parte,
fue tomada por ellos como prueba contundente de
mi culpabilidad. Pronto se esparció el rumor de
que se había encontrado un espía del bergantín re-
belde en el "Estrella", y cuando me trasladaron a
la otra goleta para hacerme prisionero, todos los de
la tripulación querían verme para ver si me reco-
nocían. Un individuo de aspecto de malvado tomó
la palabra y me acusó de ser el fabricante de las
velas del bergantín en cuestión, asegurando que
cuando fué capturado en su último viaje de la Ha-
bana a Trujillo, yo, en mi insaciable afán de pillaje,
le había desgarrado los pantalones con una navaja
al enterarme de que en los bolsillos andaba cierta
suma de dinero, y que al hacerlo, casi lo había ma-
tado.

Esas acusaciones fueron consideradas como
pruebas suficientes en mi contra, en vano fueron mis
protestas de inocencia, inmediatamente me esposaron
y me mandaron, vigilado por un guardia, a la
Fortaleza. Mis Indios se quedaron atónitos al ver
que era bajado a tierra en esa forma, y antes de que
pudiera dar explicaciones a Brown de lo sucedido,
me obligaron a que siguiera hacia la prisión.

A la mañana siguiente, a eso de las nueve, me
condujeron ante la presencia del comandante y un
número de oficiales que estaban reunidos, y estan-
do como estaban todos convencidos de que yo era
o había sido oficial del "Centinela", me pasaron un
papel para que lo firmara indicándome que conte-
nía todas las acusaciones que se me hacían además
de las declaraciones de los dos Españoles, quienes
habían declarado bajo juramento.

Por mi parte, yo me negué rotundamente a fir-
mar el papel, debido a que no conocía lo suficien-
tamente bien el idioma Castellano y no tenía un in-
térprete en quien pudiera confiar plenamente, pues
sabía que era completamente inocente, y si firmaba
me podría comprometer. Me mandaron de nuevo a
la cárcel y el comandante de la Fortaleza, Don Fran-
cisco Salablanca, al poco rato me mandó algo de
beber. Esa noche escuché la conversación entre dos
de mis guardas, en que uno decía al otro que los
oficiales estaban completamente seguros de que yo
era espía y por lo tanto habían decidido pasarme
por las armas sin demora. A la mañana siguiente
de nuevo me llevaron ante los jueces para que fir-

para el papel pero yo aún me negué a hacerlo. Después de una breve deliberación, un sargento y seis hombres me condujeron al fondo de la fortaleza, un hombre más llevaba un tonel vacío, y otro una silla para el comandante. Al llegar pusieron el tonel en el suelo y me dieron orden de que me sentara en él; el comandante colocó su silla cerca de mí y me comunicó por medio de un intérprete, que había sido juzgado de la manera usual y que el tribunal había llegado a la conclusión de que habían suficientes pruebas de que yo era oficial del "Centinela", que me había introducido en el puerto como espía, y por lo tanto ameritaba la pena de muerte inmediata. Por consiguiente, me sugirió que me encomendara a Dios Todopoderoso pues en cosa de media hora dejaría de vivir. Luego dió orden a los soldados de que cargaran sus armas y formaran una fila a una distancia de doce yardas. Cuando el sargento se me acercó para vendarme los ojos con un pañuelo, yo me negué a dejarme vender agitando la cabeza de un lado a otro como en señal de protesta por mi inocencia. En ese momento me percaté de la presencia de mis pobres Indios, quienes habían sido traídos para que presenciaran la ejecución. No puedo describir mi inquietud ante esta situación crítica. Mis Indios estaban muy encariñados conmigo, y entonaron los melancólicos lamentos que solían entonar al morir uno de los de su tribu. Me invadió la desesperación y todas las esperanzas se me esfumaron; pero recuperé el valor y me dirigí al comandante, que ahora estaba de pie, y le dije con voz entrecortada, mitad en Inglés y mitad en Español, que si se empeñaba en dar muerte a un inocente Inglés, podía morir sin que me vendaran. Todos guardaron silencio, con la excepción de mis pobres Indios, en esperas de la señal u orden que me enviaría a mejor vida. De pronto, en el momento en que encomendaba mi alma a Dios, escuché el chapoteo de remos en el agua, y un gran bote, que hasta ese momento había estado escondido tras los arbustos y el bambú, hizo su aparición muy cerca del sitio donde estábamos reunidos.

Inmediatamente me dió la sensación de que me podría escapar de la catástrofe, y a partir de ese momento, me conduje con mucho más arrojo y valor de lo que se podía esperar de una persona que estaba en la situación en que yo me encontraba. El comandante suspendió la ejecución y fui conducido a la prisión.

El bote resultó ser un expreso del gobierno que había bajado por el río desde el castillo de San Carlos llevando a bordo un refuerzo de hombres bajo el mando de un oficial que iba a reponer al actual comandante. En breve me dieron orden de que me presentara ante el nuevo comandante, a quien expliqué las razones por las cuales me había detenido en el puerto, el tiempo que tenía de vivir en la costa y qué clase de comercio hacía con los Indios. Le dije que tenía papeles en mi embarcación, que confirmaban como cierto todo lo que le estaba diciendo, pero desgraciadamente no pudo encontrar a nadie que se los tradujese.

Luego me dieron la orden de que estuviera listo para ser enviado en cualquier momento río arriba (es decir, por el Río San Juan), y que se lo comunicara a mis Indios, quienes ahora tenían permiso de

visitarme. Brown se convenció de que todo lo que sospechaba acerca de los Españoles era cierto, y desde entonces juró que se vengaría en cuanto tuviera la ocasión. Yo le dije que animara a los otros, que yo nunca los abandonaría aunque lo perdiera todo, y que contaba con que ellos me serían igualmente fieles.

De nuevo me llevaron ante el nuevo comandante, quien deseaba que firmara un inventario de los artículos que se habían encontrado en mi embarcación: pero me di cuenta de que este inventario estaba incompleto pues en él no se mencionaba ni un octavo de mis cosas. Las cerraduras de los baúles y cajones habían sido forzadas y saqueados casi todos sus contenidos.

Los soldados se habían apoderado de mis trajes y los llevaban puestos descaradamente en mi presencia, pero no tenía más remedio que conformarme con la seguridad que me daban de que en San Carlos se me haría justicia. Las provisiones que tenía en mi embarcación fueron bajadas para con ellas alimentarnos a mí y a mis Indios. He entrado en detalle minucioso de todo lo ocurrido, porque este episodio encierra una de las ocasiones en que estuve más cerca de la muerte, y al mismo tiempo porque en él se explican los motivos de mi viaje al interior de un país que, por el egoísmo de los Españoles, casi no ha podido ser visitado por los Ingleses.

Por la noche llegaron a la fortaleza, provenientes de las goletas, tres embarcaciones grandes, conocidas por los Españoles con el nombre de Bongos, cargadas de productos secos y botellones de ginebra Holandesa y cognac. A mí me pusieron en una de esas embarcaciones, junto con dos de los Indios, y los otros dos Indios fueron enviados a otra embarcación.

Me dejaron en libertad de poderme estirar, cuanto largo era, en la parte trasera de la embarcación. Los Indios fueron puestos en la parte delantera para que no pudiera haber comunicación entre nosotros. Estas embarcaciones eran botes que tenían una longitud de treinticinco a cuarenta pies. El fondo y los lados, hasta una altura de tres pies, están hechos de una sola pieza de caoba o cedro, generalmente de éste último, en forma curva como una canoa pero sin quilla. La popa era en forma cuadrada.

Los remos eran resistentes postes de unos doce pies de largo, al extremo de los cuales iba un tablón de cuatro pies de largo y dieciocho pulgadas de ancho, rematado en forma cónica a semejanza de una pala de remo; esos remos van sujetos al bote por medio de correas de cuero. En la parte trasera de estos bongos hay una cubierta de ocho pies de longitud protegida del sol y la lluvia por un toldo de cuero similar a los que se ponen sobre las carretas. Las embarcaciones miden seis o siete pies de ancho y necesitan de dieciseis a veintidos remos para desplazarse. Pueden llevar hasta dieciseis toneladas y son las embarcaciones más grandes que hasta el momento se han usado en este río. El "patrón" o jefe y los tripulantes eran originarios de Granada de Nicaragua, hombres bravos y robustos, descendientes de Indios. Los barqueros trabajan todo el día completamente desnudos.

El anterior comandante de la fortaleza y uno de los propietarios del "Flor del Mar" iban a bordo como pasajeros. A eso de las tres de la tarde hicimos nuestra entrada en el río por medio del canal que quedaba al norte o lado derecho.

La fortaleza, que más tarde tuve ocasión de examinar más detenidamente, se compone de doce cañones de veinticuatro libras cada uno, montados sobre una gruesa plataforma de madera. Dominan completamente la entrada del puerto y las dos desembocaduras del río. Detrás de los cañones hay unas cuantas casas para los oficiales y soldados, que por todo alojan un total de cien hombres aproximadamente. Más que una fortaleza, se le debería llamar batería disfrazada. La isla en que está situada tiene una circunferencia de menos de media milla y está casi en el centro de las dos entradas al río. El suelo es arenoso y está cubierto de bambú y arbustos de toda clase. La entrada del sur tiene un ancho de casi media milla, pero no tiene la suficiente profundidad para que por ella pueda pasar un bongo cargado. La otra, que es por donde entramos, no es tan ancha pues solo mide unas doscientas yardas. Su profundidad máxima es de siete pies y las más veces no pasaba de cinco. La corriente de ésta es bastante más fuerte que la de la otra, y la isla misma parece que se formó debido a la acumulación de arena, árboles, etc., que han sido arrastrados por la corriente y depositados allí durante la época lluviosa.

Nos arrimamos a la ribera en una parte no muy alta donde habían unas cuantas chozas. Aquí se bajaron los tripulantes para cocinar y me invitaron a que los acompañara. Yo contesté a su invitación señalando las cadenas que llevaba en los pies, que ya me habían inflamado las piernas y me tenían muy adolorido. Uno de los caballeros que iban en el bongo de nombre Don Raymundo a quien ya he mencionado antes, se interesó por mí, y después de una breve conversación con Salablanca, me hicieron darles mi palabra de honor de que no intentaría huir ni comunicarme con mis Indios. Luego el "Patrón" me libró de las cadenas.

Me invitaron a que los acompañara a cenar, después de cena nos retiramos a dormir en el bongo mientras los barqueros dormían en tierra alrededor de una hoguera que mantuvieron encendida toda la noche. No dormí bien por estar pensando en los asombrosos sucesos de los días pasados y en lo que me tendría reservado el porvenir, y poco después de la medianoche me despertaron con los preparativos para continuar el viaje. Mucho antes del amanecer ya todos estaban a bordo y el "Patrón" comenzó sus plegarias en voz alta. Los tripulantes contestaban a las oraciones y después todos juntos entonaron un himno a la Virgen. Todas esas plegarias surtían un efecto impresionante dada la hora en que estábamos y la quietud y soledad del río.

Proseguimos nuestro viaje acompañados por los otros dos bongos, y yo pude recuperar mis fuerzas un poco, durmiendo un rato. Pero mi sueño no tardó mucho porque Don Raymundo me despertó para que fuera a desayunar. Mientras comíamos, el bote fué atado a un árbol y al terminar de comer, los remeros regresaron a sus puestos. En todo el día no se notó mucha corriente, y el ancho del río en este

lugar era igual que en la entrada. En la tarde nos encontramos con una goleta de unas ochenta toneladas que había sido puesta en el río para su propia seguridad, después de ser descargada un poco pues estaba demasiado pesada. Todo esto se hizo antes de la llegada de otras dos goletas procedentes de La Habana.

La goleta de que hablamos venía de Porto Bello y su propietario había seguido hasta Granada para vender la carga y obtener otra embarcación. A la hora de la puesta del sol nos detuvimos y bajamos a comer, y después de comer nos retiramos a descansar igual que habíamos hecho la noche anterior. Como a las cuatro de la madrugada se repitieron las plegarias e himnos de costumbre, y después reanudamos nuestro viaje. El río continuaba igual que el día antes y su ancho parecía ser el mismo. Los bancos de arena eran bajos y estaban bordeados de hierba larga de la que se alimentaban los manatíes, siendo tan abundantes aquí estos extraños animales como en todos los demás ríos cercanos al puerto.

A la hora del desayuno llegamos a Sarapiquí, de donde parte un afluente en dirección Sur hasta juntarse con el Río Colorado, el que, como hemos dicho antes, desemboca en el mar como a diez millas del puerto de San Juan. El "Patrón" me dijo que este afluente del río distaba como treinta millas del puerto.

Hace algunos años, el celebrado Capitán Mitchell, que estaba al mando de un corsario independiente pertenecientes a Cartagena en los tiempos en que esa ciudad estaba en manos de los revolucionarios, ancló su embarcación cerca de la barra del Colorado y envió tres botes por el afluente del Sarapiquí hasta el Río San Juan, descendió por él y cogió de sorpresa las instalaciones del puerto antes de que los Españoles pudieran prepararse para el enemigo. En esta audaz maniobra logró capturar dos embarcaciones que estaban en el puerto junto con la mayor parte de sus cargas, las cuales estaban en tierra, listas para ser puestas a bordo.

La mayoría de los Españoles huyeron, pero Mitchell logró escapar con su bofín. Desde entonces nadie se ha atrevido a establecerse en Sarapiquí, aunque sería un sitio fácil de defender, pues está situado en un banco de arena bastante elevado, como veinte pies más alto que el nivel del río.

Habían solamente tres casas rodeadas de plantaciones de banano, cazabe y plátano, pero no había una sola alma. Permanecimos allí varias horas, y después del mediodía, reanudamos nuestra travesía. A pocas millas de allí encontramos una diferencia muy marcada en la corriente: el río se hizo más ancho y menos profundo, y en su centro habían unas cuantas islitas cuya longitud variaba entre un cuarto de milla y media milla. Los tres bongos navegaban muy cerca uno de otro y sus "Patrones" se consultaban con frecuencia para decidir el curso que debían tomar para evitar la corriente. En todo caso, siempre actuaban según la opinión del "Patrón" del bongo en que yo iba, pues éste parecía tener más experiencia que los demás en estas cosas. Ese día los remeros trabajaron más duro que el día anterior. Por la noche ataron sus embarcaciones a un árbol, cenaron y durmieron como de costumbre

y de nuevo reanudaron la travesía poco después de la media noche. Esa mañana llegamos a una parte bastante seca del río donde con mucha dificultad los veintidos remeros pudieron hacer frente a la corriente. Por otra parte, el fondo estaba tan lodoso que fué imposible que la embarcación pudiera ser remolcada por medio de cables. Había gran número de lagartos tomando el sol en los lodosos bancos de arena. De largo parecían troncos de árboles. El ruido de la embarcación y los cantos de los marineros siempre los asustaba y los hacía correr a meterse en el agua.

Después de pasar esta parte seca volvimos a entrar en aguas profundas. Nos detuvimos en una de las islas para tomar nuestro desayuno y allí nos encontramos con un Español acompañado por su sirviente de raza India. Venían con procedencia de Cartago y se dirigían a Granada con objeto de arreglar unos asuntos legales. Habían subido por el Río Colorado y el afluente del Sarapiquí hasta llegar al San Juan. Hablaron con el "Patrón" de nuestra embarcación para conseguir pasaje en ella y lo consiguieron, lo cual les alegró mucho.

Este Español hablaba algo de Inglés y con frecuencia les compraba cosas a los comerciantes de Matina. Por medio de él me enteré de que un comerciante Español, de Cartago, conocido mío, quien con frecuencia viajaba a Matina, había merecido la desconfianza del Gobierno de ese lugar y había sido puesto en la cárcel. Sus bienes cuyo valor total ascendía a varios miles de dólares, habían sido embargados, y el motivo de tal desconfianza era que creían que estaba en comunicación con los Independientes. Al enterarme de eso me preocupé más pues ello agravaba mi situación.

Al anochecer llegamos a otra parte poco profunda donde la corriente estaba tan fuerte como en el sitio que habíamos pasado esa misma mañana. Los bongos se mantuvieron lo más cerca posible de la costa, en la contra-corriente, y pudimos pasar gracias a la fuerza con que se usaron los remeros.

Esa noche nos anclamos en medio río, pues la tripulación estaba tan cansada después del duro trabajo del día, que nadie quiso bajar a tierra. A medianoche llovió, pero nada se mojó porque todo estaba muy bien cubierto con gruesos cueros. Antes del amanecer reanudamos el viaje, y antes de la hora del desayuno llegamos a otra parte seca similar a la que habíamos pasado el día antes. Habían varias islitas que tenían la apariencia de estar cubiertas por el agua en la época lluviosa. Algo sucedió aquí que nos demostró a todos que no había sido exagerada nuestra confianza en los conocimientos sobre navegación que poseía nuestro patrón, y fué que uno de los bongos se nos adelantó y se mantuvo al lado de babor de una isla que tenía una longitud de media milla, introduciéndose en un canal que parecía ser más ancho que el que tomó nuestro bongo y el otro. Pasamos la isla gracias a una ardua labor con los remos. Al llegar nuevamente a aguas profundas, notamos que el bongo que había tomado el otro canal se había atascado y la tripulación se había bajado y en vano se esforzaban en empujarlo. Finalmente, se vieron obligados a retroceder y tomar el canal que nosotros habíamos tomado. Nuestro "Patrón" reprendió fuertemente al

que había sido causante de este atraso y nos dijo que muy pocas personas conocían el curso apropiado que se debía tomar para subir el río y que nadie en todo el Lago de Nicaragua lo conocía tan bien como él. Este día fue un día muy cansado para los tripulantes porque el agua no era profunda en todos los sitios sino que también habían sitios secos por los que tenían que pasar con mucho cuidado.

Al sexto día de viaje nos encontramos con que ya el río no tenía tantas islas ni corrientes fuertes. Su anchura máxima no era mayor de un cuarto de milla. Los bancos se elevaban diez o quince pies sobre el nivel del agua. La tierra era negra y de apariencia fértil, con árboles inmensos tales como cedros y algarrobos, los cuales estaban muy cerca del agua. Al anochecer desembarcamos, hicimos una hoguera y dormimos en una aldea desierta compuesta de cuatro casas. Esta aldea permanecía oculta a los ojos porque la tapaban plantaciones de banano, plátano, etc. El jefe de los barqueros me facilitó una hamaca en la que por primera vez en mucho tiempo, me dí el gusto de dormir. A la mañana siguiente reanudamos el viaje a las tres de la madrugada. Todos se esforzaron en realizar sus tareas de la mejor manera posible con la esperanza de llegar al anochecer a la vieja fortaleza de San Juan. Sin embargo, todo el día le tuvimos que hacer frente a una fuerte corriente, asegurando el "Patrón" que el río estaba bastante seco. La tripulación solo tomó un descanso en todo el día, y aunque no nos encontramos con lugares tan secos como los que nos habíamos encontrado en días anteriores, todos estaban tan cansados que abandonaron la esperanza de llegar al Castillo esa noche. Por consiguiente, desembarcamos, preparamos nuestra cena y descansamos como lo habíamos hecho todas las noches, con la seguridad de que llegaríamos a él a la mañana siguiente. Reanudamos la travesía de madrugada, como de costumbre, y al poco rato llegamos a una isla baja, que medía casi una milla de longitud. Nuestro bongo tomó la cabeza, como lo hacía siempre y se deslizó por un canal estrecho al lado derecho de la isla, en el que en algunos sitios había escasamente suficiente espacio para remar. Según pude ver el otro canal era mucho más ancho pero no tan profundo. Poco después divisamos el castillo, que según mis cálculos distaría unas dos millas de la isla que acabo de mencionar. En este lugar el río tenía una anchura igual a la que tenía en otros puntos, la corriente era fuerte, pero el agua era profunda, y el remolino en contra-corriente nos ayudó a llegar al primer raudal que nos habíamos encontrado en el curso del río. Los bongos fueron arrastrados hasta un pequeño estanque aparentemente que había sido construido en ese lugar con el propósito de descargar las embarcaciones, y de allí pasamos al Castillo, donde inmediatamente fuí puesto bajo la vigilancia de un guardia. Aquí tuve la oportunidad de decir algunas palabras a mis Indios, quienes ahora ya estaban sin las cadenas, pero apenas había empezado a hablar con ellos cuando me ordenaron apartarme y seguir hasta mi lugar de confinamiento. Me enviaron el desayuno de la mesa del Comandante. Don Raymundo y el Español de Cartago me llegaron a ver y me informaron que permanecería aquí hasta que se recibie-

ran noticias de San Carlos respecto a mi caso. Por intercesión de esos señores me permitieron dar un paseo acompañado de un soldado. La tripulación de las embarcaciones estaba atareada bajando la carga en hombros y llevándola hasta una casa no lejos del sitio donde desembarcamos. Allí estaba un hombre aparentemente tomando inventario de cada cosa que se bajaba.

Lo único que queda del antiguo Castillo de San Juan es una vieja construcción con aspecto de fortaleza. Esta fortaleza es la misma que fué tomada por Lord Nelson, según me informaron después, quien hizo la hazaña ayudado por un destacamento de tropas de Jamaica y con la cooperación de un gran grupo de Misquitos e Indios. Domina el río de tal manera que no puede pasar desapercibido ningún bote o embarcación. Debido al mal estado en que se encontraba, se había colocado en su base ocho cañones, dos que apuntaban río abajo, dos río arriba y los demás directamente al raudal. El lugar, sin tomar en cuenta el Castillo y las armas, solo consta de unas cuantas viviendas para los soldados y otras casitas que están habitadas por sus esposas o sus asistentes.

El raudal mide de ancho poco más de un cuarto de milla; la parte más fuerte de la corriente está en el centro. El descenso no es muy pronunciado, sino más bien gradual. El lector se puede formar una idea de su fuerza si considera que al día siguiente de nuestra llegada un grupo de hombres necesitó trabajar duramente más de una hora para poder arrastrar los bongos vacíos hasta el sitio donde iban a quedar anclados.

Permítaseme hacer la observación de que yo había leído la narración de Bryan Edwards sobre la Costa Misquita y que por otras fuentes también me

había enterado de que "embarcaciones de peso considerable podían perfectamente cruzar todo el Río San Juan, hasta el Lago de Nicaragua" y que una goleta de treinta toneladas había hecho el recorrido por todo el lago y luego había bajado por el río y seguido hasta Jamaica. Muchos autores, al igual que Bryan Edwards, han afirmado que el lago es navegable y que el San Juan es igualmente navegable en toda su longitud. De acuerdo con lo que ya he dicho antes, la falsedad de esta afirmación es evidente, lo mismo que el cuento del viaje de esa goleta, porque aún en la época lluviosa, cuando el río se crece, dicha embarcación pudo haber pasado la barra en la desembocadura y los raudales más pequeños, pero nunca habría podido pasar por éste raudal o evitar ser fiscalizado por la guarnición. Y aunque lo hubiera pasado, no se habría podido escapar del Castillo de San Carlos, situado en la entrada al Lago, pues este Castillo está situado en una loma de donde se domina una distancia de diez millas del Río y cuarenta o cincuenta millas del lago de Nicaragua. En resumidas cuentas las afirmaciones anteriores me parecen increíbles y en mi opinión, no debe dársele crédito. Pero luego hablaré más de eso.

Al medio día recibí invitación para comer en compañía de los oficiales del lugar. Uno de ellos me dijo en el curso de nuestra conversación, que aunque me consideraban "contrabandista", si yo les probaba que no estaba aliado con el Partido Patriótico, como creían, podía recuperar mis bienes como recompensa por haberles ayudado a defender al "Estrella". Pero la sonrisa que se dibujó en los labios de Salablanca me dió entender que él aún me consideraba ser lo que en un principio le habían dicho que era.

Capítulo IX

Salida de la Fortaleza de San Juan. — Buena madera en las riberas. — Aldea y Fortaleza de San Carlos. — El proceso. — Folletos religiosos. — Partida para Granada. — El Lago de Nicaragua. — San Miguel. — Las oraciones de los "Patrones". — Isla volcánica. — Terreno entre el Lago y el Mar del Sur. — Llegada a Granada. — Examen y encarcelamiento. — Salida para la ciudad de León.

Apenas llegamos a San Juan se envió una canoa a San Carlos portando cartas al Comandante del lugar, cuya respuesta llegó a los tres días. En ella daba instrucciones a Salablanca de que se fuera para San Carlos con sus prisioneros. Se cargaron de nuevo los bongos y partimos una vez más. Cruzamos el río y llegamos al otro lado, propiamente frente a la fortaleza, donde cada bongo recibió veinte o treinta varas, de veinte pies de largo cada una. Reanudamos el viaje, los bancos de arena eran ahora más bajos que antes. Por la tarde llegamos a un sitio más estrecho, con bancos de arena a ambos lados. Aquí los remeros abandonaron los remos y utilizaron las varas. La corriente no estaba demasiado fuerte, pero el sitio era bastante seco y el fondo más parejo. Con las varas las embarcaciones se podían hacer avanzar el doble de lo que habrían avanzado con los remos. Poco después de la medianoche reanudamos el viaje a la luz de

la luna. Se siguieron utilizando las varas hasta que pasamos una estrecha isla de un cuarto de milla de longitud. Después siguió un trecho verdaderamente ideal; la corriente apenas se sentía y no había una sola curva. La tripulación enterró las varas en un banco de arena que, a juzgar por los restos de otras varas que se veían, parecía haber sido durante muchos años el lugar favorito en que las embarcaciones abandonaban sus varas. Poco después divisamos a lo lejos del Castillo de San Carlos, el Gibraltar del Lago de Nicaragua.

Las aguas en donde navegábamos ahora eran profundas, el río ancho, y la corriente apenas se sentía. A cada lado enormes árboles tales como cedros, caoba, algarrobos, sapodilla, cocos y otros que me eran totalmente desconocidos. Ahora el Castillo se podía distinguir con más facilidad, y mis compañeros españoles empezaron a hacer preparativos para desembarcar. Al doblar una curva pudimos

apreciar bien la ciudad, pues ya solo estábamos a una milla de distancia. Los remeros se dedicaron a remar con tanto vigor que poco después ya estábamos frente al Castillo, desde donde nos dió la bienvenida un oficial con un magnavoz. Hicimos espera hasta que se nos dió el permiso de acercarnos. Después de vencer la fuerte corriente que se desprendía del lago, desembarcamos frente al Castillo. Fuimos recibidos por el Comandante, un guardia y una muchedumbre que acudió indudablemente atraída por la curiosidad de ver "al espía de los Independientes y sus Indios Bravos". A juzgar por la expresión de sus rostros, éstos consideraban que mi situación era crítica.

Entramos a la fortaleza (o castillo) por medio de un puente colgante (o puente de suspensión) sostenido por enormes cadenas de hierro. Pasamos por dos grandes portones y penetramos a un corredor de arcos. A cada lado de éste habían celdas. Todas las puertas tenían verjas de hierro para dejar pasar el aire y la luz. Al parecer tras cada una de esas puertas habían prisioneros. Me ordenaron que entrara en una de esas celdas y me dejaron solo con mis pensamientos. Permanecí sumido en melancólicas meditaciones durante largo rato, pero la visita de un teniente acompañado de dos personas más me sacó de mi letargo. Ellos me traían cena de la mesa del Gobernador Don Juan Blanco, además de una botella de vino y un poco de aguardiente. La esposa de este teniente me envió una almohada y una frazada y el me informó que el Gobernador me sometería a un interrogatorio al día siguiente. Le hice ver que la celda en que me habían recluso era más bien para un criminal y no para una persona que como yo, aún no había sido sometida a juicio. Además le dije que yo era inocente y que los papeles que estaban en mi embarcación así lo demostrarían. A la mañana siguiente el comandante me informó que había estado revisando mis papeles, entre los que encontró unos folletos religiosos y varios libros del Nuevo Testamento que sospechó ser de naturaleza política, y como no encontré entre su gente a nadie que pudiera traducirlos había decidido enviarlos a Granada. Mientras tanto, me dió permiso de pasearme acompañado del teniente, quien me invitó a su casa, donde nos reunimos con otros oficiales. Uno de ellos era conocido mío pues en una ocasión habíamos viajado a bordo de la misma embarcación Jamaicana. El inmediatamente me reconoció y le contó al Gobernador que me conocía, este último me dió audiencia para el siguiente día. La residencia del Gobernador está situada en una loma cerca del Castillo, y de ella se tiene una vista panorámica del lago y la ciudad. La ciudad de San Carlos consta de unas ciento cincuenta viviendas de nítido aspecto y techos de palma. Sin embargo, la casa del Comandante y las de la guarnición son de tejas. Yo estimo que la población total, incluyendo la guarnición, era de unas setecientas personas.

Sólo en los últimos mapas que se han publicado aparece San Carlos. Sin embargo, a pesar de la poca importancia que hasta hoy se le ha dado, se puede decir que esta ciudad, con su fortaleza, es un puerto clave para el Lago de Nicaragua, pues lo defiende de cualquier enemigo que se aproxime pro-

cedente del Océano Atlántico. Por consiguiente, protege también a las ciudades de Granada, Trinidad, San Miguel, San Felipe, Masaya, Managua, Mateare, Pueblo Nuevo, la Ciudad de León y otros lugares del interior del país. El castillo está situado en un terreno bastante elevado. Su forma se asemeja a la de un paralelogramo, rodeado por un profundo foso seco, y la única forma de acceso a él es por medio del puente colgante que ya he mencionado. Su posición es especialmente ventajosa gracias a la fuerza de la corriente y lo pantanoso del suelo. De él se domina gran parte del Lago, las islas del Zanafe, Madera, Ometepe y Zapatera y diez o doce millas del Río San Juan.

Cuando acudí a la audiencia al día siguiente, el Gobernador me comunicó que había decidido enviarme a Granada con mis papeles. Además, me dijo que conforme lo que uno de sus oficiales le había informado acerca de mí, él más bien creía que yo era simplemente agente de los contrabandistas de la Costa y no aliado del Partido Patriótico. Me aseguré que tratarían bien a mis Indios durante mi ausencia y me invitó a cenar en su casa, donde fui muy bien atendido por él y su familia. Sin embargo, en el transcurso de la conversación, trató de hacerme hablar de política, pero yo, por no complicar más mi situación, procuraba no contestar sus preguntas o simplemente me limitaba a decir "no entiendo, Señor". Me dijo que cuando Trujillo, puerto de Honduras, había sido atacado por el insurgente General Aurey, él estaba de Comandante del lugar. Aurey, que tenía sus tropas como a tres millas de distancia de la ciudad, había sido derrotado por las tropas Caribes únicamente, pues los Españoles ni siquiera abandonaron sus albergues. Yo estaba mucho más enterado de ese incidente de lo que él esperaba, y preferí no contestar las preguntas que yo le hice respecto al asunto. Me facilitaron una hamaca en que dormir y su esposa y su hija me obsequiaron chocolates, panes, queso, huevos, vino y aguardiente para mi viaje a Granada. Ellas me compadecían por la situación crítica en que me hallaba y me dieron la hamaca, una almohada y una frazada para hacerme más cómodo el viaje. Al reffirarse a descansar me encomendaron a la Virgen y a todos los Santos del Cielo. Antes del amanecer fui conducido a un embarcadero y puesto a bordo de una embarcación bastante grande. Dicha embarcación era la que el Gobernador usaba generalmente para transportar soldados de Granada a San Carlos. Bajo ningún punto era superior al bongo en que había llegado a San Carlos. Al igual que el bongo, su tripulación estaba compuesta de Criollos de Granada y veintidos hombres. También iba a bordo Don Raymundo, quien se mostró asombrado al enterarse de que me mandaban a Granada, pues no consideraba prudente enviar a un hombre tan peligroso como yo a un sitio en el que nadie sabía Inglés como era Granada. Sin embargo, me atrevería a afirmar que se consoló pensando que no me permitirían regresar. Por mi parte, yo no dudaba que iba a poder probar mi inocencia, por consiguiente, me dediqué a disfrutar de las delicias de este Lago que desde hacía mucho tiempo tenía deseos de visitar. Al principio la superficie estaba completamente lisa como un espejo, pero al amanecer

cer del día siguiente empezó a soplar un viento del sur y se izaron las velas.

La escena era de una belleza indescriptible. Hacia el Oeste se podían distinguir varias islas que semejaban una línea verde que se extendía de Noreste a Sureste cinco o seis leguas. Algunas de las islas eran más grandes y más altas que otras.

Pasamos cerca de unas islitas que estaban inmediatas a tierra firme, muchas de las cuales no tenían más de media milla de largo y estaban cubiertas de vegetación abundante en maderas preciosas.

Aproximadamente a las diez llegamos frente a San Miguel, desembarcando en una isla donde encendimos fuego y desayunamos con carne salada, chocolate caliente y plátanos. Por la mañana recorrimos grandes extensiones de pastizales en amplias sabanas que se extienden desde la orilla del lago hasta donde la vista puede alcanzar. Al fondo divisamos preciosas colinas. Inmensa cantidad de ganado pacía en esta sabana. Observé también mulas, pero nunca ví ovejas. El ganado me pareció que era similar al de Buenos Aires.

Pasado el medio día se desató una tempestad. Nuestro patrón en voz alta invocó a todos los Santos. No satisfecho con solo sus invocaciones, invitó a los marineros españoles y portugueses a que hicieran lo mismo. La tempestad se prolongó por algunas horas, pero a las tres de la tarde pudimos desembocar en un sitio donde había un muelle grande construido de tosco material de piedra. En una hacienda vecina fuimos recibidos por el propietario, su esposa y dos hermosas jóvenes, todos criollos quienes nos obsequiaron carne salada y queso.

Reanudamos nuestro viaje y toda esa noche nos hizo viento favorable. A la mañana siguiente llegamos frente a una bella isla como tantas otras de la región. Esas islas son formadas de inmensas rocas y rodeadas de profundas y claras aguas. Exuberante vegetación crece en los lugares que contienen tierra fértil. Casi todas las islas están deshabitadas y en pocas se observa algún cultivo, jardines o frutales.

El país es evidentemente más populoso al acercarse a Granada. Poco después del mediodía divisamos una isla de sorprendente belleza que parecía ser de origen volcánico. Gran parte de ésta isla está cubierta de frondosa vegetación, y vista desde un punto cercano su extensión puede calcularse en siete u ocho millas.

Habiendo pasado ésta y otras Islas tuvimos a la vista la ciudad de Granada. Al anochecer desembarcamos en la playa, cerca de la cual se veía una pequeña fortaleza de apariencia ruinosa. En tierra fuimos recibidos por algunos soldados, uno de ellos me informó en buen inglés que había huído de su patrón, un comerciante hondureño y se había dirigido a Guatemala donde había ingresado en el Servicio Militar Español. De Guatemala fué destacado a El Realejo, de allí a León y de León a Granada. El lugar de desembarque es la costa abierta sin ninguna protección o comodidad para bajar la carga, la cual es llevada de los bongos en pequeñas canoas o a espaldas de hombres o en mulas. La comunicación con la ciudad es por medio de un buen camino. Aproximadamente a media milla de allí pasa-

mos por un gran monasterio y dos Iglesias antes de llegar al centro de la ciudad.

Fuí conducido directamente a la casa del Gobernador, que posee un elegante zaguán en el cual yo esperé hasta ser llamado. Pude observar dentro de esta casa la siguiente inscripción: VIVA FERNANDO SEPTIMO, EL LIBERTADOR ADORABLE DE EUROPA".

Fuí recibido por el Gobernador, varios oficiales, un sacerdote y un intérprete, por medio del cual me fueron hechas muchas preguntas.

En el poco español que yo entendía, me dí cuenta de que el intérprete daba respuestas esencialmente diferentes a las respuestas que yo daba. Al terminar el interrogatorio quedé bajo la vigilancia de un sargento y dos soldados y fuí conducido a una celda similar a la que ya había ocupado en San Carlos. Un soldado de raza negra me explicó que yo era convicto del Gobernador y sus amigos y que actualmente estaba considerado como un espía de la Revolución de acuerdo con los panfletos que me habían decomisado. Sospechando que este hombre había sido enviado por el Gobernador para obtener información de mis labios, le conté detalladamente cómo esos panfletos habían llegado a mis manos y el propósito de mi viaje. Mi celda era intolerablemente caliente, pero como había pasado un día cansado, pronto me dormí y desperté hasta en la madrugada con el ruido de los soldados en sus acostumbrados ejercicios. Uno de ellos me obsequió puros y muy atentamente me encendió uno. Expresó mucha compasión por mi situación y maliciosamente me dijo: "Los patriotas son muy buenos" añadiendo algunas expresiones duras contra el actual Gobernador. A las ocho los soldados regresaron y a mi puerta se presentó un grupo de curiosos que tenían noticias de la llegada de un inglés empleado en San Juan por el partido patriótico como espía. Muchos de ellos dieron muestras de simpatía en mi favor; otros en cambio me tildaron de insurgente, espía, pirata y hereje, éstos últimos siempre eran en número menor. Luego el soldado negro a quien ya he mencionado, me llevó un sustancial desayuno y una botella de vino. Lo que más me sorprendió fué la cafetera de plata que contenía el chocolate caliente, y una bandeja cubierta con una blanca servilleta. Me expresó el soldado que el desayuno me era enviado por la madre del Gobernador.

De nuevo un grupo de personas se presentó a la puerta de mi celda para ver al pirata, al patriota o al hereje. En la tarde, después que el Gobernador había echado su siesta, fuí conducido a su casa y examinado por el mismo grupo de la noche anterior más dos sacerdotes: estaban presentes el mismo soldado y el mismo intérprete que había mal interpretado mis respuestas a las preguntas que me hacían. Pedí al negro poner en conocimiento de su Excelencia la ignorancia y prevariación del intérprete. Al ver este último que su maldad estaba a punto de ser descubierta, me acusó de ser insurgente y espía y sugirió que me procesaran en León.

Yo insistí en declararme inocente y manifesté mi deseo de ser procesado en aquella ciudad. El Gobernador estuvo de acuerdo y dispuso mi salida al siguiente día, asegurándome a través de mi intérprete negro que su deber era actuar con rigor con-

tra aquellos que ocasionaban disturbios al Gobierno, pero que yo podría probar mi inocencia. Don Miguel Saravia, Gobernador del Distrito de León, decidiría mi caso de acuerdo con la más estricta justicia.

Así fué como al siguiente día, en compañía de un sargento, mi amigo negro, y tres soldados bien armados, montamos en mulas y salimos con destino a León.

Capítulo X

Masaya. — Estrato de lava entre los Lagos de León y Nicaragua. — Managua. — Hospitalidad del Cura. — Mafeare. — Momotombo. — Animales de caza. — Nagarote. — Pueblo Nuevo. — Valle de León. — Llegada a León. — Su cercanía al Mar del Sur. — In terrogatorio final y absolución. — "Don Alemán". — Su gran comercio. — Ciudad de León. — Sus casas, etc. — Provisiones. — Lujoso modo de vida. — Cortesía del Gobernador.

La escolta que me condujo de Granada a León la componía un sargento y tres soldados. Todos ellos eran originarios de Sto. Domingo y hablaban francés. El negro dominaba con claridad el inglés, todos fueron conmigo atentos y cariñosos, actitud que yo pensé compensar en alguna forma en la primera oportunidad.

Los campos que atravesamos estaban muy cultivados de maíz, plátanos y bananos. A la llegada a Masaya me sentí seriamente indispuerto con fuerte dolor de cabeza, de espalda y otros síntomas que ameritaban atención médica, pero que no era posible obtener en ese lugar. La escolta informó al Coronel Sacasa de nuestra llegada. Me fué servida una buena cena acompañada de una botella de vino y tres vestidos de telas ligeras con la dedicatoria "para el inglés enfermo" los cuales fueron muy apreciados por mí. Me expresaron además que mi enfermedad era cansancio debido al ejercicio en clima tropical, pero que con la noche de descanso estaría recuperado al siguiente día.

Muy temprano a la mañana siguiente emprendimos de nuevo la marcha. Aproximadamente a la mitad del camino entre Masaya y Managua cruzamos un estrato de lava de aproximadamente quinientas yardas. Me desmonté y caminé a pié y despacio observando la naturaleza de la materia volcánica que se ofrecía ante mis ojos.

Entramos a Managua a las 9:00 a. m. y nos dirigimos directamente a la casa del Alcalde a quien mi escolta solicitó provisión para continuar nuestro camino.

Proseguimos nuestro viaje entre campos cultivados de maíz y cocos; atravesamos una espléndida sabana, ascendimos a una colina donde de nuevo tuvimos a la vista el lago y sus lindas islas. Varios bongos cargados navegaban en el Lago de León cuyas orillas bordeadas de agreste vegetación presentaban una escena encantadora.

A pocas millas de la costa se presenta un alto cono que es una Isla llamada Momotombo, la cual mis compañeros me aseguraron era un volcán que había hecho erupción, y que ocasionalmente presentaba períodos de actividad.

Luego estuvimos en Nagarote, una pequeña aldea y entramos a Puebla, donde el Alcalde del lugar nos dió desayuno y cena. De allí seguimos hasta Pueblo Nuevo, que consta de cien casas, aproximadamente y una Iglesia. Parece que la población total era de Indios, pues no ví un sólo Europeo. El terreno

que rodea a la ciudad es fértil y produce bastante maíz y cacao.

Temprano a la mañana siguiente reanudamos el viaje hacia León. En el camino pasamos por unas cuantas fincas donde había ganado y algunos venados que al parecer se habían domesticado. Como a las 7 de la mañana llegamos a lo que se podría llamar el llano de León, cubierto de inmensos maizales y pastizales donde pacía gran cantidad de ganado y caballos. A la derecha se veía una parte del Lago, y a la izquierda una loma donde tenía su residencia un Español, y desde la cual se domina una vasta extensión de terreno.

A la entrada de la hermosa ciudad de León, meta de nuestro viaje está su bella Catedral, construcción de considerable magnitud en forma de cruz, rodeada de casas y jardines. La gran belleza de estos jardines radica especialmente en la acertada selección de los sitios adecuados para ellos.

Cuando dimos la vuelta a la Catedral, cruzamos un puente de piedra sobre un cauce que ahora estaba seco, pero quizás en la estación lluviosa tenga alguna corriente. Las casas son de barro y encaladas exteriormente. Inmediatamente, el sargento se dirigió a la casa del Gobernador. Poco después un oficial me condujo a un espacioso apartamento donde el Gobernador, don Miguel Saravia, hizo su aparición.

El Gobernador se dirigió a mí con finos ademanes y las atenciones propias de un caballero y me pidió, en correcto inglés, que le explicara las desafortunadas circunstancias que me habían obligado a entrar al Puerto de San Juan.

Animado por la cortés manera con que el Gobernador me trataba le expliqué en forma rápida lo ocurrido en San Juan y hechos subsecuentes. El paquete de papeles y panfletos que tantos contratiempos y dificultades me habían ocasionado estaban en sus manos. Leyó y examinó cuidadosamente los papeles en cuyo contenido figuraban entre otros, facturas de productos ingleses consignados a mí y cartas en inglés de mi familia. Me dirigí a Su Excelencia pidiéndole que observara la fecha de los documentos en su poder con lo cual claramente se demostraba que yo no podría haber estado presente en la captura de las embarcaciones, o en los crímenes que se me imputaban. El se convenció de mi inocencia y deploró el injusto proceder de los Comandantes que habían ordenado mi encarcelamiento. Terminada esta importante entrevista me dijo que podría re-

gresar a San Juan por la misma ruta ordenando al mismo tiempo que me hospedaran en el Cuartel en el apartamento que ordinariamente está reservado a Oficiales.

El Cuartel era un edificio de un solo piso, con amplio patio central, en el cual se alojaban 200 hombres. El apartamento que me fué cedido tenía acceso a la calle.

En la noche recibí la agradable visita de un marinero inglés con quien departí sobre la proximidad del Lago de León al Mar del Sur y la facilidad de navegación que prestaba. Me relató historias de Bucaneros, que yo había oído muchas veces en mis recorridos.

En la mañana del siguiente día me dieron orden de presentarme ante el Gobernador, quien en esta ocasión estaba acompañado del Arzobispo y de "Don Alemán" como los españoles lo llamaban. "Don Alemán" era un comerciante de Bremen o Hamburgo que por muchos años había residido en León y por sus conocimientos de inglés lo usaban como intérprete.

En esta ocasión fuí fuertemente interrogado acerca de los conocimientos que yo podría tener en relación con las fuerzas e intenciones del Partido Patriótico en el Mar Caribe, las relaciones de los Indios con los Ingleses, y otros asuntos similares. Mis conocimientos sobre esas cosas eran muy limitados y por consiguiente, no les pude informar nada. Por lo tanto el Gobernador me dijo que a los tres días quedaría en libertad y podría abandonar la ciudad de León. El "Alemán" había solicitado permiso al Gobernador para llevarme a su casa, pero éste no dijo nada al respecto. Tampoco dijo nada respecto a mi solicitud de un permiso para permanecer unos días más en León, para cuidar mi quebrantada salud. Para dar por terminada la sesión, el Gobernador se excusó ante mí una vez más por las injusticias de que había sido objeto.

Ya fuera de la residencia del Gobernador, agradecí al intérprete alemán sus finezas y le prometí visitarlo. El me recomendó que no era acertado demostrar mucha curiosidad por conocer la ciudad. Su casa era un amplio edificio donde se almacenaba abundante cantidad de cacao, índigo, zarzaparrilla, conchas de perlas, conchas de tortuga y otros tantos artículos nacionales y europeos. Me dijo que hacía aproximadamente ocho años se había establecido en el país y había hecho viajes a Manila, China, Bengala y que recientemente había regresado de un viaje a Europa.

Examiné gran variedad de conchas de tortuga que había comprado en 12 reales. La mayor parte eran livianas y oscuras, pero habían algunas finisimas, transparentes y al mismo tiempo pesadas. Algunos empleados estaban muy ocupados recibiendo gran cantidad de cacao que había llegado de Masaya a lomo de más de ochenta mulas. Mi amigo

me mostró varias conchas de madreperlas de una colección que él mismo había hecho. Muchas de ellas habían sido traídas del Golfo de Fonseca y del Golfo de Nicoya y cambiadas por artículos europeos que él tenía en gran cantidad. Luego hice un recorrido por la ciudad. Las calles eran amplias y se cruzaban unas con otras formando ángulos rectos. Las casas eran grandes, pero ninguna tenía más de un piso, los frentes estaban encalados y las ventanas amplias y bajas, eran por verjas de hierro trabajadas artísticamente.

La ciudad y los suburbios, de acuerdo con las estimaciones de mi amigo alemán, constaba de trescientas casas y los habitantes, incluyendo a los indios, unos 14,000 aproximadamente. Esta ciudad es la segunda después de Guatemala. Pude ver ocho Iglesias sin tomar en cuenta la Catedral, y varios monasterios. Los mercados están provistos de abundantes productos como carnes de res, cerdo, pescado y aves y todas las clases de legumbres que se producen en la región. El clima era benigno aunque ocasionalmente hay tempestades y fuertes lluvias. Las personas que yo conocí acostumbran tomar al levantarse una taza de delicioso chocolate caliente o café fuerte con dos rebanadas de pan. A las ocho aproximadamente se desayunan con carnes de pescado o de aves, torta de huevo, tortilla, y pan de excelente calidad. A medio día toman sopa de carne con verduras, y después se sirven una taza de café fuerte. A continuación de la comida del medio día hacen su SIESTA la cual consiste en dormir un rato, para lo cual interrumpen las actividades quedando todo en una tranquilidad como de media noche. Aproximadamente a las nueve de la noche se sirve la cena. Las principales actividades parecen ser: comer, fumar y dormir. Las personas más importantes fuman tabaco que es producto sumamente apreciado en el lugar.

Tuve oportunidad de ver la vía pública, agradable lugar situado a la entrada noroeste de la ciudad, lugar muy frecuentado por gente de toda clase en las frescas tardes.

El cuarto día de mi permanencia en la ciudad de León recibí orden del Gobernador de salir al siguiente día acompañado por las mismas personas con quienes llegué, advirtiéndome que quedaba en libertad y por lo tanto podría usar el tiempo que deseara en mi viaje de regreso. Su Excelencia acompañó sus instrucciones con el obsequio de dos doblones. Le expresé mi agradecimiento por su pronta justicia y la cortesía que conmigo había usado. Mi amigo alemán también me obsequió algún dinero y ropa, y me dió una carta para que la dejara en el correo de Granada y otra para que la despechara a Europa por la vía de Jamaica.

En el cuartel encontré al Sargento, quien me dijo que deseaba salir de León antes del amanecer para llegar a Pueblo Nuevo temprano y nos pusimos de acuerdo en cuanto a la obtención de enseres necesarios para viajar en la forma más confortable.

Capítulo XI

Salida de León. — Animales de caza, etc. — Pueblo Nuevo. — Managua. — Masaya. — Falta de Medicinas. — Procesión de los Indios. — Misioneros Españoles. — Llegada a Granada. — El Lago y la Región que lo rodea. — Temblores. — Exigencias del Gobierno. — Abundancia de Provisiones. — Viaje a San Carlos, etc.

Todo estaba listo para nuestra salida de León, el Sargento me trajo un excelente caballo y salimos antes de que despuntara el día. Pronto divisamos a los soldados que nos había precedido a pié y les dimos alcance. En el camino a Managua pasamos de nuevo por Mateare y tuvimos la oportunidad de ver un grupo de Indios que marchaban en procesión hacia una Iglesia. A la cabeza iba un enorme crucifijo y una imagen de madera, la cual pensé sería la representación de algún ídolo que ellos antiguamente habían adorado. Estos neófitos habían sido organizados por misioneros católicos quienes al mismo tiempo les habían inculcado amor a la paz y buenas costumbres.

Proseguimos nuestro viaje y al llegar a la ciudad de Granada nos fuimos directamente a la casa del Gobernador quien me dijo que era conveniente que durmiera en el Cuartel, pero que en el día podría ir donde yo quisiera. Me dijo también que a no ser que pudiera obtener pasaje en uno de los bongos que hacían la travesía entre Granada y San Juan, tendría que irme en la embarcación del Gobierno que salía el primer día de cada mes. Yo tomé la decisión de esperar la embarcación del Gobierno.

La ciudad de Granada fué fundada por Francisco Hernández de Córdoba hace aproximadamente trescientos años. La población total incluyendo españoles, criollos, mestizos e indios era poco menos que la de León. Los edificios más importantes eran: el Convento de Franciscanos, el de San Juan de Dios, que tenía un Hospital, el de la Merced, otros tres conventos más y los Cuarteles. La situación de la ciudad de Granada es excelente como punto comercial. Es una ciudad bien construída, las calles son amplias y empedradas y las aceras altas en relación con el nivel de la calle. Está situada en una suave pendiente, lo cual contribuye a que sea una ciudad bastante limpia. Al igual que las casas de León, las de Granada también son en su mayoría amplias, hermosas y cómodas. Granada es famosa por sus finos ebanistas, pero desgraciadamente éstos carecen de las herramientas adecuadas, si las tuvieran, su trabajo sería aún superior. Habían pocas tiendas y todo el comercio parecía estar en manos de unos cuantos españoles. Casi todos los negocios al menudeo eran manejados por criollos y se hacían en Sábado, domingo y días feriados. Observé que habían muy pocas medicinas y que el sacerdote se encargaba del cuidado tanto del alma como del cuerpo. A la orilla del lago había un bello paseo. Durante mis baños matutinos en el lago observé que había un pequeño cambio en el nivel de sus aguas, que yo atribuí al viento. Cerca del embarcadero unos hombres estaban construyendo una rústica embarcación lo cual demuestra que los criollos tenían inclinación a la industria. En el campo abundan los animales de caza, se cría

bastante ganado, cerdos y aves de corral y del lago se obtiene excelente pescado.

El pan hecho de harina de trigo traída de Guatemala es usado por pocas personas. La mayor parte de la gente come en lugar de pan un preparado de maíz llamado tortilla, la cual se prepara de la manera siguiente: el grano de maíz se pone en una vasija de barro mezclado con una legía de ceniza producida por un tipo especial de madera, y se hierve hasta que el grano pierde su cutícula. Los granos de esta mezcla al enfriarse son lavados y luego molidos en unas piedras hechas especialmente para eso. Cuando la masa está bien fina, se hacen las tortillas palmeando las manos. Luego se cocinan en cacerolas de barro. Las mujeres demuestran gran actividad y limpieza haciendo las tortillas.

Granada es sacudida ocasionalmente por temblores. Un día yo descansaba en una hamaca conversando con alguien cuando me sorprendió ver el pánico reflejado en el rostro de los presentes.

Yo no sentí ningún movimiento de la tierra pero me aseguraron que había temblado: la mayoría de la gente corrió a la Iglesia a encender velas, un sacerdote improvisó una procesión y aparecieron crucifijos, estampas, imágenes y otras insignias de la fé Católica. En muchas calles y casas se entonó el Miserere y se oía rezar el Ave María y el Señor Mío. Otros corrieron a las plazas para ponerse a salvo en caso de que hubiera un segundo temblor más fuerte. Por mi parte yo estoy seguro que he sentido temblores de tierra mucho más fuertes en otras zonas tropicales.

Visité al siguiente día al Gobernador de Granada, quien en compañía de sus empleados se ocupaba afanosamente en recibir cacao, índigo y otros productos que estaban llegando de Nicaragua.

Aun la gente más destacada no consideraba degradante ser empleado en los más modestos negocios. Los productos de las haciendas, tales como queso, crema y leche fueron menudeados bajo la inmediata supervisión de la esposa del Gobernador.

El Gobernador actuaba como Jefe de Aduanas y de Inmigración. Todos los asuntos públicos como el pago de impuestos eran despachados en la residencia del Gobernador.

Llegado el día primero del mes, a pesar de la promesa del Gobernador, no pude tomar el bongo del Gobierno para hacer mi travesía a San Juan por estar esa nave ocupada con otros pasajeros y con su cupo de carga totalmente lleno. Ocho días después concerté una entrevista con el Gobernador quien me dió las facilidades para obtener pasaje en uno de los bongos mercantes que cruzaban el lago con destino a San Carlos transportando licores, tabaco y comestibles.

Salimos de Granada a las 12 a. m. y al anochecer desembarcamos en una isla llamada Las Blitas

donde dormimos. De nuevo disfruté del placer de cruzar el bello archipiélago de islas, rocosas algunas, cubiertas de frondosa vegetación otras, habitadas algunas por indios que cultivaban maíz y frutales y todas rodeadas de profundas y cristalinas aguas.

La tarde del sexto día de feliz navegación arribamos a San Carlos. Visité al Gobernador quien me recibió gentilmente informándome que había recuperado los artículos que me habían saqueado y me los devolvería. Me dijo que mis indios estaban bien, pero que se había visto obligado a encarcelar a cuatro para evitar que huyeran. Sin embargo uno había quedado en libertad para que atendiera a los otros cuatro. Brown, visiblemente gozoso, me saludó. Me informó que en mi ausencia habían sido sobornados por el Gobernador y Salablanca para que declararan acusándome de espía del Partido Patriótico. Su incorruptible fidelidad no les permitió cometer tal perfidia, y fueron entonces confinados al Castillo, donde se les obligó a trabajos forzados y tuvieron que substituir casi de la caridad pública.

El injusto proceder de los Españoles para con

esta pobre gente no podía causar en ellos otros sentimientos que odio, repulsión y mala voluntad. Al fin, con mi llegada, fueron puestos en libertad, les conseguí ropa y les dí dinero y provisiones. Yo estimaba a mis Indios por su inquebrantable fidelidad, pero los Españoles no apreciaban esas cualidades. Al contrario, les habían mentido. Les habían dicho que yo era un espía que había sido condenado como tal y que ya nunca me volverían a ver. A pesar de eso mis Indios aún me siguieron siendo fieles y al enterarse de que todo era mentira, se indignaron contra los Españoles.

Al ver lo que estaba sucediendo, Salablanca se puso a mis órdenes, ofreciéndome su casa y su cooperación para mi viaje.

De manos del Gobernador recibí tres docenas de mosquetes y otros artículos que había recuperado, los cuales pude vender ahí mismo en San Carlos. Al terminar esa venta y otros asuntos que tenía pendientes, me dediqué a hacer los preparativos para el viaje. Poco después nos dieron el permiso de salida.

Capítulo XII

Guatemala. — Nicaragua. — Indios. — Población. — Tribus Hostiles. — Lago de Nicaragua. — Destacamentos Españoles. — Ruta por el Río de Bluefields. — Viaje de Patterson. — Canales del Atlántico y Pacífico. — Necesidad de mano de obra extranjera. — Contrato de los Estados Unidos para abrir un canal. — Minas de oro. — Pasada río abajo por el río San Juan. — Carta del Rey Misquito. — Atrevido Plan de venganza de los indios. — Llegada a Prinzapolka. — Regocijo de los indios.

Poinsett en sus "Notas Sobre México" dice que Guatemala se extiende desde el paralelo 81 grado 45 pies de latitud oeste hasta el 94 grado, y del 8 al 17 grado de latitud norte. Limita en el Oeste con la Intendencia de Oaxaca en México; al noroeste con Yucatour (Yucatán), al Sur Este con la provincia de Veragua en Santa Fé de Bogotá, al sur y suroeste con el Pacífico, y al norte con el Atlántico. La distancia por tierra de Chilillo, la frontera de Oaxaca, a Chiriquí y Veragua, es de setecientas leguas, y la distancia de un mar a otro, en las quince provincias en que se divide, cinco están situadas en la costa del Pacífico, cinco en el Atlántico, y cinco en el interior del país.

En 1823, la provincia de Nicaragua tenía una población aproximada de 164,374. El distrito de León, además de la capital del mismo nombre, contiene las ciudades de Granada y Nueva Segovia; y las ciudades de Nicaragua tales como Estelí, Acoyapa, Villa Nueva y Masaya, a las cuales se pueden añadir Managua, Mateare, Nagarote y otras de menor importancia.

La provincia de Costa Rica, la que está situada más al este al lado del Atlántico, se estimaba que tenía una población de 37,716. Entre Nicaragua y Comayagua están las provincias de Tegucigalpa, Tolagalpa y Matagalpa, habitadas por Indios que no han sido convertidos a la religión Cristiana, y que se pueden considerar totalmente independientes de los Españoles, con quienes no tienen ningún contacto. Se les llama indistintamente Xicagues, Moscos y Sambos. Hay también otras tribus que

habitan la región al este y noroeste de los Lagos de Nicaragua y de Managua o León, entre los cuales se distinguen los Valientes o Indios Bravos, los Chilibeas, Tiribeas, Woolwas, Ramas, Cookras, Poyer, y varias otras tribus, que han mantenido celosamente su libertad y entre quienes los españoles no se han podido establecer. Todas esas tribus son amigas de los Ingleses, y en toda oportunidad que se les presenta, se juntan con los Bucaneros, en sus excursiones de rapiña contra las posesiones españolas, en particular Nueva Segovia, Realejo, León y Granada y las otras ciudades vecinas y sus territorios, que continuamente saquean y a veces queman. Una barrera natural de montañas a ambos lados del lago parece ser el límite que separa a esas tribus de los españoles. Es difícil estimar el número exacto de la población de cada tribu, pero la población India total de Centroamérica se calcula de 800,000 a un millón de almas.

Gran parte de esos Indios aún son hostiles a los españoles. Si se unieran de una manera efectiva bajo un líder adecuado, y todos juntaran sus esfuerzos, serían capaces de causar graves perjuicios al gobierno de Centroamérica.

Juarros, a quien ya he mencionado, dice que "el Lago de Nicaragua tiene mas de ciento ochenta millas de largo y casi cien de ancho. Su profundidad promedio es de unas diez brazas, siendo su fondo muy lodoso, excepto en la costa, donde las aguas son claras y donde abundan buenos pescados. Su adorno principal son sus numerosas islas". Sus conocimientos de las dimensiones del lago y

de los ríos que en él desembocan, es extremadamente limitada, y un vistazo al mapa que acompaña su obra demuestra, aún al lector menos preparado, que está plagado de los más grandes errores. Al referirse a la "fortificación" en el Río San Juan, parece haber estado completamente desprovisto de conocimientos sobre la materia, y deja al lector en dudas sobre si se refiere a San Carlos, al viejo castillo de San Juan o a las fortificaciones del puerto. Mi tedioso viaje de seis días por las costas del lago, me dieron la oportunidad de desembarcar en varios puntos. El suelo, como he dicho antes, es bajo en general y se compone de fértiles sabanas, pero en el interior se eleva paulatinamente. Excepto cerca de la aldea de San Miguel, no ví ni un solo río de importancia que desembocara en el lago. Mis compañeros mencionaron los nombres de varios riachuelos, pero no conocían ningún río que fuera de verdadera importancia y que desembocara en el lago. San Miguel tiene, sin lugar a dudas, algunas defensas de las invasiones de los Mosquitos y otros Indios, y es en este lugar que yo sospecho se puede encontrar la comunicación más fácil con el Río de Bluefields. Los Españoles tienen también un pequeño destacamento a pocas millas al sur de San Carlos, y hay un destacamento similar a siete y ocho millas del Castillo, en un sitio bajo pero de donde se domina la costa en dirección de San Miguel y Trinidad.

Ya en un capítulo anterior he insinuado la gran probabilidad de una fácil comunicación entre el Lago de Nicaragua y el Atlántico, por medio del Río de Bluefields, y como las autoridades de la región parecen interesarse en el asunto, yo también me he interesado en él, y en especial en un viaje hecho hace veinticinco o treinta años por un individuo de nombre Patterson, que llegó hasta León en busca de unos negros fugitivos. Yo había oído decir que uno de ellos, una muchacha, todavía se encontraba en Granada donde se había casado con un soldado Británico de la raza negra, que fué uno de mis acompañantes a León, y me dirigí a su casa con la intención de averiguar los pormenores de ese relato. Me dijo que era hija de uno de los negros del Coronel Hodgson en Bluefields, y que cuando era apenas una niña, se había unido a un grupo que había huído de los colonizadores Británicos en Laguna de Perlas, que subieron por el Río Bluefields, hasta llegar a un río cuyo curso siguieron un trecho corto, luego pasaron por unos pinares no muy grandes y cruzando la pradera, pocas horas después de haber abandonado el Río de Bluefields llegaron a las orillas del lago, por cuyas costas siguieron a pie hasta llegar a la aldea de la Trinidad. Las autoridades del lugar los recibieron amablemente y de allí fueron enviados a Granada. Al enterarse sus dueños de la ruta que habían tomado, redactaron un mensaje al gobierno español y lo pusieron en manos de Mr. Patterson, quien, siguiendo a los negros, se abrió paso por las praderas hasta llegar al lago, y de allí a la ciudad de Granada, donde presentó el mensaje que ordenaba la restitución de los esclavos.

Las autoridades españolas se sorprendieron de verlo llegar por una ruta tan poco usada, pero se negaron a entregar a los esclavos porque éstos se

habían convertido a la Fe Católica, y habían ingresado en el servicio militar Español. Sin embargo, ofrecieron pagar a Patterson una suma de dinero equivalente al valor de los negros. Pero éste rehusó hacer el trato y, en el curso de la acalorada discusión, profirió insultos contra el gobierno Español, por lo cual fué encarcelado y en breve enviado vía el lago, y por el Río San Juan, al puerto, de donde, con la ayuda de unos cuantos Indios, llegó a su casa. La mujer, que a la sazón manejaba una pequeña tienda y era la lavandera de la familia del Gobernador, le contó la historia de lo ocurrido a Patterson sin darle mucha importancia. Creo que es esencial tomar en cuenta esta historia porque ella ha sido la causa de muchas y grandes malas interpretaciones en relación con la practicabilidad de hacer navegable el río San Juan, y porque confirma lo que ya me habían dicho los Indios Woolwa que viven a orillas del Río Bluefields en relación con la ruta por la cual se puede transportar carga al Lago de Nicaragua, que no sea la ruta del Río San Juan, y conocí gente en Granada que anteriormente había recibido artículos, en forma de contrabando, por esta ruta.

Pitman, en su obra sobre la practicabilidad de unir a los Océanos Atlántico y Pacífico por un canal, ha tomado la siguiente información de la obra de Robinson: "Hace aproximadamente dieciseis años un tesorero Inglés, que por casualidad había visitado el Río San Juan, examinó detalladamente la barra, y descubrió una ruta que, aunque estrecha, daría pasada a una embarcación que desplazara un volumen de veinticinco pies". Está por demás decir que este tesorero Inglés era Patterson, quien por su insistencia en hacer minuciosos exámenes de la barra, mereció encarcelamiento hasta que finalmente fué expulsado del país.

En el transcurso de mi narración de este viaje, el lector habrá reparado en los muchos obstáculos naturales a los que se tendrá que hacer frente si algún día se intenta hacer la muy deseada comunicación entre el Atlántico y el Pacífico por el Río San Juan y los Lagos de Nicaragua y León, además de la falta de datos exactos que hasta ahora se han recibido en relación a la magnitud de tales obstáculos.

Esos obstáculos son indudablemente mucho mas grandes de lo que ningún escritor sobre la materia hasta la fecha ha publicado, y aunque se pudieran vencer por medio de la concienzuda aplicación del capital Inglés y Americano, ayudado por la cooperación de los Estados Centrales, los Estados Unidos y el Gobierno de Colombia, es evidente que las asociaciones que hasta el momento se han formado en Inglaterra y en otros lugares son totalmente inadecuadas para ese fin, y no poseen, ni el capital, ni la información, ni la influencia necesaria para hacer siquiera el intento. Se debe reconocer que el principal impedimento se encuentra en el Río San Juan mismo, que según los datos erróneos de Bryan Edwards, el elegante historiador de las Indias Occidentales, es la parte más fácil de la empresa. Se debe tener en cuenta que aunque se saque el mejor partido de las partes más profundas del río, siempre habrá que hacer numerosas esclusas. Indudablemente, el puerto es ideal

como entrada al canal, y no habría mucha dificultad para ahondar la barra y hacer el río navegable para embarcaciones grandes hasta Sarapiquí. Pero no lejos de este lugar se encuentra uno con serios obstáculos. Y aunque se necesitarán obras de gran magnitud para vencer el raudal principal en el Castillo de San Juan, no considero que esas obras vayan a ser las más complicadas o las más costosas. Lo que requerirá el esfuerzo y la inversión más grande será la necesidad de acabar con los bajíos del río y la consecuente extensión de los canales laterales y acueductos necesarios para llevarlos sobre los distintos riachuelos que desaguan en el Río San Juan. Desde el lago, la corriente que forma el comienzo del río se precipita por una base rocosa con bastante rapidez. La base de la loma en que se yergue la Fortaleza de San Carlos parece estar compuesta de sólida roca, con enormes piedras en distintos sitios. Pero abriendo un canal por el terreno bajo detrás de la fortaleza, quizás no habría mucha dificultad en construir una entrada segura del lago al río, y por lo tanto se evitaría el peligro y dificultad que presenta el lecho del río en su punto de partida del lago. Pero en mi opinión la dificultad más grande de todas sería la "absoluta necesidad" de emplear mano de obra extranjera, gente que no está acostumbrada al clima, para realizar todo el trabajo "pesado" en el río, porque es evidente por lo que ya he dicho del carácter, hábitos y disposición de los Misquitos y otros Indios de la costa, que sería en vano esperar cooperación eficiente de ellos, porque aunque se les halagara de la mejor manera desde el punto de vista de salario, son incapaces del esfuerzo continuo de un duro trabajo y no es muy probable que abandonaran la comodidad de su actual vida, fácil e indolente, para abrazar una de duros esfuerzos, y especialmente algo que saben sería de beneficio para sus eternos enemigos, los Españoles.

Las especulaciones de Robinson y otros escritores en relación con la facilidad de obtener mano de obra nativa son quiméricas. Sin embargo, si se empleara mano de obra extranjera, los Indios, serían capaces de conseguir y suministrar, a un precio cómodo, gran abundancia de provisiones siempre y cuando se les tratara con buenas maneras.

En relación a los materiales de construcción para las diferentes esclusas, etc., se tendría a mano abundancia de buena madera, basalto y roca blanca, lo mismo que arcilla y ladrillos de barro.

Una vez en el lago de Nicaragua, las embarcaciones encontrarían suficiente profundidad, y con la ayuda ocasional de unos cuantos vapores, no tendrían dificultad en trasladarse de un extremo a otro.

Los obstáculos que se tienen que vencer para hacer una comunicación entre los dos lagos no son tan grandes. Es probable que el canal natural que en un tiempo existió, solo esté bloqueado en parte o por corto trecho, y que unas pocas millas de canal sobre el estrecho istmo que separa a los dos lagos no sería un trabajo de gran magnitud, y no se presentaría mucha dificultad, aunque se necesitarían más esclusas para abrir la comunicación de León al Mar del Sur, siendo la distancia, como ya

he dicho antes de solo unas pocas millas.

La mayoría del trabajo en esos dos últimos puntos podría ser hecho por mano de obra nativa, por medio de la influencia de las autoridades locales, pero creo que aún el número máximo de trabajadores criollos y nativos que pudieran suministrar los Estados Centrales sería inadecuado para la inmensa labor que se necesita hacer en el Río San Juan.

Quizás, como he dicho antes, una línea de comunicación aún mejor entre el lago de Nicaragua y el Mar del Sur, se podría encontrar por el terreno bajo al occidente de la Isla de Ometepe, en el Lago, hasta el golfo de Papagayo: El terreno en ese lugar no es ni alto ni la distancia es grande. Si se me permitiera hacer otro de mis comentarios especulativos, sobre un asunto tan importante, diría que hay probabilidad de encontrar una comunicación aún más factible entre el Lago de Nicaragua y el Atlántico por medio del Río de Bluefields, cerca de la ruta tomada por los negros que ya he mencionado. Pero menciono esto con mucha deferencia, y simplemente con la intención de indicar un punto que valdría la pena examinar.

En lo dicho antes he querido simplemente corregir varios errores muy difundidos, que han existido por mucho tiempo, en relación con la topografía de esta interesante región, y a falta de una guía científica, he querido añadir mi granito de arena a la gran masa de información que últimamente se ha estado publicando en relación con el Nuevo Mundo.

Es quizás innecesario decir nada de las muchas ventajas que se obtendrían por medio de una comunicación entre los dos inmensos océanos, después de los muchos volúmenes que ya se han escrito sobre el asunto. Sin embargo, aún no he oído hablar de ningún plan en una escala suficientemente grande, para asegurar al mundo todas las ventajas de una empresa que tanto merece el esfuerzo combinado de Europa y América. Yo concibo humildemente que, para asegurarse todas las ventajas que tendría la comunicación de barcos en gran escala, la faena solo se puede realizar bajo sanción de todos los poderíos marítimos, y que, para evitar las envidias y las interpretaciones, debe ponerse bajo el control de un país inferior cuya independencia esté garantizada por el poderío unido de Europa y América. Sin una protección similar contra los intereses de las naciones, y la errada política que podría ser adoptada por una sola nación que tuviera este canal bajo su control, su navegación estaría sujeta constantemente a interrupciones y los grandes beneficios que se deberían derivar de él, no serían aprovechados.

Si por último se decide tomar la ruta del Río San Juan, las personas a cargo de la empresa se beneficiarían, y hasta podrían sacar algo del costo de la construcción de esta empresa gigante, explotando las minas que quedan a ambos lados de la parte superior del río, cerca del Lago de Nicaragua. La mina al lado norte del río, que según dicen es inmensamente rica, fue abandonada en un tiempo por orden del gobierno, que probablemente temía que se supiera su valor y eso provocara intervenciones, no solo de las tribus de Indios, sino también

de los Independientes, de cuyos intentos para penetrar en el país se querían proteger.

Las del otro lado todavía estaban siendo trabajadas, aunque en forma privada. La cantidad de oro que se encuentra en esas minas, y en los ríos cercanos, era muy grande según decían; No hay duda de que toda la región contiene partículas auríferas, y que, cuando los mineralogistas tengan libre acceso a ellas, se descubrirán nuevas minas de valor quizás igual o mayor a las actuales. Sin embargo, como no pretendo ser mineralogista o ingeniero, simplemente digo esas cosas como sugerencias para la consideración de los entendidos en la materia. Porque yo estoy convencido que en esta era de empresas, la idea del canal no se podrá abandonar fácilmente, como se hizo hace unos ciento treinta años, sino que al contrario, culminará en una feliz realización.

Antes de salir de San Carlos, diré para dar al lector una idea de la cantidad de madera que se encontraba en el país, que más de trecientas toneladas de madera de Brazileto habían estado abandonadas allí, las cuales habían sido compradas por un Americano que, al ver que el transporte por el río no era muy eficiente, y habiéndose dedicado a otros negocios, había abandonado la madera y el Gobernador la estaba usando ahora como leña.

Por muchos años, San Carlos ha sido usado como prisión para criminales y vagabundos de todo tipo que llegaban de León y de los diferentes pueblos que bordeaban los dos lagos. El desembarcadero queda a cierta distancia de la ciudad y es el único lugar poco rocoso. Aquí se reúnen los soldados para pescar, y casi siempre tienen éxito.

Cuando me despedí del Gobernador Don Juan Blanco, me dió un mensaje dirigido al comandante del puerto de San Juan, en que me autorizaba, como compensación por las pérdidas que había sufrido, para hacer comercio en el futuro. También me informo que me dejaba en libertad para seguir de allí a la Costa Mosquita con el primer grupo de Indios que allí hiciera escala, y que como era el mes de Octubre, encontraría a muchos que regresaban a casa después de la época de pesca.

El bongo en que nos embarcamos, llevaba provisiones para el puerto de San Juan y para las instalaciones militares en el puerto. El otro bongo llevaba un refuerzo de veinte hombres destinados a los mismos lugares. Nuestro viaje el primer día culminó al llegar al sitio seco en donde, en el viaje de ida, habíamos abandonado las varas. Allí pasamos la noche, y temprano a la mañana siguiente reanudamos el viaje, procurando mantenernos en la parte más fuerte de la corriente, que en los bajíos nos arrastraba con gran velocidad. En el curso de la mañana llegamos al raudal principal, en la vieja fortaleza de San Juan, y manteniéndonos en el centro de la corriente, pasamos sin novedad, aunque a una velocidad asombrosa. Luego desembarcamos en la fortaleza y bajamos las provisiones que estaban destinadas a ese lugar. A la mañana siguiente seguimos nuestro viaje río abajo, manteniéndonos, como el día anterior, en la parte más fuerte de la corriente.

Al anochecer llegamos a Sarapiquí, donde me encontré con un sargento y tres o cuatro individuos

de mal aspecto, que estaban montando guardia.

No se apreciaba ninguna corriente en el tributario del río San Juan en Sarapiquí el cual luego conectaba con el "Río Colorado", siendo este tributario bastante ancho y al parecer bastante profundo. A los primeros albores del día salimos de allí, y en el curso de la mañana nos encontramos con un mensajero que venía en una embarcación especial del comandante de las instalaciones militares en el puerto. Traía una carta del Rey Mosco escrita en Español, dirigida al Gobernador de San Carlos y León, en la cual ordenaba que inmediatamente se pusiera en libertad a Brown y sus otros súbditos, y que si no lo hacía, amenazaba con comenzar una guerra contra todas las colonias españolas contiguas a su territorio! El mismo mensajero también llevaba cartas para mí, en las que se me daba a conocer lo mismo que se anunciaba al Gobierno, y una carta del Rey en la que me pedía que regresara lo más pronto posible al Cabo Gracias a Dios, de donde me enviaría a la Bahía (de Honduras), y no pude menos que sentirme contento con el proceder del Rey Mosco, Brown comunicó la buena nueva a los demás, y todos se alegraron de ver que sus amigos no los habían abandonado.

Para dar un ejemplo del espíritu y carácter de esa gente, permítaseme mencionar que, antes de llegar a Sarapiquí, había observado a Brown un poco pensativo, y que a menudo hablaba en privado con los otros Indios, quienes de vez en cuando quedaban viendo los paquetes de la embarcación y también al "Patrón" y a la tripulación, con una expresión extraña en el rostro.

Yo estaba convencido de que el trato que les habían dado, junto con la pérdida de una temporada completa de pesca, los había afectado mucho y sospechaba que Brown estaba tramando alguna venganza. Me insinuó que su mente la tenía ocupada con la elaboración de ciertos planes y me preguntó que si sabía qué contenían los paquetes. "Solo provisiones para los soldados", le contesté. "No contienen dinero para pagarles?", me preguntó. "Nó", le respondí. "Tengo entendido que el dinero ya había sido enviado antes que saliéramos de San Carlos, y me gustaría que me dijeras lo que estás tramando". Después de hablar con sus compañeros, me dijo que él y sus camaradas estaban pensando en apoderarse de unas cuantas armas de fuego de las que iban en la embarcación, tirar al agua al "Patrón" y a los remadores, y, en la confusión que se produciría, arrastrar el bongo al tributario de Sarapiquí, tomar el dinero y los objetos valiosos, y abrirse paso hasta el Río Colorado, o Boca de la Tortuga, donde con seguridad se encontrarían con algunos paisanos suyos, con cuya ayuda podrían poner en jaque a los Españoles. Me dijo que el otro bongo que llevaba a los soldados a bordo siempre iba a una distancia bastante grande delante de nosotros, que solo el Patrón y nosotros íbamos en la parte trasera del bongo, y que por lo tanto él creía que se podría hacer la hazaña fácilmente con mi cooperación.

Yo le contesté que, dadas las circunstancias actuales, "no sería bueno" hacerlo por simple venganza; que solo conseguiríamos la embarcación y

las provisiones, las cuales de nada nos servirían. Le hice ver la presencia del sargento y los otros hombres que estaban montando guardia, pero le parecieron poca cosa, diciendo que con "su mosquete, su machete y los matorrales", los podría eliminar él solo sin la ayuda de nadie. A pesar de mi oposición, lo único que los detuvo de llevar a cabo su plan fué la posibilidad de que el otro bongo, con todos sus soldados, los persiguiera.

La tarde del tercer día llegamos a la fortaleza. No creo que hayamos tardado más de treinta y seis horas en bajar el río, y estoy seguro de que los Indios hacen el recorrido río arriba hasta llegar al Lago en uno de sus dories fácilmente en tres días, y hacen el mismo recorrido río abajo en menos de la mitad de ese tiempo. El comandante de las instalaciones me recibió con educación y dijo que sentía mucho que me hubieran tenido tanto tiempo en San Carlos y Granada, que habían ampliado las guarniciones por temor a ser atacados de nuevo en el puerto y que las dos goletas habían zarpado no hacía mucho, y que por entonces ya estarían en puerto o en manos de sus enemigos.

Al siguiente día de nuestra llegada, ingresaron al puerto unos cuantos Misquitos procedentes de Boca de la Tortuga. Habían oído hablar de nuestra captura y habían recibido órdenes del Almirante de darme todas las cosas necesarias para que regresara al Cabo sin demora, pues el Rey había dado orden de que se me facilitaran caballos, provisiones, hombres, embarcaciones, etc. Y tan ansiosos estaban de cumplir con esas órdenes y de enterarse de nuestras aventuras, que inmediatamente se dirigieron a la colonia de Rama, sin detenerse a cazar manatíes, que era lo que en un principio tenían planeado hacer. Por consiguiente, después de echar otro vistazo al sitio donde por poco perdí la vida, me embarqué con esos Indios y en la colonia de Rama fui recibido por Pedro, el hombre principal del lugar, quien me hizo objeto de finas atenciones. Nos

proporcionó un gran bote para trasladarnos a Bluefields, y de allí a Laguna de Perlas, donde fuimos recibidos con mucha alegría, pues les habían contado que me habían dado muerte y que habían vendido a los Indios como esclavos. En Laguna de Perlas Scipi, el hombre principal del lugar, nos dio una canoa para que cruzáramos la laguna y llegáramos al puerto. De allí nos fuimos a pie hasta llegar al pueblo de Drummer, quien nos proporcionó caballos, y al día siguiente llegamos a Prinzapolka, la ciudad natal de mis Indios. De un modo u otro la gente se había enterado de nuestra llegada, y desde antes de llegar a las cercanías de la ciudad, nos fue a recibir una muchedumbre, que se alegraron sobremanera de ver regresar a sus amigos, a quienes ya daban por muertos. Brown y sus compañeros fueron bajados de los caballos y casi devorados por las caricias de sus amigos y parientes, quienes hasta lloraban de alegría al verlos y al mismo tiempo proferían insultos contra los españoles. No pude evitar el pensar de lo que me habría sucedido, si, por descuido mío, estos Indios hubieran perecido y yo hubiera caído en manos de sus familiares. Me dirigí en mi caballo hacia la residencia del Rey, pero pronto me dió alcance Brown acompañado de Para, uno de los hombres principales, y otros ancianos venerables que se habían enterado de lo mucho que me había preocupado por el bienestar de mis compañeros y atribuían su libertad a mis esfuerzos, por lo tanto me consideraban uno de sus mejores amigos y me trataron con la mayor fineza y consideración. Ultimamente habían estado planeando una expedición contra las colonias Españolas que les quedaban más cercanas, con la intención de robarse a algunos Españoles y tenerlos como rehenes para garantizar la seguridad de Brown y sus compañeros. Me hicieron muchas preguntas con respecto a posibles fuerzas de los destacamentos españoles, y se sirvió abundante mishla, con lo cual pasamos una noche de regocijo y contento.

Capítulo XIII

Conducta generosa de los indios. — Su relato de la expedición de Lord Nelson. — Viaje al Cabo Gracias a Dios. — Tamaño y valor de la caoba, etc. — Hombres Misquitos. — Crueldad de barras. — Distintivo del Rey. — Viaje a Belice. — Racon. — Visita a Black River. — Caribes y el Pan Caribe. — Colonias, Historia y carácter de los Caribes. — Región de los Poyer. — Islas de Guanaja. — Roatán. — Tormentoso viaje por la bahía de Honduras.

Durante los pocos días que permanecí en Prinzapolka, el hombre principal me sugirió que permaneciera completamente entre ellos, y me aseguró que si así lo hacía y me identificaba con ellos como miembro de la tribu, ellos a su vez no solo me defenderían sino que, por medio de ellos, podría llegar a hacer gran comercio, tanto en la costa como en el interior y pronto estaría rico. Aunque no puede aceptar sus propuestas, no tenía la menor duda de que lo que me proponían habría sido posible. Dije a Brown y sus compañeros que, por la pérdida de mis bienes, embarcación, etc., no tenía con qué pagarles, por el momento, el tiempo que habían perdido y las dificultades que habían pasado, pero dividí lo que me quedaba de dinero

entre ellos, reservando únicamente para mí lo esencial para mi viaje a la Bahía de Honduras. Al principio no solo rehusaron el pago sino que, para sorpresa mía, sus amigos me dijeron que habían reservado una parte del carey para mí antes de enterarse de que yo había caído preso, y que ahora estaba a mi disposición. Que luego, cuando me recuperara de las pérdidas que había sufrido, les podía pagar. Aún más: aunque Brown y sus Indios se habían perdido de pescar toda la temporada debido a las desgracias que me pasaron, ellos insistieron generosamente en pagar a sus paisanos todo el dinero que acababan de recibir de mis manos, a cuenta de ese carey, siendo este uno de los rasgos de su carácter que en vano busqué en los Misqui-

tos. Pero no olvidemos que esos Indios de Prinzipolka son de raza pura. En mis visitas a ellos y en los negocios que con ellos hice, encontré que siempre eran justos, correctos y honorables en su proceder.

Brown me acompañó al Cabo Gracias a Dios, y como la época lluviosa había comenzado temprano y con mucha violencia, nos mantuvimos cerca de la costa deteniéndonos en Brancman y en la Residencia del Gobernador Clementi.

En Brancman ví una vez más a varios de los viejos Indios que habían acompañado a Lord Nelson cuando éste bajó por el Río San Juan. Todos estuvieron de acuerdo en que, en esa ocasión, el viaje se había hecho en la época más inadecuada del año, y que se les había obligado a una disciplina y dieta que no les satisfacía; por lo tanto estuvieron muy descontentos y enfermos y la empresa tuvo que ser abandonada después de un éxito parcial.

Nuestra reciente captura ocasionó muchas preguntas acerca de las colonias Españolas en el Lago de Nicaragua, y a juzgar por la seguridad con que hablaban de penetrar en el Lago, no me cabe la menor duda de que esa gente, bajo el mando de un buen líder, estarían listos para poner en jaque esas colonias en cualquier momento.

Llegué al Cabo Gracias a Dios a fines de Octubre, y fui recibido por el Rey con muestras de atención. Expresó gran satisfacción al ver que había regresado sano y salvo y me explicó las medidas que había tomado para ayudarme, alegrándose al enterarse de que sus cartas habían llegado a mis manos sin ningún contratiempo. Al irme convine en hacerme cargo de dos "dories" bastante grandes que él quería enviar a la colonia Británica en la Bahía de Honduras, para convencer a los comerciantes de ese lugar del gran tamaño y excelente calidad de la madera que se producía en su país. Esas dos embarcaciones se habían hecho de un solo árbol cada una, uno de caoba y el otro de cedro, que medían como treinta y cinco pies de largo, y casi seis pies de ancho.

Ya he hablado en parte del carácter e inclinaciones de los Misquitos, y antes de despedirme de ellos diré algo más sobre sus costumbres y modo de vida.

Parece que no tienen una idea precisa del sistema de premios y castigos en el mundo futuro (después de la muerte). No necesito decir que solo viviendo con la gente y mezclándose constantemente con ellos, en todas las épocas del año, se les puede llegar a conocer a fondo. Sin embargo, al igual que todos los ignorantes, ellos también son excesivamente supersticiosos y creen firmemente en la aparición de "duppies" o espíritus, a los cuales tienen mucho miedo, atribuyendo su aparición a designios malévolos. Muchos de los Misquitos apenas se atreven a salir de sus casas solos en la noche, por temor a esos espíritus. La mente del Rey George Frederick estaba tan embebida de ese terror supersticioso que yo mismo lo he visto horrorizado de tener que abandonar su casa después de la puesta del sol.

Al mal espíritu lo conocen con el nombre de "woolsaw", o demonio, que en su opinión arruina

las cosechas, ocasiona el fracaso en la pesca y causa otros graves perjuicios. La labor del Sookiah, o doctor brujo, es propiciar a los malos espíritus.

Los Misquitos también creen en brujerías y en el poder de las prácticas de "Obeah", y a ello se atribuyen muchas curas realizadas por los "Sookiahs". Como prueba de ello, solo necesito relatar un caso. Frank, un esclavo negro que había pertenecido en un tiempo al Coronel Augusto, había huido de Belice y había sido recibido en Patook por Jack, a quien ya hemos mencionado en otro capítulo. Frank había aprendido el tratamiento que se daba para cierta enfermedad que tenía el General Robínson y Barras, en Honduras. Barras se curó, pero no así el General Robínson, quien por su propio descuido y obstinación, se había gravado y había muerto después de una intervención quirúrgica en Belice. Por ese tiempo, un hijo de Barras que había sucedido a Robínson el cargo de General, enfermó y el Sookiah declaró que los poderes del negro Frank eran mayores que los de él y que por la interferencia de éste no podía curar al joven enfermo. Inmediatamente mandaron a llamar a Frank, pero el joven murió, y a continuación de los funerales, llegó Barras a Patook acompañado por un grupo de sus secuaces, y capturando al negro, decidieron, no obstante sus protestas, hacerlo pasar por la "Prueba". Lo ataron de manos y pies y lo tiraron al río, pero con mucho esfuerzo y gracias a su ingenio, logró no ahogarse. Entonces lo llevaron en una canoa a una parte más profunda del río, pero, a pesar de que logró mantenerse a flote, lo declararon culpable y le ataron una cuerda de la cual colgaban grandes pesas, con lo cual se hundió definitivamente. Después el viejo Jack sacó el cadáver y caritativamente le dió sepultura. Luego Barras acusó a Jack de prácticas de Obeah, y siguió hostigando a los Negros y Caribes ahuyentándoles su ganado, tomando a uno de los hijos de Jack, como esclavo y causándoles otros perjuicios similares hasta que el Rey tomó cartas en el asunto. Si no hubiera sido por eso, las víctimas de las fechorías de Barras ya estaban pensando irse de las plantaciones donde habían vivido desde que los Ingleses se habían marchado, y entregarse como esclavos a los descendientes de sus anteriores dueños.

El método de preparar la bebida de Mishlaw, que ya ha sido descrito, traerá a la memoria del lector recuerdos de los Tahitianos y otros habitantes de las islas del Mar del Sur. También son similares los nativos de aquí con los tahitianos en los ritos del sepelio. La sepultura se hace en una parte agradable de la pradera y sobre ella se construye un ranchito, donde se ponen varias ollas de barro llenas de agua, frutas y otras provisiones. Se considera deber sagrado mantener provisiones frescas en el rancho durante largos meses y a veces años. Otra costumbre que tienen es la de considerar como "hechizada o tabú" la casa en que hay una persona enferma. Por ejemplo, la última vez que pasé por la casa del difunto General Robínson, me dijeron que no me acercara a ella y me obligaron a dar una gran vuelta a sotavento. Les dije que sería mejor ir por el lado de barlovento de la casa, pero repusieron que estaba estrictamente prohibido porque de esa manera podríamos ocasionar

la muerte del enfermo al interceptar el paso del viento y "arrebatarle el aliento". Sus muestras de dolor a la muerte de un pariente son, no solo sumamente exageradas, sino que también prolongadas, manteniéndose por espacio de años cuando se trata de una persona cuya familia es muy querida y estimada en la comunidad. Más de una vez, a media noche, me despertaron los lamentos melancólicos de una mujer que lloraba la muerte de un ser querido y en medio de sus lamentos enumeraba las cualidades, verdaderas o supuestas, del difunto. Al oír esos lamentos, las otras mujeres empiezan a lamentarse también, y es demás pensar que se puede dormir el resto de la noche, pues el lloriqueo continúa hasta el amanecer. La Navidad se celebra en toda la Costa Mosquita y en ella toman parte Indios, Sambos y Caribes por la simple razón de que es costumbre Inglesa y porque se celebra en una época en que no interrumpe la pesca y sus otras ocupaciones. Los hombres más prominentes envían al Rey regalos de ron, etc., con lo que éste puede darles de beber hasta saciarlos, y como llegan de los lugares más distantes y ninguno se presenta con las manos vacías, las casas se llenan de gente y de regalos y todos beben sin cesar por espacio de varios días.

Al viajar por la Costa Misquita, el Rey acostumbra dar a todos sus amigos forasteros o personas que viajan especialmente en una "misión del Rey", un "distintivo" que, al ser mostrado, hace que toda la gente del Rey preste pronta ayuda a su portador para realizar el viaje. Este distintivo es a veces un bastón con empuñadura de oro, un lente, o cualquier otro artículo que se sabe pertenece al Rey. En una ocasión me dieron un sable como distintivo, pero casi nunca tuve que hacer uso de él, pues era persona conocida en la Costa, y aunque siempre ofrecía remuneración por los servicios que me prestaban y provisiones que me facilitaban, muchas veces esa remuneración era rehusada, especialmente cuando la gente se enteraba de que yo había sido capturado por los Españoles y que había perdido mis bienes. Eso por sí solo me hacía merecedor, a sus ojos, de toda cooperación gratis. Por ejemplo, hace poco cuando visité Kukari encontré solamente a un viejo con su esposa y sus hijos. Los demás habitantes se habían trasladado a las plantaciones en el interior del país para mientras terminaba la época lluviosa. Sin embargo, a pesar de que se encontraban solos, insistieron en matar sus últimas aves para darme una "comida que me llenara", y hasta que sus invitados no dan muestras de estar verdaderamente llenos, esa gente insiste en que sigan comiendo sin parar.

Cuando los dos dories que ya he mencionado estuvieron listos para el viaje a Belice y les había sido asignada a cada una una tripulación de diez expertos Indios y abastecidos con suficientes provisiones, yo me puse al mando del dorie de cedro y el otro, el de caoba, fue puesto bajo el mando de un Misquito de nombre Racon, quien tenía mucha experiencia en navegación y era muy conocedor de todos los bajíos y cayos de la bahía. Nos acompañaban otros Misquitos en canoas cargadas de artículos para vender en Belice, en cuya venta yo iba a tener una comisión.

Salimos del Cabo a media noche aproximadamente y ayudados por un viento favorable que soplabla y por los remos, llegamos a la altura de "False Cape", (Cabo Falso) antes de que empezara a soplar una brisa del mar que, viniendo en dirección Este, nos impulsó rápidamente costa abajo. Cuando la brisa empezó a disminuir al anochecer nos encontrábamos muy cerca de tierra, y por la mañana consideramos prudente cruzar la barra de Black River y tratar de conseguir una brújula con los nuevos moradores del lugar. Encontramos a esa gente en estado de júbilo, esperando la llegada de unos emigrantes de Inglaterra, y allí me reuní con dos jefes de las tribus vecinas de los Caribes, uno llamado Luis Grande y el otro Luis Pequeño. El primero había estado ayudando a los nuevos moradores a levantar sus casas, con la cooperación de algunos de sus hombres, y a limpiar el terreno para que tuvieran una buena cosecha. Les prometí que me reuniría con ellos de nuevo en su colonia principal, y habiendo obtenido lo que necesitaba de manos de Mr. Warren y del Coronel Gordon, aproveché el viento terral del anochecer y de nuevo crucé la barra. Rápidamente nos dirigimos costa abajo a las principales colonias Caribes, que quedaban como a doce millas de distancia de Black River, y fuimos recibidos con amabilidad. Nos regalaron todas las aves de corral, frutas, pan y otras provisiones que quisiéramos y no aceptaron casi nada como pago. El método de preparar el pan de los Caribes, del cual se venden grandes cantidades en Belice, es el siguiente: Se escogen las mejores raíces de cazabe y se lavan y se pelan. Luego se rayan en grandes rayos de hojalata los cuales se obtienen con los comerciantes especialmente para ese fin. El cazabe ya rayado se lava en agua limpia y se pone en un costal o canasto especial que se coloca en posición perpendicular entre dos postes, y por medio de la aplicación de una palanca, se le exprime toda el agua. La substancia harinosa que queda se pone a secar al sol y luego se usa como sustituto de la harina o para la elaboración de grandes redondos de dieciocho o veinte pulgadas de diámetro y de un cuarto de pulgada de grueso que se cocinan en grandes platos de hierro a fuego manso. Cuando se elaboran de la manera adecuada esos panes duran meses, y cuando están frescos tienen un sabor agradable y son muy alimenticios. La harina también se disuelve en agua y se cuece para hacer un atol bastante espeso sazonado con chile o se toma con miel de caña de azúcar.

Esos Caribes son originarios de las Islas de So-tavento, pero fueron expulsados de allí porque estaban ocasionando muchos problemas, y fueron enviados a Roatan, una Isla en el Golfo de Honduras, con todas las facilidades para que formaran una colonia allí. Se les dió ropa y una gran embarcación llena de provisiones, implementos agrícolas y otras cosas, la cual fué anclada en un lugar seguro del puerto de la isla y puesta a las órdenes de los jefes. Sin embargo, entristecidos por haber sido expulsados de su lugar natal y despreocupados como eran por naturaleza, dejaron que se hundiera la embarcación donde estaba almacenado todo y de esta manera perdieron la mayoría de las cosas des-

tinadas a facilitarles y hacerles más cómoda la vida en esa nueva isla. Los españoles de Trujillo los visitaron y muchos de los Caribes se fueron con ellos para esa ciudad y fundaron una colonia al lado oeste de ella. Como su libertad estaba garantizada, muchos de ellos ingresaron al servicio militar Español bajo subalternos que habían sido escogidos de entre su misma tribu. En la actualidad componen la mayoría de la población de Trujillo.

Sin embargo, algunos de ellos que al principio estaban insatisfechos por la situación en que se encontraban, se fueron de allí y de Roatan a la Costa Misquita, donde tienen dos colonias principales: una cerca de "Great Rocks", como a veinte millas al occidente de Black River, y la otra cerca de "Cape Cameron" (Cabo Cameron). El Rey Mosco les dio todo el apoyo que pudo y ellos formaron una cadena de colonias que llegaba hasta Patook. Pero debido a la conducta opresiva de Robinson, el difunto jefe, y Barras, su sucesor, la mayoría se ha retirado y se han concentrado al Norte de Black River, donde su número está creciendo rápidamente de modo que hoy día se sienten lo suficientemente fuertes como para desafiar a sus enemigos. Sus casas son mejores construidas que las de los Misquitos y son más cómodas e independientes. Cada casa tiene su pequeña plantación, que se mantiene siempre muy limpia y bien cuidada. Los Caribes habían ayudado a unos cuantos de los nuevos colonizadores de Black River a construir sus casas y a limpiar el suelo, pero estos últimos carecían de los recursos necesarios para aprovechar debidamente los esfuerzos de los Caribes. Luis, uno de los jefes, me informó que nunca se mezclaban con los indios en matrimonios mixtos o de ninguna otra manera y que aunque sus antepasados de las Islas de Sotavento hubieran sido muy malos, ellos ahora eran honrados y dedicados a su trabajo. No son tan expertos como los Indios en la caza o en la pesca, pero con el machete son iguales a los Valientes y con el mosquete, de los cuales cada Caribe tiene uno, superan tanto a los Misquitos como a los Indios. En general, sus colonias casi siempre están situadas cerca de la costa. Cultivan arroz, cazabe, caña de azúcar, etc. y crían cerdos, patos, y pavos en abundancia, que junto con el pan que ya hemos mencionado, venden en Trujillo y Belice. En este último lugar se emplean por espacio de varios meses en los trabajos de corte de caoba y maderas de construcción y trabajan junto con los leñadores. Los antepasados de esa gente fueron los últimos descendientes directos de la raza que habitó muchas de las islas del mar Caribe en tiempos en que fueron descubiertas por Colón, aunque bastante modificados por estar mezclados con Negros.

La mayoría de ellos tienen la piel de un color rojo oscuro, muy parecido al color de la piel del negro, de la que a menudo es difícil distinguirla. Tienen el mismo pelo crespo de los Negros, pero su piel es asombrosamente limpia y sana. Tienen buena constitución y son activos y vigorosos. Sus rasgos físicos son agradables, especialmente los de los jóvenes, y nunca noté en ellos ninguna de las deformidades del cráneo del Orinoco. Sin embargo, esos últimos, al igual que otras tribus que habitan las riberas de ese río (el Orinoco), los Canra

y Cumana, que se dice tienen, además de esa deformidad de la cabeza, una estatura exagerada y gran fuerza, pertenecen a otro grupo, que dicho sea de paso, casi siempre estaban en guerra contra los hombres rojos de San Vicente y otras Islas de Sotavento. El suelo que rodea la colonia donde viven actualmente los Caribes es fértil, montañoso y húmedo. Tiene varios ríos y riachuelos, en cuyas riberas abunda la caoba más fina que se pueda encontrar, maderas colorantes, zarzaparrilla y otros valiosos productos. Las colinas de los Poyer, llamadas por los Españoles "Sierra de la Cruz", llegan casi hasta la orilla del mar.

Nos despedimos de los Caribes al anochecer, y de "Great Rocks" seguimos hasta Bonacca o Guanaja, una pequeña isla que en 1502 fué descubierta por Colón en su cuarto viaje, cuando tuvo su primer entrevista con los nativos del continente. Llegamos a esta isla temprano la mañana siguiente y desembarcamos en un puerto excelente en su costado Sur. La playa estaba cubierta de palmeras de coco y en el suelo se veían numerosas huellas de cerdos salvajes (jabalíes). La isla tiene colinas de elevación considerable, en las que abundan los árboles de toda clase. Se cree que contiene, además depósitos de piedra caliza y zinc. Del extremo Este de Bonacca hasta la pequeña isla de Barbaratte, hay una cadena de escollos y grandes rocas, algunas con profundos canales entre una y otra. Desembarcamos en Barbaratte, que está cubierta de plantas espinosas y enmarañados matorrales, y a orillas de la cual pude distinguir tres o cuatro tipos diferentes de uvas silvestres. Nuestros pescadores atraparon una tortuga gigantesca, de esas que se conocen con el nombre de "green turtle" (tortuga verde), y también cogieron algunos pescados. Al anochecer proseguimos nuestro viaje recorriendo el resto de Barbaratte y la pequeña Isla de Moratte, y luego seguimos con destino a la isla de Roatan.

Roatan mide como treinta millas de largo y ocho o nueve de ancho. El terreno es moderadamente alto, cubierto de bosques, excepto el extremo occidental, donde hay praderas amplias que en un tiempo se usaron para la cría de mulas y ganado en general. Esta bella isla tiene un puerto excelente y fácil de defender. Hace algún tiempo estuvo en manos de los Ingleses, quienes lo fortificaron con instalaciones militares y separaron un espacio en un extremo para fundar en él una ciudad. En el bosque abundan los venados y cerdos salvajes (jabalíes), lo mismo que palomas y millones de loros y otras aves, muchas de las cuales son excelente alimento. En la costa hay abundancia de peces y tortugas de toda especie. Los Ingleses retiraron sus tropas de allí al mismo tiempo que abandonaron la Costa Misquita, y debido a la facilidad con que podían ser atacadas por Indios y otros beligerantes en aquellos difíciles tiempos, todas esas islas han permanecido desiertas.

Desde Roatan se divisa la Isla de Utila, y después de un breve recorrido, desembarcamos en una playa baja en su extremo occidental, donde las aguas estaban totalmente tranquilas. El suelo de todas esas islas es fértil y se presta para el cultivo de algodón, café, etc., siendo iguales los productos naturales de todas ellas. Por todas partes se veían

bandadas de palomas y loros al vuelo, y había gran abundancia de cocos.

Abandonamos esa isla al segundo día, y apenas habíamos pasado los escollos cuando nos golpeó una oleada que venía del noreste, y a pesar de que teníamos bastante lastre a bordo, nos fué difícil mantener nuestro curso. Por la noche sopló un fuerte ventarrón y las aguas se embravecieron de tal manera que casi nos vamos a pique.

La mayoría de los Misquitos que iban a bordo se tiraron al agua para disminuir el peso en la embarcación y el resto se dedicó a achicar la embarcación valiéndose de sombreros, calabazas, o cualquier otro objeto similar. Toda la noche luchamos contra la tempestad, y al día siguiente nos encontramos frente a Glover's Reef, en el cual rompían tremendas olas. Pero a medida que se aproximaba la salida del sol se fué moderando el viento poco a poco, y al doblar el extremo sur, llegamos por fin a aguas tranquilas. Racon y su tripulación pasaron un mal rato tratando de mantener seco su dorie. El nuestro, aunque no se mantuvo muy firme en la tempestad, al fin y al cabo resultó ser el más seguro de los dos, pues no solo se habría mantenido a flote sino que habría aguantado bastante peso aún lleno de agua. Las canoas más pequeñas

se habían mantenido más a barlovento y pasaron sin novedad por el Canal de Cayo de Tabaco ("Tobacco Kay"). En esta tempestad tuve la oportunidad de apreciar hasta qué punto se podía uno confiar de los Misquitos en caso de mal tiempo y me formé una magnífica opinión de ellos como marineros. Siempre estaban prontos a obedecer las órdenes que se les daban y no perdieron la calma. No me cabe duda de que con el entrenamiento adecuado, estos hombres podrían llegar a convertirse en expertos marineros.

Encontramos a un grupo de pescadores en uno de los cayos de Glover's Reef, quienes estaban atareados salando pescado y secándolo al sol para venderlo en Belice. Ese día pude conseguir para-je a Belice en una embarcación comercial de Omoa, cuya tripulación se había detenido allí para recoger cocos y llevarlos a vender a Belice.

Los Misquitos de mi embarcación decidieron quedarse para hacer lo mismo y para pescar, y por lo tanto yo me vi obligado a dejar la pequeña flota bajo el mando de Racon. Poco después se reunieron conmigo en Belice donde fueron bien recibidos por orden de Arturo, el superintendente de Su Majestad.

Capítulo XIV

Región Misquita. — Su adaptabilidad para una Colonia de Europeos. — Clima, productos, etc. — Viejas Colonias Inglesas que habían estado allí. — Nativos y la necesidad de brindarles protección. — Disputas en relación con la Costa Misquita. — Opinión de Mr. Edwards. — Difícil acceso a los Estados Centrales desde la Costa Atlántica. — Ruta por Omoa a Guatemala. — Salida de Belice. — Capturados por Piratas. — Huida a Cuba y regreso a Inglaterra.

Los poco acertados intentos hechos recientemente por cierto individuo (Sir Gregor Macgregor) para establecer una colonia de Europeos en la Costa Misquita, junto con las tergiversaciones a que se prestan tales intentos, han sido los causantes de que mucha gente tenga ideas erróneas acerca del clima, y topografía de esta región.

De acuerdo con lo que yo mismo pude observar y lo que oí decir a Europeos que habían sido residentes de la Costa Misquita, ésta es más saludable que muchos otros lugares de las Indias Occidentales en que se han fundado colonias Inglesas. Todo mundo sabe que las colonias situadas en terrenos bajos cerca de aguas estancadas fracasan por lo malsano del ambiente, más aún si se trata de un clima cálido. Sin embargo, me atrevería a afirmar, sin temor a equivocarme que en lugares similares al que ocupan los Valientes, donde las aguas se mantienen en constante renovación, los colonizadores Ingleses se mantendrían en buen estado de salud. Muchas de las praderas y sierras de la región son igualmente sanas. Sin embargo, los sitios ideales para la agricultura son las riberas de los ríos. Cienes de miles de Europeos podrían encontrar asilo a lo largo de la costa que está en poder de los Indios y en la región montañosa detrás de las colonias de los Caribes, sin incomodar en nada a los residentes nativos.

Los mosquitos y otros insectos de que tanto se

habla en Inglaterra, al igual que los reptiles venenosos, no son tan molestos como se supone. Los primeros solo existen en los terrenos pantanosos, algunas colonias carecen de ellos por completo. Los últimos, es decir los reptiles, casi nunca se acercan a los lugares habitados por el hombre y es raro que causen daños. Se ha dicho, y yo también estoy de acuerdo con ello, que toda la costa, desde el Cabo de Honduras hasta el Río San Juan, está libre de los violentos huracanes que a menudo azotan las Islas de las Indias Occidentales. También se ha dicho que esa misma región no está sujeta a los terribles terremotos que a menudo han destruido las ciudades Hispano Americanas situadas en la costa del Océano Pacífico, sembrando la desolación entre sus desdichados habitantes. En el curso de la narración anterior procuré hacer una descripción de los valiosos productos de la región con los cuales tuve contacto. Ahora repetiré que en la costa y a orillas de todos los ríos del interior del país hay cantidad interminable de cedro, caoba, santa maría, palo de rosa y muchas otras maderas preciosas. También hay en toda la región distintas clases de maderas colorantes, plantas resinosas y plantas medicinales. En las praderas se cría mucho ganado, y si existiera la demanda, se podría criar mucho más ganado en las planicies cerca de la costa y en el interior del país. El suelo se presta para el cultivo del azúcar, café, algodón, tabaco, indigo y

todos los demás productos de los climas tropicales. No me cabe duda de que se podría cultivar suficiente arroz y maíz para abastecer las necesidades de todas nuestras posesiones en las Indias Occidentales. La pesca de la tortuga no solo se debe proteger de los intrusos sino que también, aplicando los métodos adecuados, se debe evitar que ese animal sea destruido innecesariamente, y así se obtendría mayor cantidad de carey.

Quizás no todos sepan que fue debido a razones políticas y no a mal clima o terreno que el Gobierno Británico se vió obligado a poner fin a sus colonias en la Costa Misquita cuando estas estaban en pleno desarrollo, y que los colonizadores Británicos abandonaron sus plantaciones con mucha tristeza y pesar. Sin embargo, muchos de los Criollos y gente de color, lo mismo que algunos Europeos, decidieron quedarse, y hoy día sus descendientes aún viven allí sin ser molestados por nadie, llevando una vida de bastante comodidad, especialmente en Bluefields, Laguna de Perlas y otros lugares de la costa, a los que ellos y sus amigos Indios dan el nombre de colonias "Inglesas".

Sin tomar en cuenta a los aborígenes, el número de personas que estaban bajo la jurisdicción Británica en el año de 1757, de acuerdo con el reporte de su superintendente, Coronel Hodgson, era de aproximadamente mil cien almas. En el año de 1770, Mr. Edwards estima que el número había subido a mil cuatrocientos. La mayoría de esa gente se había establecido en Black River, Cape River y Brancmans. El primero de esos lugares, donde los Ingleses habían construido una pequeña fortaleza, fue la única colonia Inglesa de la que los Españoles trataron de apoderarse. Pero inmediatamente fueron expulsados por Robinson, el General Indio a quien tanto he mencionado. El resto de los Ingleses, residentes en Cabo Gracias a Dios, Sandy Bay, Laguna de Perlas, las Islas del Maíz (Corn Islands), Bluefields, Punta Gorda, Laguna de Brewer's, Plantain River, Mistiso Creek y otras partes de la costa, hasta llegar a la Laguna de Chiriquí, nunca fueron importunados. Eran dueños de una flota de doce embarcaciones de comercio, algunas de las cuales hacían comercio con Europa, y las otras con Jamaica y los Estados Unidos. Sus exportaciones de caoba, zarzaparrilla, carey y mulas, junto con las especias, indigo, cacao, cueros y otros productos que traficaban con los Españoles eran considerables e iban en aumento cada día.

En el año de 1776 la pequeña lancha "Morning Star" cuyos dueños eran Alexander Blair y el Dr. Charles Irving fue capturada por dos "Guarda Costas" españoles, en ocasión de lo cual fue introducido en el Parlamento un documento redactado por Bryan Edwards en el que se explicaba el derecho que tenía Inglaterra de mantener sus colonias en la Costa Mosquita. En ese documento, Mr. Edwards describe con claridad la conexión que había existido entre los Ingleses y los Indios Libres de la Costa Misquita, desde en tiempos del reinado de Carlos Primero y sostiene que, según el artículo séptimo del tratado de Madrid, en 1670, las continuas cesiones hechas por los Indios al Rey de la Gran Bretaña fueron reconocidas y legalizadas y que esas cesiones no habían sido anuladas por el tratado de

"Aix la Chapelle". Por consiguiente, la orden de retirar nuestras tropas y dismantelar las fortificaciones erigidas por los Ingleses en Black River, la cual fué dada posteriormente a ese tratado, "evidentemente se basaba en la absurda noción de que la Costa Misquita formaba parte de la Bahía de Honduras, siendo este un caso de inexcusable falta de atención, pues no es ni parte de dicha Bahía ni tampoco "del territorio que España tiene en esa parte del mundo". Pero, cualquiera que haya sido la interpretación que se le haya dado a esos tratados españoles, hoy día se puede considerar que ya no existen, y por lo tanto, es de esperarse que el Gobierno Británico, llegado el momento propicio, vea la necesidad que existe de extender su protección a los descendientes de esos colonizadores Británicos y sus amigos Indios, y no los abandone a las exigencias arbitrarias de los nuevos gobiernos de Hispano América, los cuales no tienen ningún derecho a reclamar como suya la Costa Misquita, y sin embargo, por sus despóticos decretos, se toman la libertad de imponer a esa gente un yugo similar al que ellos mismos se han impuesto. Es evidente que los nativos nunca se mezclarán totalmente con los ciudadanos de esos nuevos Estados, ni tampoco se dejarán asimilar o dominar por ellos. Y como ellos (los españoles) carecen en la actualidad del poder suficiente para ocupar el territorio Indio por la fuerza de las armas, es de temerse que, a no ser que intervenga la Gran Bretaña, cedan sus pretensiones a los Estados Unidos, cuyos comerciantes, que hablan el mismo idioma que nosotros, han estado extendiendo su comercio en toda la costa y debilitando el nuestro. Y si algún día los Estados Unidos llegara a tener un control firme en la región, no solo perjudicarían mucho nuestros intereses en las Indias Occidentales, sino que, con un pretexto u otro, dominarían y gradualmente destruirían a los nativos a punta de trabajos forzados, la construcción de canales u otras obras. Ya he señalado al lector los puntos de la costa que son fuertes por naturaleza y fáciles de defender con muy poco gasto, y hombres como Bryan Edwards, el Coronel Hodgson, el Capitán Wright y otros, han insistido repetidas veces en la importancia y gran ventaja que se deduciría de la ocupación de algunos puntos de la costa, especialmente para proteger nuestras posesiones en las Indias Occidentales y para que en caso, de emergencia, tal como un huracán o cualquiera otra calamidad, nuestros colonizadores puedan abastecerse rápidamente de provisiones, madera y otros enseres, en vez de tener que esperar largos días a que les lleguen, si es que les llegan, procedentes de los Estados Unidos y el Canadá, y en caso de guerra, de lugares aún más lejanos.

He hecho una descripción detallada de las principales rutas por las que los Estados Centrales tienen acceso al Atlántico y ahora solo necesitaré representar un breve cuadro verbal del camino que conecta la Bahía de Honduras con la capital para demostrar lo incomunicados que están con la costa Este del país y la consecuente dificultad de mantener libre intercambio de productos con Europa y las Indias Occidentales, estableciendo la premisa de que la costa de lo que se conoce con el nombre de Provincia de Honduras es, en su mayor parte, inhabi-

table o está en manos de los Caribes e Indios hostiles, quienes podrían hacer de esta costa la ruta más "directa", aunque fuera peligrosa, sin tomar en cuenta Trujillo y Omoa.

La costa, al occidente del Cabo de Honduras y Trujillo, es baja, pantanosa, poco ventilada y muy insalubre. La distancia, en línea directa, de Trujillo a Omoa es de aproximadamente 60 ó 70 leguas, y un viajero que parece tener una opinión favorable de los Estados Centrales, relata su viaje de allí a la ciudad de Guatemala de la siguiente manera: A su llegada a Omoa, él y sus compañeros optaron por permanecer dos días a bordo en vez de exponerse a los pútridos vapores que se desprendían de los pantanos. Salieron de Omoa el 28 de Abril de 1825 y recorrieron "veintidos leguas hasta llegar a la desembocadura del río que desagua en el Golfo Dulce y de ahí al mar. Prosiguiendo río arriba, hicieron su entrada en el pequeño golfo, y de allí a "Izabel", una aldea insignificante habitada por unos cuantos negros. En esa aldea vendieron unos colchones que llevaban consigo y para reponerlos compraron un tipo de ropa de cama más liviano que se conoce con el nombre de amaches. Se instalaron en una pequeña choza y la única provisión que pudieron obtener fueron unas cuantas aves. Esta aldea queda a "dieciocho" leguas del río antes mencionado. Salieron de allí a las cinco de la mañana y cruzaron las montañas Del Micho, llegando a Micho al anochecer después de haber recorrido unas distancia de siete leguas aproximadamente. "El camino que recorrimos ese día era pésimo y más de una vez nos hundimos en el fango. En la época lluviosa las mulas parecen a menudo en lagos de fango. Unas veces el viajero pasa al borde de precipicios donde es menester cerrar los ojos para no ver la situación de grave peligro en que se encuentra. Otras veces no le queda otro remedio que depender enteramente de la experiencia de las mulas, que son muy astutas para escoger los senderos adecuados, pero a veces ellas también se equivocan y se hunden en el fango hasta el abdomen. A veces el viajero tiene que descender por planicies de marcado declive de donde a cada instante siente que se va a precipitar en un cenagal. Si su mente se aparta por un instante de los peligros y dificultades en que se encuentra, escucha los rugidos de leones y tigres, el ruido desordenado de los aullidos de diferentes animales y el canto de los pájaros, cuyo plumaje de vivos colores parece resaltar para hacer contraste con la escena de horror y peligro que acecha al viajero". Los viajeros pasaron la noche en una choza en Micho, donde cocinaron una de las aves de corral e hicieron una sopa y bizcochos. Al día siguiente reanudaron su viaje en la cumbre de una sierra donde aún escuchaban los rugidos de tigres. El camino estaba bastante bueno pero la bajada fue muy azarosa. Luego llegaron a una alameda de palmeras silvestres. En algunos sitios el panorama era en extremo bello, en cambio en otros era horriblemente salvaje. Por la tarde llegaron a "Encuentros", un villorrio mediano de pocos habitantes, a orillas del río Montagua, dista seis leguas de Micho. De Encuentros a Guana hay "cuatro" leguas por el montañoso camino. De allí a Gualam, donde el panorama presente

mejor aspecto y donde ya se empieza a ver más poblado, hay una distancia de más de "cuatro" leguas. Gualam es un pueblo de cuatro mil almas. Cada día que pasa aumenta su prosperidad y población gracias al río Montagua que pasa muy cerca de allí, por medio de cuyas aguas todos los productos de Omoa son enviados a Guatemala".

El 5 de Mayo recorrieron dos leguas hasta llegar a San Antonio, donde encontraron provisiones baratas, y como no iban a poder hacer compras en el camino, allí se abastecieron de todo. De San Antonio a la aldea India de San Pablo hay una distancia de "cinco" leguas, llegaron a las ocho de la noche y descansaron hasta los once, hora en que, bajo la luz de la luna, recorrieron "tres" leguas hasta llegar a Zacapa, una aldea grande situada en una extensa planicie. El camino a Zacapa era empinado y pedregoso, se encontraron con más de un convoy de mulas cargadas de productos destinados a la venta y vieron muchas tiendas de campaña en las cuales habían montones de frutas, granos, etc. También encontraron a Indios casi desnudos cargados como "bestias". El bochorno del sol era insoportable y la sed era tal, que la aparición de una choza donde quizás sería posible obtener un sorbo de agua era recibida por todos con vítores de júbilo. No lejos de Zacapa, el río de ese nombre se junta con el San Agustín para formar el río Montagua, que nueve leguas más allá, en Gualam, alcanza la suficiente capacidad para ser navegado por canoas grandes por una distancia de cuarenta leguas hasta desembocar en el mar. De Zacapa a Similapa, una aldea de unas cien chozas, hay una distancia de "ocho" leguas, y Sobecas queda a cuatro de allí. En los caminos había muchos caballos y vacas muertas debido a que todos los pastizales estaban quemados. De allí pasaron a Guastatojas, pueblo que tenía varias casas de piedra, luego a Incontro y Roncadilla, a una distancia de siete leguas. Escalaron una montaña y pasaron una sucesión de varias colinas hasta llegar a Montegrande, una distancia de "cuatro" leguas, y de allí a la hacienda del Padre Caballeros, que distaba "cinco" leguas. El resto del viaje fué más agradable porque el camino estaba más sombreado.

El 13 de Mayo recorrieron un camino angosto al borde de un precipicio, cerca de un volcán inactivo, y después de traspasar una montaña llegaron a San José, que dista cinco leguas de la hacienda del Padre Caballeros. Allí soplaban un aire fresco y saludable. Pasaron la noche en una hacienda a dos leguas de allí, y a la mañana siguiente (14 de Mayo) siguieron el viaje por un camino que al principio es bastante bueno, pero luego se pone muy malo, especialmente al aproximarse a la ciudad de Guatemala. Dicha ciudad está situada en una planicie, que a pesar de estar muy mal cultivada, está compuesta de numerosas aldeas Indias. En los últimos días del viaje se encontraron con Indios de ambos sexos, cargados como "bestias", que marchaban al ritmo de un tambor. Solo necesito añadir que la distancia total de Omoa a la ciudad de Guatemala es de noventa leguas, y que de acuerdo con un informe de su propia Cámara de Comercio, en muchos casos, las mercancías no podían ser transportadas de la Bahía de Honduras a la capital en

menos de ocho meses!

Por lo tanto, la ruta por el Río San Juan, aunque está bastante lejos de la parte central de los Estados, es evidentemente la que el comercio Europeo tendrá que tomar para comunicarse con el Pacífico. Todavía existe una tercera posibilidad: la de la vía Matina-Cartago, pero la distancia de allí a la capital y la falta de puerto en el Atlántico son obstáculos que hacen de ella una ruta poco atractiva para todos excepto los contrabandistas.

Volviendo a mis trámites en Belice, a poco de haber llegado entregué al Coronel Arthur y al Reverendo Mr. Armstrong un breve estudio sobre los diferentes sitios en que en mi opinión valdría la pena fundar colonias comerciales o de misioneros. Ambos se interesaron en mi estudio, pero los proyectos no se pudieron realizar debido a la intervención de ciertos individuos empeñados en perjudicarlos. Poco después el buen coronel fue llamado por el superintendente para consternación de los habitantes de Belice que lo estimaban por sus cualidades de hombre justo y bondadoso. Eso, más la conducta dudosa del Rey Misquito, los intereses en constante pugna de los comerciantes de Belice y otras circunstancias que no interesarían al lector, me obligaron a regresar a Inglaterra.

Pero antes de alejarme del mundo Occidental, estaba destinado a verme envuelto en otra aventura peligrosa. La pequeña goleta en que viajaba de Belice a Jamaica fue capturada por un gran bote de remos pirata cerca de la Isla de Cuba. Esta embarcación llevaba a bordo un grupo de maleantes de distintas razas. Como no teníamos cómo defender-

nos, no nos quedó otro remedio que someternos sin oponer resistencia. Después de apoderarse de todos nuestros objetos de valor, los piratas nos ordenaron que abandonáramos nuestra embarcación en una canoa toda resquebrajada y que los esperaríamos en un cayó o isla desierta que se veía cerca de allí. Me disponía a bajar de la goleta cuando uno de los piratas se enamoró de mi chaqueta. Yo me la quité y se la tiré en el suelo diciéndole que "la tomara". Como no le gustó la forma en que se la tiré, sin mucha ceremonia me dió un culatazo y fuí a parar a la canoa en estado de inconciencia. Cuando recuperé el conocimiento me dí cuenta de que por instinto me había colocado a la defensiva mientras él deliberadamente me apuntaba con una pistola que dichosamente falló. Mientras tanto mis compañeros se alejaban lo más rápido posible de la goleta. Permanecimos un momento en Sandy Kay, pero como sabíamos que tan pronto como los piratas se apoderaran de las cosas más valiosas quemarían la goleta y completarían su crimen matándonos a nosotros, decidimos huir. Tapando los hoyos de la canoa de la mejor manera que pudimos, dimos la vuelta al cayó hasta llegar al lado opuesto del lugar en que los piratas estaban haciendo sus fechorías. Procurando mantener el cayó interpuesto entre ellos y nosotros, remamos toda la noche en dirección a la Isla de Cuba, a cuya costa Sur llegamos felizmente, e introduciéndonos en un pequeño río, nos abrimos paso por pantanos y lodazales hasta llegar a una pequeña fortaleza española donde se nos trató muy bien y de donde fuimos enviados a La Habana. Ahí conseguí con facilidad mi pasaje a Inglaterra.

FIN